



CAMILA O'GORMAN

NOVELA

POR

FELISBERTO PELISSOT.

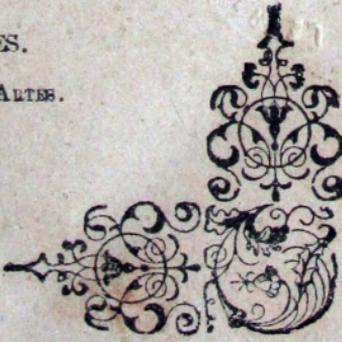
Nueva edición aumentada con datos interesantes, notablemente modificada y precedida del folleto histórico del Comercio del Plata.



BUENOS AIRES.

Imprenta de LAS ARTES.

1857.



**Propiedad del autor.—Cada ejemplar v
de mi firma.**

I.

HECHOS.

Con la sangre helada aun, dice el *Comercio del Plata* de Montevideo de 1848, tomamos la pluma para escribir renglones dolorosos, que desearíamos volasen y lleváran á todas partes la negra noticia de un nuevo estremecedor atentado de la feroz dictadura.

Enormísimos crímenes se registran en su sangrienta historia: pero en el presente, Rosas ha escudado á Rosas.

El clérigo Gutierrez, ex-cura de la parroquia del Socorro, en Buenos Aires, seduce á una jóven de 22 años, hija de muy decente familia: huye con ella: se fija en la provincia de Corrientes: es despues descubierto y denunciado allí por el clérigo irlandés,

Mr. Ganon: se le conduce preso á poder de Rosas, con la jóven: y apenas llegado es fusilado en el campamento militar de Santos Lugares, el Viernes 18 de Agosto de 1848 á las 10 de la mañana: y juntamente con el clérigo es fusilada la infelicitada jóven, y es fusilado igualmente el ser inocente que llevaba en su seno.

Todo Buenos Aires, todo, sin exceptuar á los mas íntimos del tirano, responden á esas descargas con un grito de espanto y maldición.

¡ Oh ! Y si existiera sobre la tierra un hombre que, al oír esta atroz carnicería, no sintiera convertírsele la sangre en yelo ó en fuego, ese hombre no pertenecería á nuestra especie, y debería ir á alimentarse con las babas rabiosas del tigre de Palermo.

No hubo raptó, sino seducción. Admítase que el delito de la seducida—ni aun el del seductor—tuviera pena de muerte ¡ en ninguna legislación de mundo ! admítase también que esa pena pudiera aplicarse sin las formas consolantes de un juicio: admítase que sea lícito, en ningún caso, fusilar á una mujer embarazada: admítase que la infeliz Camila hubiera sido asesina, incendiaria, envenenadora: admítase, en fin, cuanto se quiera: pero el fruto desgraciado que abrigaba en sus entrañas, no habría ofendido á la sociedad ni á su Dios: ¿ por qué fusilarlo ?

He ahí el sistema que rige á la enlutada Buenos Aires, y los preciosos frutos de las facultades extraordinarias: he ahí al restaurador de las leyes, al *améri-*

caso por excelencia, al ínclito defensor del honor y de los principios de la América.

Pero no. Aunque de ese crimen espantoso é indignador, á cuya presencia tenemos que prescindir de la escrupulosa moderacion que hasta aquí; aunque de ese hecho, sin duda inaudito, no diremos ya en la historia de los pueblos cultos, cristianos ó infieles, sino aun en la historia de los bosques; aunque de ese triple é innecesario asesinato perpetrado públicamente y á sangre fria por el malvado mismo que se atreve á llamar asesinos y salvajes á sus enemigos, brotan consideraciones á millares, de todo jénero y carácter, nosotros insultaríamos al buen sentido público, si entrásemos ahora en ellas: y ademas, lo confesamos, es tal la escitacion actual de nuestro espíritu, que no nos es dado el coordinar el tumulto de nuestras ideas.

Solo observaremos que con tan espectable asesinato, ha querido Rosas no solo hacer revivir la adormecida sensacion del terror, sino tambien ostentar un celo excesivo por satisfacer á la moral ultrajada: y esto es precisamente lo que hay de mas abominable en su crimen.

Puede aspirar á causar esa creencia en el exterior, mas no en Buenos Aires, donde todos saben que quien menos puede hablar de moralidad, es Rosas; donde todos saben que es él quien, con su ejemplo, sus palabras y su sistema, ha sembrado intencionalmente la inmoralidad y corrupcion de las costumbres, apoyos eficaces de toda tirania despótica: donde todos

saben las farsas escandalosas que estúdiósemente juega en ese inmundo serrallo de Palermo: donde todos saben la perdición y la muerte, á virtud de sus juegos brutales y criminales, de una hija de familia; donde todos saben que residen ó visitan diariamente las mancebas públicas de eclesiásticos de alta categoría; donde.....

Basta—Discúlpenos si, arrebatados á vista de un crimen, que reúne los mas odiosos é irritantes caracteres, nos desviamos por un instante de nuestra senda moderada: es un movimiento que sale de nuestro sistema comun, como sale del orden comun el espantoso suceso que lo arranca, pero que se nos puede permitir, cuando no como á hombres, como á argentinos por lo menos: como á argentinos que vemos á nuestra patria en las garras de una fiera, que invocando, desde el centro de una depravacion notória y sistemada, una moral que se ha esforzado en pervertir, osa aterrar á toda una poblacion, y llevar la desolacion á una familia harto desventurada ya, empleando las balas en una jóven, que sobrada pena llevaba en la opinion, en su corazon y en su conciencia, y que abrigaba ademas en su seno á un inocente ser humano.

¡ Monstruo! Ese atahud de tres cadáveres, será el perenne y lúgubre monumento de esa hipócrita ferocidad, que siempre te guió en tu sangrienta carrera, y con la cual has hecho hoy estremecer á la naturaleza: pero de él se ha levantado un ángel acusador, que ha llevado ante el Eterno el doliente jemido

que has hecho exalar á la humanidad, y que hoy le pide sin duda el perdon de su desdichada madre, con el castigo de su asesino.



III.

REFUTACION.

Aunque el *Comercio* no hubiese obtenido, acerca de este odioso crimen, otra ventaja que forzar al criminal á hablar, juzgamos que en eso solo habria hecho un gran servicio: porque ese criminal está tan habituado á la impostura y al descaro, que, de lo contrario, al cabo del tiempo, habia de haber negado el horrible suceso, como niega otros igualmente notorios; ó al menos, habia de haberlo desfigurado, aun mas de lo que hoy le desfigura. Además: tan horrible fué ese crimen, tan sin modelo, tan fuera de las previsiones comunes, que todavia dudaban algunos de su verdad. Mas hoy, ni ellos podrán ya dudarlo,

ni el crimen negarlo. Ahí está su vindicacion, escrita con todo el repugnante descaro, que marca siempre sus producciones: ahí están su abundoso palabreo, sus intencionales reticencias, sus numerosas digresiones, encaminadas á distraer la atencion que se teme: ahí están esos renglonés, que son una acusacion fulminante, y que van á arrancar con mas violencia que jamas, desde lo profundo del buen sentido y del corazon, el grito enérgico y prolongado. *Si: Rosas fué asesino, asesino, tres veces asesino!*

En esa menguada y pálida vindicacion, no es lo ménos notable el empeñoso conato con que el dictador nos acusa de que le hemos atribuido una crueldad que el suceso no presenta; de que lo hemos desnaturalizado torpemente; y de que lo hemos relatado con necias y repugnantes falsedades. De intento hemos fijado al frente de este artículo las palabras con que lo anunciamos: cótéjense con el relato de Rosas, descartando de éste todo lo que Rosas hacina para distraer, y añadiendo la espantosa circunstancia que él omite, pero que tampoco niega; y dígase si no resalta tanto mas vigorosamente la verdad de nuestras palabras, cuanto que ella se apoya hoy en la confesion del mismo que, sin embargo, osa llamarlas imposturas.

¿O nuestras falsedades consistirian acaso en que no siendo adivinos, no dijimos tambien las tan conducentes circunstancias de que aquellos desgraciados se bañaron en el Rio del Lujan, y sorprendieron á las autoridades con engaños y falsificaciones? ¿No

tampoco: y sin embargo, el tirano cuida de insistir á cerca de hechos tan accesorios y subalternos. Nada revela mejor la deficiencia de sus motivos, que ese violento conato de invocar contra sus víctimas aquellas pequeñas circunstancias, cual si fueran delitos inauditos. Criminales y prófugos, natural era que se disfrazáran, variasen sus nombres y engañasen á las autoridades del tránsito; como era natural que, puesto que el delito estaba ya cometido y el mal era ya irremediable, al presentarse en Corrientes, donde debían morar, figurasen una *supuesta union matrimonial*: ese era un homenaje que el miedo y el pudor arrancaban al vicio, en pro de la moral pública: peor cien veces, y mas escandaloso, había que así no hubieran procedido, y que hubiesen ostentado allí esa repugnante desfachatez en el delito, de que solo se ven ejemplos en la *moralísima* corte de palermo.

Pero no se crea que intentamos ni atenuar el esceso de Camila, ni emprender su defensa, jurídica; de fensa, por otra parte, que, aun para el mas ruin le guleyo, seria facilísima, y que, por pobre que ella fuese, resultaria sin duda vencedora aun ante un tribunal de Calígulas y Jeffries. Al contrario: admitiremos, respecto de los hechos, todo cuento al dictador plazca sentar; y si se quiere, hasta admitiremos tambien que el crimen de esos infelices, sea castigado por las leyes con pena capital; á pesar de que esto es absolutamente falso. ¿O se refiere este hombre á alguna antigua disposicion feroz, de las aisladas y meramente locales y de circunstancias? Si así fuese

qué habría influido, respecto de lo esencial del hecho el decirlo ú omitirlo? Nada, como nada influye hoy, si esas son las leyes que él ha venido á restaurar no será muy ardiente por cierto la gratitud que la humanidad y la civilizacion le deberán por ello.

Grave fué, sin duda, la falta á que les arrastró el desenfreno de una pasion, que era severamente reprobada por las leyes de la religion y de la sociedad: bastaba narrarla, para que todos lo conociesen, sin necesidad de exornarla con frios accesorios, ni de invocar para ello impertinentes autoridades. ¿Se necesitaba acaso que el padre de Camila, que las autoridades eclesiásticas, que los gobernadores de las provincias, clasifiquen el hecho de atroz y nunca oido en el pais, de horrendo, de enorme y escandaloso, para que la opinion lo hubiese clasificado cual él se merece? ¿No se pronunció en todas partes la opinion uniforme y fuertemente, desde el instante mismo en que el hecho fué conocido, cuando aun no existian, ó al menos se ignoraban, esas clasificaciones hechas por las autoridades y por el padre de la prófuga? ¿A qué viene, pues, el citar hoy lo que ellos despues dijeron? Es que Rosas acude en esto, como en todo, á su sistema querido: emplear palabras, distraer la atencion, fascinar al vulgo, aparentar que se apoya en *documentos*. mas para el hombre de media frente, esas mismas gastaduras arterias, solo sirven á penetrarle mas y mas de su sangrienta injusticia. Si: porque ese mismo buen sentido universal que, sin necesidad de autoridades, dijo, al simple

anuncio del suceso—es una enorme falta la cometida por Camila—ese mismo ha dicho también después, y lo repetirá siempre—es un enorme asesinato el perpetrado en ella.



III.

NUEVAS LUCES.

¡Dictadura, dictadura, funesta y nefanda dictadura!

Ella, en sus esfuerzos por estraviar la opinion y divertir la atencion, escribe severos renglones sobre el escándalo del hecho, sobre la santidad del ministerio sacerdotal, sobre la imposibilidad de la indulgencia, y sobre la necesidad de que no quedara impune. ¿Quién que esto lea, no creerá que lo único que se reprocha á Rosas, es no haber sido indulgente ó no haber dejado impunido el crimen? Si: ese es su objeto en esas divagaciones. Pero fuerza es se sepa que todo eso es otra ardidosa impostura suya, para llevar la atencion y la discusion á terreno que le sea menos ingrato. Nadie ha des-

conocido la necesidad de un castigo: nadie ha pretendido que ese atentado escandaloso quedara impune; ni nadie tampoco es tan necio para estrañar la falta de indulgencia en un Rosas. Lo que se le dice es que el castigo que aplicó, ha sido convertido, tanto por su desproporcion cuanto por su modo, en un imperdonable asesinato: lo que se le reprocha es precisamente que no haya hecho justicia; porque asesinar no es hacerla.

Por lo demas: mucho podríamos decir acerca de ese repentino celo por la moral, que ostenta el mismo que sistemáticamente la ha relajado; el mismo cuya corte de Palermo, presenta sistemáticamente esos ejemplos continuos, escandalosos y contaminadores, que al fin han derramado la perversion en las ideas y la depravacion en las costumbres. Mucho podríamos decir acerca de ese repentino celo por la santidad del ministerio sacerdotal, en el mismo que hace de eso que llama obispo, un objeto de diversion y de escarnio; en el mismo, que, en su propia corte, favorece, y hasta *preceptúa* la desenvoltura de altos eclesiásticos; en el mismo que, sin duda para inspirar en el pueblo respeto al sacerdocio, sin sombra de juicio, sin previa degradacion canónica, por una simple orden verbal, y escarniando la escomunion mayor en que incurre, fusila en un campamento militar, y por causas políticas, á tres curas de 60 á 70 años.

Si lo podríamos: pero debemos no detenernos en ello. Este negocio presenta mas impor-

tantes y altas vistas, que llaman nuestra atención; porque interesa al presente y al futuro de estos países desgraciados, el que se palpe que la vindicacion de Rosas, no solo es pobre y ruin en sus necias evasiones, sino ademas horrible y abominable en las doctrinas de confesado absolutismo con que se intenta apoyarla.

En el artificioso artículo de Rosas, se guarda un absoluto silencio acerca de la circunstancia insigne que ha dado á este asesinato la mas espantosa celebridad. Camila O'Gorman se hallaba próxima á ser madre. Rosas, es verdad, no confiesa este hecho esencialísimo, pero tampoco osa negarlo: y cuando á ser el falso, lo primero que debió hacer, era dar un altísimo é iracundo desmentido á esa horrible circunstancia, que imprimió á su proceder un sello inmortal de condenacion; es evidente que ese esforzado é indátnatural silencio, no viene á importar otra cosa, que una confesion esplicita y tremenda.

Y asombra, confunde, el exceso de impudor con que á presencia de ese hecho formal se sostiene sin embargo que esa ejecucion fué justa, que ese asesinato no fué asesinato. Camila era criminal, aunque no era de muerte; pero su bárbaro verdugo que hoy se deleita en ennegrecer mas y mas su memoria, atribuyéndola hasta el haber reusado al principio el auxilio espiritual, no podrá al menos culpar tambien á ese fruto infeliz de su estrayio. Por qué pues, la fusila? ¿Qué razones, qué circunstancias, qué con-

sideraciones, podrán jamas justificar esta atrocidad sin modelo?

Y no obstante, su sanguinario autor tiene la insolencia de insultarnos por que en esa ferocidad hemos visto *un acto de crueldad*, y la de suponer que llamamos inhumanidad *al castigo* de los crímenes. ¡Era lo que faltaba en sus delirios! Ha de pretender que el mundo mire en el fusilamiento de una joven en cinta, un acto perfectamente suave y benigno.

¿Precedió á ese supuesto *castigo* algun juicio? ¿procedió alguna defensa? ¿alguna audiencia siquiera? ¡No! Lo único que antecedió—suponiéndolo, pues eso solo consta por la palabra de Rosas—fué la administracion de algun sacramento, ni hubo tampoco tiempo para mas. “Remitidos á la provincia de Buenos Aires, y *habiendo llegado al Campamento de Santos Lugares*, en un estado de frenética escitacion y escándalo, el Exmo Señor Gobernador *ordenó fuesen fusilados ambos criminales*, ‘despues de suministrarles los auxilios espirituales de nuestra sagrada religion, que ellos al principio reusaron.” Hé ahí la confesion del hecho que se tiene la audacia de asegurar que hemos desfigurado—Llegaron, y fueron ejecutados en un lugar tan adecuado, cual un campamento militar: llegaron, y *se ordenó fuesen fusilados*: llenaron, y en el acto la hiena lanzóse sobre ellos, y despedazólos. ¡Y se pretende que en ese proceder no jimió la justicia, no lloró la humanidad!

CONTRASTE.

Basta. Caésenos la pluma de las manos al considerar el estado de abyeccion y de atraso á que han descendido los países del Plata, merced á la accion desmoralizante y corrosiva de la mas insolente y truceulenta tiranía. ¡ Quien habria dicho que en uno de los pueblos antes mas libres, y adelantados del continente, á los 38 años de su emancipacion, á mediados del siglo XIX se pregonaria como dogma la facultad en los gobiernos de matar sin juicio! ¡ Quien habria dicho que seria entonces necesario que la prensa de la civilizacion combatiese ese torrente de salvajismo y absolutismo, emprendiendo la

defensa y demostracion de principios que jamas la necesitaron, porque Dios y la naturaleza los escribi6 imborrablemente en el fondo de los corazones, en lo íntimo de todas las conciencias ! ¡ Quien habria dicho que sería entonces necesario demostrar que los seres humanos, por su sola calidad de tales, están dotados de derechos inviolables é intrasmisibles; que nadie puede ceder, como nadie puede ejercer aunque se le cediera, la nefanda facultad de disponer á su solo arbitrio de la vida de sus semejantes; que dispone á su solo arbitrio, quien dispone de ella sin audiencia y sin juicio; que quien tal hace asesina; y que el asesinar es un delito ! Y esta es, sin embargo, la horrible realidad, esta es la tarea que es una santa obligacion emprender, porque esas son las doctrinas atroces, anti-cristianas, anti-sociales, anti-humanitarias, que hoy se predicán altamente por todos los degradados é inmorales escritores de la dictadura: esos son los dignísimos principios de esos desvergonzados, que osan proclamarse restauradores de las leyes, y defensores de los principios y del honor del continente: esos *los progresos en todo sentido* que hacen, bajo sus varas férreas y sangrientas, las desventuradas comarcas del Plata.

¡ Qué contraste ! Mientras que en el antiguo somo en el nuevo mundo, todos los pueblos se ajitan en una necesidad de regeneracion y de progreso, y reconquistan, aun en las monarquías mas absolutas, los olvidados derechos del hombre y del ciudadano; se despreca altamente en Buenos Aires, por los que osan

llamarnos envilecidos y salvajes, que reside; en los gobiernos establecidos, en las autoridades públicas, la tremenda facultad de despedazarlos todos: ¡Qué espectáculo! En Europa, aun los sorprendidos en las calles con las armas que empuñaron contra todos los principios sociales, son oídos; y al ser castigados, no solo no lo son con la pérdida de la vida, sino que al aplicárseles una pena, la autoridad cuida de manifestar sus motivos, que la prensa se encarga de apoyar ó combatir: mientras que en Buenos Aires, una tiranía sin modelo, que se llama gobierno, fusila sin formas á una jóven seducida, en el acto de haberla entre sus manos homicidas; la prensa no existe; el pueblo maldice y tiembla; la autoridad calla; y recién á los 84 dias se presenta formulando la acusación, y justificando el tremendo asesinato con la espantosa doctrina de que se halla investido con la facultad de asesinar.

Pero si aun considerada aisladamente la persona de Camila su muerte ha sido un insigne crimen; cuanto mas negros no aparecen los colores de este horrible cuadro, si se contempla además dibujado con la sangre de un inocente de siete meses! Que la impudente dictadura y sus degradados escritores apuren, respecto de Camila, toda la insensatez de sus doctrinas absolutistas y feroces. Nosotros los desafiamos á que las apliquen con éxito al hijo de esa infeliz: á que demuestren que ese ser desventurado, habia delinquido y merecido el suplicio, á que sola la atrocidad de un Rosas pudo condenarle: y á que

arranquen, por consiguiente, de lo hondo de las con-
ciencias la universal convicción de que este cruel y
doble asesinato, ha sido el mas bárbaro y pavoroso a-
tentado, que en la edad presente háya cometido un
gobierno.



CONCLUSION.

Y ese gobierno asesino, que siente sobre su criminal cabeza el peso de la maldición jeneral, cree hallar una vindicación imposible, buscando en vano á otros tan malvados como él: conócese culpable, y acusa á todos los gobiernos: conócese injustificable, y calumnia á toda la especie humana. No tienen otro significado que este, aquellas desvergonzadas palabras: "Como si fuese posible atribuir al castigo de los crímenes el carácter de inhumanidad; y como si no se practicasen en todas las naciones civilizadas ó no estuviésemos presenciando hoy mismo, en toda la Europa culta, saludables escarmientos, que los go-

biernos adoptan para contener el desorden social, y preservar al Estado de males sin cuento.”

¡Qué miseria! Esas palabras constituyen la mas irresistible demostracion de su falta total de medios justificativos. Algo mas: esas palabras, tan inhabilmente traídas, son una potente acusacion de Rosas: ¿Quién, al leerlas, no hace en el acto, entre los sucesos de Europa, y el del 18 de Agosto en Buenos Aires, una rápida comparacion, cuyo resultado es la condenacion irrevocable de ~~de~~ verdugo de Camila?

Sí: porque es mentira —; y vindiquemos en esto el honor de todos los gobiernos! —es una audaz mentira, que ni en Europa, ni en parte alguna del mundo, existia otro Rosas; es mentira que ningun gobierno, en ningun país, haya ofrecido el horrible espectáculo, que en aquel dia de crimen estremeció á Buenos Aires: y es mentira en fin, que si alguno de ellos, en instantes de frenesí, llegára á tener el infortunio de cometer atentados tan feroces, tuviese tambien la bondad de prohibirle de parte el mando proclamando que le asiste la facultad legal de cometerlos. Si hay puerilidad ó ineptia en querer assimilar, bajo ningun respecto, un delito absolutamente particular y aislado, con los del desorden social europeo, consiguiendo á trementadas conociopes políticas, hay tambien inhabilidad y rudeza en asociar al atroz sacrificio de una jóven seducida, los recuerdos de los procedimientos observados por los gobiernos de la Europa revolucionada. ~~que~~

Camila O'gorman que, á un bajo el imperio de

la legislación mas bárbara, solo en un encierro religioso y temporal habria espiado su falta, fué ajusticiada sin embargo: se hizo de ella, no una víctima de su delito, sino un mártir de las miras políticas de un tirano: no la hirió la espalda de la justicia, sino que la atravesó la daga del asesino: fué sacrificada á la necesidad que Rosas sentia de reanimar en aquella sociedad infeliz, el enervante sentimiento del terror, algo debilitado ya, y á cuyo sosten y violencia debe únicamente los prodigios de su tiranía; por que Rosas, dijo exactamente el Sr. Ferraz "es un tirano que solo subsiste por que deguella."

Nosotros, dicen al concluir los valientes publicistas del Comercio, esperamos, rogamos tambien á todos los ajentes extranjeros residentes en el Plata, que fijen su atencion y llamen enérgicamente la de sus gobiernos hácia esa proclamacion escandalosa de las doctrinas mas antisociales, y hácia esa confesion impudente de un gran crimen, que osa hacer ante el mundo ese hombre-fiera, á quien tratan y consideran como gobierno, y el cual, por la enormidad de sus desafueros, ha debido y debe quedar fuera del derecho comun de las naciones.

Por lo demas: la justicia, la humanidad, la civilizacion, ballarán sin duda esa vindicacion tan osada y abominable, como el crimen mismo que la motiva, y sin hesitar, ratificarán el perdurable fallo que, al saberlo, pronunciaron indignadas—piedad y absolucion hácia la víctima, inexorable maldicion sobre el verdugo.

VI.

CORRESPONDENCIA.

Dominado aun por una impresion horrorosa, voy á demostrar á usted que lo que le decia en mis cartas anteriores es por desgracia una verdad incontestable.

Recordará usted que hace seis ó siete meses publicó el desgraciado Varela la noticia de que un Gutierrez cura de la Parroquia del Socorro, habia fugado de aquí, acompañado de una jóven de la familia de O'Gorman.

Posteriormente, y como sucede en todas cosas, este acontecimiento quedó olvidado: ellos fueron á San Nicolas, allí se embarcaron disfrazados, pasaron

al Paraná, donde se embarcaron nuevamente para Goya, y el ex-cura creyéndose ya salvo se dedicó á la enseñanza de niños.

No se saben los pormenores de su aprehension, pero se cree que un tal Ganon, fué quien pasando de esta á Corrientes, le encontró allí, y lo denunció á las autoridades, las que inmediatamente se apoderaron de ambos, y los remitieron bien asegurados en el patacho Rosario, cuyo patron los entregó en San Nicolas de donde pasaron al campamento de Santos Lugares.

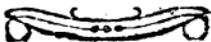
Tan luego como supo el bárbaro que se hallaban en su poder, mandó que fuesen fusilados; y como pareciése un obstáculo á consumir este horrible asesinato el estado de gravidez en que se hallaba la jóven, ordenó que se bautizase la criatura en el vientre y se cumpliesen sus órdenes. ¡¡¡Fué ejecutada el 18 del corriente, á las diez de la mañana, y ambos cadáveres colocados en un cajon hecho á propósito!!

Casi no he escrito á V. porque me habian dicho que la *Fama* no salia hasta mañana, y deseaba tener pormenores sobre el suceso del clérigo cura del Socorro. Ahora sé que el Viernes fueron ambos amantes ejecutados juntos. A ella le bautizaron la criatura en el vientre: cuando los sacaron vendados al patíbulo, preguntó el cura quién iba con él, y ella que iba cerca, respondió: *soy yo, Camila; ya me han cristianado á mi hijo que llevo en el vientre y*

estoy tranquila: ahora muero contenta: no tengas cuidado.

Ha sido un acto horroroso; aun en Santos Lugares donde los soldados están acostumbrados á matar gente á centenares, se han horrorizado tanto, que de los tiradores, uno se desmayó en el acto de la ejecucion, y otro dió vuelta la cara al hacer fuego sobre la pobre Camila; el pueblo aquí está espantado con el suceso, y todos dicen que una barbarie como esta no está escrita.

Esta infeliz, que hoy podria tener 23 años, era muy amable, y excelente pianista y cantora. Fueron desembarcados ambos á la una de la mañana. Al padre le raparon á cuchillo las manos y la corona á ella, le hicieron abrir la boca y le echaron agua bendita, que decian era para bautizar la criatura. Los soldados estaban fijos y temblando: fué preciso hacerle tres descargas: en la primera, no le tocó á ella ninguna bala: en la segunda fué herida un poco; la tercera la mató. Este pueblo es un duelo. No se oye sino maldiciones contra esta furia de infieruo.



VII.

OTRA.

El padre era un hombre, en lo demás, amable, buena figura, buenos modales, juventud: es sobrino ó primo del gobernador de Tucumán, Celedonio Gutierrez. Se ignora si tuvieron auxilios espirituales: dicen que en el momento tremendo, ella manifestó serenidad y resignacion, y que se esforzaba en estender los brazos adelante, como para defender al hijo que tenia en el vientre... Si á este bárbaro le entra ahora la manía de castigar faltas contra la moral y las costumbres, largo tiene que castigar: pero debería empezar por su familia y seguir por su misma quinta, ó mas bien, debería empezar por sí mismo

y si va á fusilar mujeres por relaciones con eclesiásticos, empezaria por.....á quien sienta á su mesa y que es la compañera de su hija: que al fin, la pobre Camila huyó de este pueblo, sin insultarlo diariamente con un escándalo público, y era tambien mujer libre de vínculos sagrados; cuando.....escandaliza desde la quinta del gobernador, y es mujer casada.....y despues el tal.....sube muy sério á la cátedra del Espíritu Santo, á predicar moral y federacion. Asi es todo en este infeliz pueblo..... Pero lo que tal vez tú no sepas, es que, inmediato á la casa de O'Gorman, vive una de las hermanas de Rosas. O'Gorman habia echado de su casa á Gutierrez; pero la hermana de Rosas queria ¿y quién se atreveria á decirle que no? que Camila fuese continuamente á su casa: así se hacia, y allí concurriria Gutierrez. ¿Qué te parece? ¿Quién tendrá la culpa?

Hermano: te escribo llena de horror, para retractar cuanto te dije en mi última de 12 del corriente. El deseo de verte, y dar á nuestra anciana madre el consuelo de tu compañía, me hacia empeñarme para que volviese á tu país; pero veo que tienes razon en huir de un pueblo donde se cometen y se toleran los crímenes mas atroces que jamás se han oido. Tienes razon aun mas de lo que piensas; porque ni yo, ni tú, ni nadie es capaz de decir hasta donde llega la perversidad de este hombre.

“La desgraciada Camila O'Gorman se habia refugiado con su conductor al pueblo de Goya: allí fue

ron aprehendidos, y conducidos ambos al campamento de los Santos Lugares, donde encontraron al llegar la orden de ser fusilados. El encargado de ejecutar este acto bárbaro, hizo presente al gobernador que Camila estaba embarazada de ocho meses: la respuesta fué que bautizaran el vientre, y ejecutaran la orden, agregando que se hiciera un cajon para encerrar y sepultar á los dos cadáveres juntos. La ejecucion debia hacerse el dia 18 al amanecer, pero la compañía que habian puesto de escolta á los presos, parece que rehusó ejecutarlos. De esto resultó que mandaron otra compañía, la cual cumplió la horrible sentencia, á las diez de la mañana del mismo dia. Se dice que tendrán igual suerte los soldados que manifestaron repugnancia.

“Este es el suceso que me ha hecho variar de opinion en cuanto á tu venida: asi pudiera yo hacer salir de aquí á todos los que me pertenecen. Es imposible que esto dure mas: un gran castigo del cielo, debe aniquilar al autor de tanto crimen, y á los hombres viles que los ejecutan por él. Hace dos dias que esto me tiene enferma, y que no hago sino llorar: lloro porque soy madre, y veo que mis hijos crecerán y vivirán con estos ejemplos de barbarie: lloro porque soy muger, y no puedo comunicar á los que se llaman hombres la indignacion que me ahoga.

“Cuando tú me escribias que el mayor inconveniente que tenias para venir á tu pais era tener hijos, lo creia una exajeracion. Pero ahora veo que en es-

to como en todo, ha sido muy justo tu presentimiento. ¿Qué puede decir hoy un padre á sus hijos? O se ha de mostrar degradado á sus ojos enseñándoles á someterse á un asesino, ó les ha de enseñar á ser ellos tambien asesinos, ó se ha de rebelar.



VIII.

AHORA.

Cuando, en su noble destierro, el eminente publicista Dr. Alsina, al contacto de su pluma vengadora hizo gritar y surtir hácia la justicia del cielo y de los hombres la sangre de Camila O'Gorman, la Sociedad Bonaerense, oprimida entonces bajo el pesadilla del Terror, no pudo agradecerle sino con su silencio y sus lágrimas. Pero la semilla no fué estéril. Los artículos elocuentes que acaban de leerse, la correspondencia de los desterrados, y esta corriente invisible de resentimientos que Dios establece entre las almas en vísperas de la caída de un tirano, venian de contrabando en la ciudad presa de estupor

deslizándose en el seno de las familias para consolarlas, aliviar y embalsamar tan ardiente herida, y haciendo estallar el sordo rencor de los corazones determinaron en fin la reaccion, hoy coronada por la condenacion oficial del reo de leza-Humanidad.

Entre el 18 de Agosto de 1848 dia del asesinato de Camila, y el 18 de Julio de 1857 fecha de la sentencia dada contra su verdugo, nueve años han transcurrido,—nueve años de una espiacion lenta, inexorable, providencial; cadena no interrumpida de castigos cuyos eslabones, pasando por un destierro sin decoro, sin consuelo y sin amigos, empiezan á la batalla de Caseros y se terminan al voto infamante de la Legislatura.

Este eslabon último de la maldicion terrestre, lo está llevando la mano de Dios, y tendrá todavia el culpable que subir hasta el dedo que ha de tocarle, escondido tras de la Historia y de los tiempos en los misterios de su impenetrable justicia.

Mientras pesa ya el olvido sobre la memoria del condenado, mientras el horror y la repulsion del Universo se amontonan sobre la cabeza de Cain, los años rodean á su víctima de una aureola de luz cada dia mas pura y resplandeciente.

Asi es que asciende en las regiones serenas del amor y de la veneracion la gloriosa Camila, desprendiéndose, en su idealizacion poetica, de las nubecillas de la debilidad humana y de los vapores de su vida terrestre, á la manera de aquellas Santas que purifi-

ca la piedad popular por un privilegio de trasfiguración sublime.

Después de la Historia viene la Leyenda,

Quando se me ocurrió, á mi estrangero en estas playas, la idea de tejer mi pobre corona de novelista para la frente de la dulce heroina de Santos Lugares, no conocia de los artículos del Dr. Alsina mas que un trozo medio roto,—fragmento de hoja que por casualidad se ofreció á mis ojos. Tal ha sido la fuente preciosa de inspiración en la que bebí los pensamientos generadores de este libro.

Devolver á mi maestro y predecesor la parte que le corresponde, es para mí un deber de gratitud, al publicar una edición personal mas completa y mejor arreglada de mi obra.

Si fácil y suave es mi tarea en medio del hermoso desarrollo de civilización en que vivimos, árdua y trabajosa fué la suya cuando en las angustias del destierro, entre el puñal de Oribe y el cadáver de Varela, no trepidó en pelear enérgicamente contra el asesino Rosas.

A él, la gloria del triunfo y el honor de la lucha; á mí el placer de cultivar pacíficas flores de pasatiempo, á la sombra de la amena actualidad gobernada por el Dr. Alsina.

Era del deber del novelista de Camila de saludar á su primer historiador.



IX.

PROBLEMA MORAL.

Amable lector, lectora mas amable aun, ¿de que modo trataremos este grande y tenebroso asunto? Que imaginaremos para explicar lo inesplicable? Rosas, como lo dice el historiador con mucha propiedad, se ha escedido á si mismo. A que móvil de estupidez ó de venganza corresponde este triplice homicidio? Por qué impulso secreto, por que resorte desconocido se ha podido determinar un hombre, que con todo tenia sangre fria y lógica hasta en sus actos los mas bárbaros, á fusilar asi sin necesidad á tres criaturas delicadas, inofensivas é interesantes, cuyo suplicio habia de acarrearle gratuitamente la execracion pública?

¿Será hipocresía de mortalidad; razon de Estado, ó efecto de un rencor personal?

Estudiemos las tres hipótesis.

Camila, víctima de una pasión insensata y de su misma fidelidad á esta pasión fatal, aparece una paloma de inocencia, al lado de aquellas mujeres de costumbres equívocas, hácia las cuales la ley en todos los países del mundo se calla prudentemente, entregándolas al fallo de la opinión, única y buen juez, cuyas sentencias ora severas, ora indulgentes, muy bien saben discernir la debilidad y la depravacion, la fragilidad humana y el vicio premeditado.

En honor del bello sexo de Buenos Aires, justo es tener presente que las tristes escepciones de que acabo de hablar no han sido nunca, ni aun bajo la dictadura desmoralizadora de Rosas, más notables aquí que en cualquier otra capital.

Y tal vez, si se considera q' el espíritu de familia fué siempre, entre los pueblos Argentinos, un rasgo tan honroso como profundo del carácter nacional, dudoso es que el Rio de la Plata, observado por los moralistas imparciales, sea juzgado con el mismo rigor que los demas Estados ya de América, ya de Europa, con relacion á las costumbres.

En ninguna cabeza de dictador ó de tirano podía pues caer la idea de que un ejemplo, un ejemplo aterrador fuese necesario.

Rosas, que conocia muy bien la sociedad despotizada por él, era por cierto lejos de esperar de la odiosa ejecucion de una pobre jóven seducida un

buen resultado cualquiera, ana impresion saludable sobre la tierna y poética imaginacion de las señoritas de Buenos Aires, ofreciéndolas un cuerpo de madre destrozado á balazos. No: eso era inútil cuando menos, y Rosas no hacia nada inútil.

No; fué Camila O'Gorman sacrificada á otros pensamientos.

En cuanto á su cómplice, basta recordar que curas que se apoderaron, no por medio de la seducion como Gutierrez, sino por el odioso arbitrio del rapto, de jóvenes de 15 años; que huyeron con ellas, disfrazándose y mudando de nombres; que despues de casarse con ellas las abandonaron para casarse con otras; á quienes tambien abandonaron para desposarse con unas terceras; basta recordar que tales curas, cuando al fin cayeron en poder de la justicia de su pais, en el que tuvieron la osadía de volver á establecerse, fueron juzgados; y, agrega á este respecto el sábio publicista que vuelvo á citar, no obstante la acumulacion de tantos delitos, que no admitian ni aun la excusa de una posición delirante, no fueron condenados á perder la existencia, sino á perder por doce años la libertad, sujetos á una cadena.

Queda la política, la razon de Estado; ó bien un implacable y misterioso rencor.

Cupo al actual Gobernador de Buenos Aires la elucidacion de la primera de estas dos alternativas, en la esfera elevada en que el noble desterrado habia puesto la cuestion.

Avivar el sentimiento del terror; infundir á los

Gobiernos Europeos que ya parecían inclinados á olvidarla la convicción que Rosas era siempre él, e decir, una especie de Todo-Poderoso reasumiendo en sí la ley, el poder, el castigo y la fuerza; dar miedo, no pudiendo conseguir confianza; ponerse en fin como el ídolo Americano—ídolo de sangre, ciego y -ordo, que multiplica ó mas bien generaliza la pena de muerte, aplicándola á cualquier delito, devorando con el mismo fanatismo irresistible y fatal á conspiradores soberbios ó á niñas pecadoras en cinta, esto se concibe, esto es lógico. Divinidad estraña. Personificación de un despotismo condenado á matar ó á morir, Rosas desafió la superstición de que su poder casi sobrenatural era el objeto, y exageró el Terror, su grande, su única razon de ser.



MIS CONJETURAS.

Mi sistema de esplicacion, sin tener aquella sombría magnitud, ofrece por compensacion á las almas sensibiles larga y poética carrera.

La discusion de la segunda parte del problema abre á la sagacidad del filósofo un campo bastante fértil.

Segun la novela, que es tambien una historia, la de los hechos del corazon, no fué un crimen politico el asesinato de Camila O'Gorman, sino una venganza privada.

Hubo un tiempo, antes de la caida de este ángel en poder de su jóven seductor, en que su pasion,

platonica e ignocente, no veia en el rafaélico sacerdote mas que un amigo, un amante exaltado y puro como ella misma. En este precioso periodo de su vida de enamorada, la hermosa niña, cual lirio inclinado, doblaba su frente virginal, poniendo su linda cabeza un poco á la izquierda, con una gracia, un encanto de pudor de que se acuerdan todos los ojos de Buenos Aires, los ojos de estudiantes sobre todo. Un magnetismo irresistible de amor invadia al corazón, al verla en esta actitud característica, habitual á su amable y angélica persona.

A mi tambien me apareció doblada la linda cabeza de Camila, no ya bajo el peso de la dulce felicidad de su Eden, pero si herida por las violencias del hombre de Palermo, antes que viniese á ser ensangrentada en Santos Lugares por las balas de sus soldados. Su imágen, evocada de la tumba, reflejó unos rayos de la maldicion arrojada al tirano, como si dijera la celestial mártir flotante en su limbo aereo enlazada, cual otra Francisca de Rimini, con una sombra querida;

“Sin él, ambos quedabamos inocentes. Dios permitió mi caida en los brazos de un amante, para salvarme de los besos infames del asesino.”

¿Será esta la verdad?

La mas ilustre Santa del Martirologio argentino ¿habrá por ventura estado en lucha con criminales deseos de Rosas, que hubiese hecho expiar á esta jóven y virtuosa beldad, la resistencia á impuras seducciones de su man? Asi lo he supuesto. Care-

ciendo de todo documento positivo sobre los detalles de esta tenebrosa leyenda, he pedido á la imaginación y á la verosimilitud romanesca el descortamiento del velo que oculta la verdad sobre este drama terrible.

¿Por qué fué Camila fusilada luego de haber llegado á Santos Lugares? Ni tiempo para respirar se le concede. La orden llega y es ejecutada en el transcurso de pocas horas, con la rapidez del rayo. En su fiebre de impaciencia, Rosas habia llevado la precaucion al extremo de enviar los dos féretros, el uno para la madre y la criatura, el otro para el cómplice, como si un gran secreto debiese ser en ellos sepultado. ¿No es esto la impaciencia febril del criminal empeñado en hacer desaparecer con la victima los gritos delatores de horrores desconocidos á todos, excepto á Dios?—La historia de las tiranías no carece de hechos como este de tenebrosos detalles y misteriosos motivos.

Por mas crueldad que haya en un hombre, jamás se hace uso de precipitacion semejante.

Quizá los muros de Palermo, si ellos pudieran hablar, corroborarían las ficciones de mi novela.

Lo que hay de verdadero, de pavorosamente verdadero, lo que es histórico, repugnantemente histórico, es que Camila fué ejecutada estando en visperas de ser madre, y que por orden de Rosas se bautizó la criatura en su vientre haciéndole beber agua bendita por medio de un embudo.

Este fusilamiento de una muger en cinta, es de lo más característico: es la gota de sangre que hizo traspasar el vaso. Desde aquel día, Rosas fué igualmente maldecido por sus amigos y enemigos. Aquella tiranía que, orgullosa de triunfos, había burlado durante veinte años la conciencia pública y los generosos esfuerzos de los conspiradores, vino á anonadarse estrellándose en la tumba de una muger y de un niño.

Rosas fué vencido por su propia perversidad. La fatalidad asíóse de él.

Su nombre pertenece ya á la historia.

Y á la novela también.



EL MANUSCRITO DE CAMILA.

¡Socorro! Socorro!

Este grito lanzado en medio del silencio de la noche y de la sombría densidad del horizonte habia sido oído por un amigo mío que me acompañaba, no por mí que me habia quedado un poco atrás.

¡Socorro! Socorro!

¡Oh! esta vez ambos distinguimos perfectamente la voz de alarma.

Lanzamos á todo galope hácia la direccion presumida, disparando un pistoletazo con el objeto de impedir á los malhechores supuestos que llevasen á cabo su atentado.

Efectivamente, al acercarnos con rapidez, parecieron divisar como á dos ó tres hombres que iban huyendo á todo escape hacia el monte. Vehementes deseos tuvimos de perseguir á aquellos bandidos, pero nuestros primeros deberes los exigía con urgencia la víctima, á cuyo lado llegamos guiados únicamente por sus gemidos.

La forma humana que palpamos en las tinieblas pertenecía á un campesino nuestro:.....nuestras manos, errando al acaso, tropezaron con grandes espuelas, poncho, chiripá y lo demas. Un agudo clamor, junto con un sobresalto, nos anunció de un modo brusco el despertamiento de este semi-cadáver. Acabábamos de tocar una herida, de donde chorreaba la sangre, y cuyo asiento parecíanos estar en la región del corazon.

Dentro de breves instantes, ya estaba hecho el vendage y restancada la hemorrágia, echando mano para ello de cuanto tuvimos á nuestro alcance.

En seguida, y sin perder un solo momento, pusimos en ancas al herido, cuyo rancho, según su propia indicacion, estaba aun algo distante, y nos encaminamos los tres hácia aquella direccion.

Al cabo de una marcha lenta y paciente, centelleó á lo lejos, como una estrella roja, una luz que nos sirvió de preciosa guia.

—Allí es! dijo con voz quebrantada el campesino.

Un rancho solitario nos recibió en fin en medio de los ladridos de los perros y del cacareo de los gallos que, como otros tantos écos de centinelas nocturnos, alternaban con precipitación, al paso que el ganado, acurrucado en la pampa, se quejaba con algunos gemidos melancólicos de la perturbacion de su sueño.

Adelantóse para recibirnos, una mujer, jóven aun, acompañada de tres chicos, quien, al ver á su marido ensangrentado, arrojó un grito de terror.

—No tengas cuidado, hija mia, dijo el herido haciendo esfuerzo para caminar apoyado en nuestros brazos; pero Dios sabe lo que me hubiera sucedido si no hubiesen acudido estos señores, como guiados por la mano de la Providencia.

La jóven campecina, en extremo enternecida al oír las diversas frases de la aventura, cuyo desenlace hubiera podido ser tan trágico, nos miraba con unos ojos en que se leía la adoracion del agradecimiento.

El enfermo, despues de acostado y vendada de nuevo su herida, que felizmente presentaba poca gravedad, rompió el silencio que hasta entónces habia guardado con nosotros:

—Caballeros, todavia no os he dado las gracias á que os habeis hecho tan acreedores, pero solo con palabras no se premian servicios como el que acabais de rendirme. Me habeis salvado algo mas que la vida; habeis arrebatado al dolor y á la miseria á

mi muger y á mis tres hijos. De qué modo me será posible gratificar tan bella acción? No quisiera, sin embargo, que se dijese que Lázaro Torrecilla ha pagado con ingratitud á sus libertadores.

Al pronunciar estas palabras, notábase en aquel buen campecino cierto embarazo que nos dolía.

Ya que quereis, le dijimos, darnos absolutamente una prueba de vuestro agradecimiento, decidnos, quienes son aquellos malvados que os han acometido con tanta cobardía, para que reciban su condigno castigo. De esta manera se pondrá un freno á semejantes atrocidades, y quedaremos todos satisfechos.

—Difícil me sería, señores, deciros de un modo positivo quienes son los autores de esta tropelia. Pero por el mismo disfraz que llevaban, no pueden ser otros que unos miserables mashorqueros, los seides del verdugo de nuestra Patria, del sanguinario Rosas!

Al oír el nombre de Rosas, asiéronse los niños ocultándose en los pliegues del vestido de la madre, la que, participando del mismo espanto, palideció y estremeciósse: tan profundo es el terror popular encerrado en este nombre siniestro y fatal!

—Sí, señores, continuó con exaltacion el campecino, los hombres del crimen y del vicio siguen persiguiendo de un modo tenaz á los hombres de la virtud y del deber. En Caseros fué aplastada la ca-

beza de la serpiente, pero aquí y allá se mueven todavía sus trozos horribles, esponiéndose uno á tropezar con ellos, como me acaba ¡de suceder. Están para conmigo llenos de rabiá los esbirros de aquel monstruo que, á mis ojos y casi en mis brazos, asesinó á aquella infeliz....

Herida su mente como por un recuerdo doloroso no pudo Lázaro Torrecilla contener el torrente de lágrimas que inudaban sus ojos, y solo despues de un largo desahogo prosiguió en medio de sollozos:

—Ella, tan pura! tan bondadosa! tan bella!

Hondamente enternecidos, respetamos las misteriosas reticencias del campecino, pero si no se movian nuestros labios, no por eso dejaban de hablar nuestras miradas. Entendió Lázaro nuestra muda interrogacion.

—Perdonadme, señores! habia jurado sepultar en mí mismo este lamentable misterio, porque despues de la época aciaga que acabamos de atravesar no se deposita fácilmente en otro su confianza. La mia sin embargo, os pertenece, pues á ella se hacen acreedores aquellos que salvan á su hermano de peligro de muerte.

—Teresa, agregó; entrega á estos señores el secreto de la Santa. Esto será el premio vuestro por tan noble accion.

La muger abrió un cajon, y sacando de él un

paquete lacrado de negro, nos lo presentó. Leíanse en el sobre estas palabras:

“MIS SECRETOS.”

Camila O’Gorman.

—Camila O’Gorman!!

—Infeliz criatura!... ha tenido el glorioso y tremendo privilegio de la vida de un ángel y de la muerte de un mártir. La *Santa*, este el nombre que se le daba en mi familia, en obsequio á la tierna amistad que yo le tributaba me ha legado lo que quizá había titubeado en confiar al cariño de sus amados padres. Este depósito sagrado, que antes era mi tesoro y ahora es el vuestro, os dará á conocer hasta que grado puede descender la perversidad humana, y también hasta que altura puede elevarse el heroísmo de la virtud. ¡Que estas páginas de la desgraciada Camila salgen á luz! Así se cumplirá al mismo tiempo la apoteosis de la víctima y el castigo del verdugo!

Ansiosos rompimos el lacre y sacamos del paquete varios papeles sueltos en que se echaba de ver cierta elegancia caligráfica junto con la indecisión peculiar á la letra de mujer.

En medio de estos papeles hirió nuestra vista un objeto extraño. Vimos una mecha de pelo negro, manchado con sangre coagulada.

Palpitaron nuestros corazones con profunda emoción.

—Esa trenza que acabais de tocar, dijo Lázaro, la he cortado furtivamente de la cabeza de la muerta en el mismo momento en que acababa de ser fusilada.

en aquella espantosa crujía de Santos Lugares, teatro de tantos y tan horrendos crímenes.

Sobrecogidos de un sentimiento religioso, nos hincamos junto con la madre y los chicos, y silenciosos nos elevamos por medio del pensamiento hasta la region celestial donde resplandece la heroina del amor, al paso que nuestros ojos contemplaban con veneracion aquellos sagrados restos, asi como se adoran las reliquias de una bienaventurada.



XII.

GOYA.

A la aurora de mi nueva existencia, decia Camila en su manuscrito, paréceme que debo renovar^x me interiormente, lo mismo que todo se renueva al rededor mio.

Aquí estoy, en el pueblo de Goya, hoy, dia de gracia Abril 15 de 1848, llegada por fin en el puerto de salvacion. ¡Alabanza, alabanza, y tres veces alabanza al Dios de misericordia y de bondad!

Merced á su proteccion visible, nuestra navegacion ha sido de las mas felices. Un fresco pueblito, al salir de la enlutada capital que gobierna un malvado, nos recibe en su seno. Ayer el infierno, hoy el

paraíso,—sí, el paraíso de redención, de esperanza y de perdón.

Mientras fuera de los malos y en compañía de mi amado Uladislao, oculta y desconocida en medio de esta hospitalaria y simpática gente, descanso de mis angustias en el seno de la religión, de la paz, del trabajo y del amor, mientras huye en el lejano del olvido la sombra fatal de Palermo, bueno será que traiga mi exámen de conciencia, volviendo á los momentos de una inocencia santa, en que en la primavera de los encantos de la vida moral se abrió como una flor mi jóven razón, hasta la hora presente de resurrección y arrepentimiento.

Desde la ventana de nuestra humilde habitación divísase el risueño Paraná en que se deslizan, iluminadas por los rayos matutinos del sol y semejantes á candidas palomas, las blancas velas, hermanas de la que nos hizo abordar á este tranquilo albergue. Rejuvenecida la frente del río se ha despojado de los vapores de que la había cubierto la sombría noche, así como se ha desvanecido la siniestra visión que me asediaba.

Entre estas dos épocas, señalando una el punto de partida de mi adolescencia, y deteniéndose otra á la entrada de mi vida actual, estiéndense las tinieblas de un abismo infernal, misterioso, horrible, en que casi me ha devorado un demonio de faz humana; extraño abismo que voy á tratar de sondear, ahora que lo he salvado con ayuda del jóven héroe, cuyo generoso amor me ha librado de las garras del monstruo.

Así como el navegante, después de un terrible naufragio, recuerda gustoso los peligros que ha atravesado, así también se complace mi imaginación en evocar las diferentes escenas del drama en que he representado un rol espantoso, entre el ángel visible que me protegía y el asqueroso enemigo que á todo trance quería perdarme. Como otro San Miguel, Uladislao Gutierrez ha vencido al detestable Rosas.

Sí, lo ha vencido. mas á que precio, Dios mio !

Valor, Camila, valor ! grave es tu falta sin duda, pero grande es también tu expiación, y sincera tu buena voluntad. ¿ Acaso no soy hija del Padre de misericordia, del divino salvador que dijo: Paz en la tierra á los que tienen buena voluntad !

Paréceme que viviré feliz. A mi alrededor y en mí misma, todo reanima mi confianza, alienta mi ardor y estimula mi energía para el bien. Ciertas señales, cada día mas distintas, me vaticinan que seré madre á estos síntomas de dichosa y precoz fecundidad, á esta alegría de mi corazón y á estos estremecimientos de mis entrañas palpitando con la vida del fruto prometido á nuestros amores, me es grato reconocer que Dios no nos ha desamparado.

Por otra parte, me asiste la dulce esperanza de que conmovido por nuestro arrepentimiento, el Vicario de Cristo usará en favor nuestro del soberano poder que ha recibido de atar y desatar. Sí, la humilde pero fervorosa súplica de mi esposo encontrará perdón ante su sabiduría y bondad, y entonces,

absueltos por la religion, rehabilitados en la opinion pública, despues de rasgado el pesado disfraz que nos cubre, en paz con el cielo, con nuestra conciencia y con nuestros semejantes, ¿podrá acaso faltar algo á nuestra felicidad?

La felicidad qué palabra acabo de proferir! Oh, no! ha huído para siempre con su hermana la inocencia. Pero, si nos ha abandonado, á lo menos se ha apiadado de nosotros la pareja celestial, dejándonos para reemplazarla á su dulce y amable compañero, al reposo, al suave reposo del corazón! En adelante él será nuestro huésped, el amigo familiar de nuestra casa, el que aun podrá tejernos una larga série de bellos dias, mientras mi esposo, consagrado á las humildes funciones de la enseñanza, gane nuestro pan con el sudor de su rostro, y que yo misma, vanagloriosa con mi primogénito, feliz en mi oscuridad, fiel á mis nuevos deberes de esposa y madre, no me acordaré de mis pasados extravíos sino para fortalecerme y alumbrarme en la via de la regeneracion, dedicándome, en el olvido del mundo y la práctica de obras pias, á neutralizar el ódio de mi acérrimo perseguidor, y rogando á Dios que le conceda el perdon que yo misma le concedo.

Así es como expiaré mi falta, y tengo la conviccion que en semejante situacion, el propósito firme, la confianza en Dios y en si mismo valen mucho mas que llantos estériles y cobarde desesperacion.



XIII.

A CABALLO NIÑOS!

Llorar, desesperarse.....? para qué?

Trabajar, enhorabuena. Hay en el trabajo una virtud eficaz.

Por otra parte, la actividad pone á uno alegre, y preciso es que yo le esté para que pueda desvanecer algun tanto la profunda melancolía de mi marido. Infeliz amante! Me habia arrebatado en sus álas de fuego á sublimes regiones, lejos de la vulgar humanidad, al seno de los sentimientos tormentosos y de las virtudes ideales. Dios ha castigado nuestra temeridad! Qué cambio desde nuestra caída! qué amargura! Uladislao se ha vuelto triste; quiero tener alegría para él y para mí.

Acudid, pues, recuerdos míos ! y tú, primera y casta inocencia de la flor de mis años, exhala tus perfumes al contacto de la vara mágica de mi entusiasmo, y ven con tus virginales y frescas reminiscencias á mecer en sus dolores á esta pobre y segunda inocencia del arrepentimiento que tanto trabajo tiene en sonreír á tus caricias !

Tenia entonces como diez años. Parece que, era ayer no más, p sin embargo estoy en los veinte y tantos.

Una fantasía acariciaba dulcemente mi imaginación, cual era dar á lo lejos un paseo á caballo, para cuya realización atormentaba sin cesar á mi pobre madre; pero esta, alegando siempre la orden paterna, me aplazaba para el año venidero. Solía ella hacer escursiones bastante lejanas, acompañada de mi señor padre. Un día, habiendo estos regresado del paseo de costumbre, arrebatada por un vehemente deseo de cabalgar, apoderéme de un caballo que habían dejado atado á un poste de la casa, y el dócil animal como si hubiera sido cómplice de mi infantil travesura, tomó por sí mismo el galope, y al poco rato hallábame en medio del campo, galopando siempre mi corcel.

Late aun mi corazón cuando traigo á la memoria las dulces emociones que sentí al verme sola, conquistadora del espacio, ufana de mi audacia, realizando en fin mi anhelada fantasía, y entregándome totalmente al entusiasmo de una carrera hácia lo desconocido.

No sé cuando se hubiera detenido mi manso y rápido hipógrifo, si en el camino no hubiera encontrado una laguna bastante ancha que fué preciso atravesar. Adelantábase por sí mismo en el vado que á cada paso se hacia mas profundo. Por primera vez de mi vida veíame asi en medio de las aguas. De repente el caballo se detiene; asustado trato de volver las riendas; pero saliéndome mal esta maniobra, arrojé un grito y adios el ginete.

Al recobrar mis sentidos, experimenté un delicioso bien estar, viéndome acostada en el muelle césped de que estaba rodeada la laguna, envuelta en un lindo poncho, acariciada mi frente por la tibia brisa de la tarde y en el centro de un radiante paisaje crepuscular, animado por el gorjeo de los pájaros, cuyos rápidos escuadrones remolineaban en el aire.

Volvióme al sentimiento de la realidad la vista de un jóvencito empapado, sentado al pié de mi blando lecho y mirándome sin proferir una sola palabra. Acordéme entónces de mi reciente desventura, y no me fué difícil comprender que él era mi salvador. En el acto me levanto, y por uno de aquellos arrebatos que son la gracia y el instinto de la edad inocente, salto á su cuello, dándole llena de júbilo cariñosos abrazos.

Nada se habia perdido en esta pequeña catástrofe; mi caballo y el de mi libertador pacian juntos á nuestro lado el tierno cespéd dorado por el crepúsculo.

Los niños pronto entablan relaciones. Lázaro

era el nombre de mi héroe. Encaminámonos hácia su ranchito, que venia á quedar muy cerca de nosotros, en el cual los cuidados mas tiernos me fueron prodigados por su familia; pero pronto nos volvimos á la laguna, cuna de nuestra amistad y teatro de tan bella hazaña. Allí, el poético Lázaro cortó una porcion de flores con las que compuso un magnífico ramillete, ofreciéndomelo amistosamente en seguida.

No sabia cómo corresponder á la finura de este jóvencito, cuando despavorida vino á arrojarse á mis piés una tórtolita, cruelmente perseguida por un ave de rapiña. La cogí con familiaridad, y en cambio de su regalo la ofrecí á mi simpático Lázaro, con mútuo juramento de guardar eternamente, él la tortolita, y yo el ramillete. La eternidad de las flores!

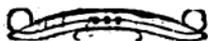
Hubiera deseado dar á estas lejanas y romancescas reminiscencias el encanto, el colorido, el perfume que ya no tienen, que tampoco podrian tener para mí, huyendo lejos de mi espíritu su verdadero sentimiento, como su ingénuá espression.

Estábamos, pues, Lázaro y yo, dichosos y olvidadizos en el borde florido de la laguna, ocupándonos en recojer flores y besos, unas frescas, otros inocentes, á imitacion de Adan y Eva en el Paraiso terrenal, sin sentir que la noche estendia sus sombras sobre la dorada superficie de nuestro Eden.

Entónces con las tinieblas me vino un remordimiento: por prin era vez me asaltó la idea de las an-

gustias en quo mi ausencia debia haber sumido á mi familia, y pensamos sériamente en marcharnos. La misma lijereza que por la mañana me habia inducido á abandonar la casa paterna, cegó y arrastró á Lázaro sobre mis huellas, en direccion á Buenos Aires, donde por fin llegamos cerrada ya la noche.

Al bajar del caballo, precipitóse hácia mí mi amada madre, cubriéndome de besos y haciéndome mil cuestiones acerca de mi larga ausencia, con una inflexion de voz que espresaba mas bien su ternura que su enojo, al paso que mi padre remolcaba silenciosamente de la oreja al pobrecito desconocido, cuyo semblante azorado y traje salpicado de barro, lo mismo que la tortolita que llevaba en su pecho, causaron mucha risa á mis hermanas que habian acudido á esta escena semí-patética, semi-jocosa.



XIV.

FLOR DE AMISTAD.

Lázaro Torrecilla interrumpió mi lectura.

Habreis ya adivinado, caballeros, dijonos riendo, que aquel pilluelo sacudido de la oreja era yo mismo en persona. Mi temible juez no pudo sacar de mi susto ni una palabra, y fué preciso que Camila se encargase sola de una narracion que, echando á luz mi papel caballeresco de salvador convirtiese en aplausos el enojo de sus padres.

Desde aquel momento, prosiguió el herido, la familia O'Gorman fué en extremo cariñosa para conmigo, y por su parte declaró Camila no querer ya separarse de su héroe, lo que determinó á sus padres,

con prévio consentimiento de los míos, á' que vivieramos juntos. Así nació, así fortalecióse entre Camila y yo la fraternal amistad, cuyos vinculos, representados por la flor que la diera, colocaronme en posicion de admirar todo su encanto y de anhelar todo su aroma; amistad pura que nos acompañó hasta la tumba, y cuyas raices, dolorosamente arrancadas, me han dejado una llaga secreta, mil veces mas cruel que la que acaba de hacerme el puñal de los bandidos. Pero os estoy haciendo la historia de mi propio corazon, en lugar de dejar la palabra á esa muger divina. Perdonadme, señores, esta pequeña interrupcion.

Los sucesos domésticos que vinieron en seguida, decian los *Secretos* de la *Santa*, diéronme ocasion de notar dos cosas: la primera fué que desde entonces cesó mi familia de considerarme como niña; la segunda, la inconcebible energia de ternura que sentí desarrollarse en mi misma para con mi amable compañero.

Este sentimiento, cuyo carácter me seria difícil precisar, era muy blando, muy suave y habitualmente mas alegre que melancólico. No podia ser amor, pues ignoraba todavía los ardientes misterios de este afecto. La exaltada fraternidad que me ligaba á Lázaro no tenía nada q' se asemejara á la agitacion, á la embriaguez ó al frenesí de la pasion que invadióme mas tarde. No era tampoco la amistad, en el sentido grave y seco de esta palabra. ¿Qué era pues? Un entusiasmo cándido, el ser humano ejer-

citándose en las emociones simpáticas; los primeros jérmenes de la reflexión echando sus flores: el despertar de la vírgen en el sueño de la muger; el pimpollo del corazón exhalando ya sus primitivos perfumes; el placer sin el remordimiento; la esperanza sin la inquietud; algo en fin instintivo y gracioso que canta y retoza en la aurora de la vida, lo mismo que la edad en que Lázaro y yo nos encontramos.

Mi madre mostrábase complaciente con aquellos entretenimientos y galanteos de una sensibilidad precoz. Solía llamar á Lázaro mi esposo, nombre que aceptábamos muy seriamente, aunque ignorásemos su verdadero sentido. Si este capricho pueril se hubiese con el tiempo realizado, si un casamiento regular y tranquilo hubiérame regalado como esposo á mi amigo!..... Pero nó! ganando la calma, hubiese perdido la felicidad! la tempestuosa felicidad, que ha sido y que será, mientras me quede un soplo de vida en el pecho y una gota de sangre en las arterias, la tortura querida de mi corazón. Todos los sufrimientos con Uladislao!..... Oh sí! De rodillas, agradezco todavía á la Providencia por la suerte que dignóse regalarme, y bendiciré eternamente ese magnífico don de la bondad celestial!

Puedo hacer esta confesión sin temor de ofender á mi amigo; conozco á Lázaro, y la generosidad constante, heróica, desinteresada hasta el sacrificio de que me dió tan repetidas pruebas, merece que le manifieste todo lo que sentí, ó mejor dicho, se lo

repita injenuamente. Ya no te ofenderá mi franqueza, nó, mi buen Lázaro!..... para contigo, la hipocresia seria un ultraje; para contigo, que siempre has leído en mi corazón como en un libro; para contigo, que despues de habernos proporcionado medios seguros de salvacion, estás todavia partiendo con nosotros el pan del destierro y las esperanzas de un porvenir mejor. No, no verás en estas páginas sino el reflejo fiel de una sinceridad que nunca tuvo secretos para tu fraternal cariño.

Nuestro reciproco afecto florecía, pues, bajo los encantos de una vida inocente y á la sombra de la materna ternura. Poco necesitábamos para el sustento de nuestro amor, yo solo buscaba los medios de agradarle, y él por su parte se contentaba con quererme, sin pensar tan siquiera en decírmelo, Estar juntos, en la mesa, en el estudio, en el juego, en el paseo, al piano—hé aquí lo que cifraba nuestro placer; pero este placer no se parecia en nada al que hasta entonces me habia ofrecido el círculo de las afecciones domésticas. Quería á mis padres con efusion, á mi hermano y á mis hermanas con afectuosa familiaridad, pero á Lázaro.. ... oh! lo amaba muy distintamente.

¿Cómo definir aquella disposicion del corazón humano que hace que nos liguemos á un extraño por un vínculo mucho mas simpático que el que nos une á las personas de nuestra propia sangre?

Muy lejos estaba de conocer la causa providencial de este fenómeno moral, pero experimentaba sus

afectos. Si alguien me hubiera dicho:—“Necesario es que dejes á tus padres para seguir á Lázaro”—creo que me hubiera resignado sin mucha violencia a este abandono de la casa paterna, inclinando el fiel de la balanza la consideracion de mi amigo. Vivir sin él me parecia cosa imposible: ¡vago presentimiento de aquella union sagrada é intima entre el hombre y la muger, ley suprema de la naturaleza é inspiracion divina del Creador de los mundos!

Lázaro y yo eramos, pues, inseparables. A veces me llenaba de amargura la sola idea de la ausencia posible de mi querido. Un enorme peso abrumaba entónces mi corazon; pero bien pronto se dissipaba, como dispánse las nubes que cruzan por la esfera á impulso de la brisa. Era una de esas visiones, moviles y fantásticas de los adolescentes en el cielo encantado por donde vuelva su imaginacion, en medio de los castillos aéreos que un juego de luz sucesivamente edifica y destruye, y al través de los caprichos de ilusion, incesantemente renovados, de que es tan pródigo su horizonte.

A estas quiméricas y poéticas visiones sucedian en nuestra vida estudiosa y variada, los atractivos de la realidad. Se ejercitaba nuestro espíritu en las curiosidades de la ciencia, al paso que tocaban superficialmente nuestros lábios la copa de las afeciones inocentes...

Habiamos entrado ya en la primavera. Mi madre, escelente botanista, solia todas las tardes espli-

carhos en un language sencillo las maravillas naturales de las plantas que crecian á nuestra vista. Lázaro, completando la teoria con la práctica, no dejaba nunca, al concluir la leccion, de ofrecerme un hermoso ramillete: recuerdo de la laguna, diariamente renovado, y fielmente completado con la presencia de Zinzi, la célebre tortolita, que posada ya en su espalda, ya en la mia, y mas feliz que las pobres flores, cotidianamente marchitadas y reemplazadas, era siempre la misma.

Con el bordado, al cual dedicaba una parte del dia, alternaban los gratos estudios del dibujo y del piano. Tenia yo conyenial idoneidad, para la música y cantaba con gusto. Leiamos poco, por que era mi madre del parecer que debiamos acostumbrarnos temprano á cultivar nuestro espíritu sin la ayuda de los libros, y que bueno era reservar las largas obras para mas adelante. ¿Y q' obra escrita podia valer por la elegancia, la claridad, la discrecion, la justa dosis correspondiente á nuestro alcance y sobre todo p' la atraccion comunicativa, la dulce y simpática luz de las palabras maternas?





MUERTE DE ZIBEL.

Una tarde, acabada la lección de botánica, me había puesto al piano tratando de ejecutar la gran cabatina de la *Donna del lago* de Rossini, acompañándome Lázaro con su linda voz. . . . De repente, en medio de nuestra música, oyese el eco lejano del trueno precursor de la tormenta. En el acto corrimos hacia el jardín, dejando las melodías del arte por las solemnes armonías de la naturaleza.

Efectivamente, ya empezaba la orquesta de los elementos. Globos de vapores en el aire, torbellinos de polvo en la tierra, bombas marinas del lado del río, anunciaban la llegada de las potencias tumultuosas.

tuosas del abismo, De un cielo encapotado, cayó a torrentes la lluvia, y los fulgurantes relámpagos, sucediendo á los serenos fulgores de la tarde, parecían otros tantos sacudimientos de alas de los tenebrosos espíritus abortados por el Plata, y recorriendo con ruidos el éter enlutado á su presencia. Abrigámonos bajo un toldo, contemplando de pié y asidos por la cintura la sombría magestad de la tormenta. Así, en grupo, formábamos una pareja fraternal é ideal. El con su linda cabeza desnuda y el cuello de su camisa doblado en su garganta de cisne; yo con las ondas de mi cabello flotando al aire, mi ramillete sobre el seno y Zinzi en la espalda, parecíamos estatuas del cincel griego estraviadas bajo el cielo tempestuoso de la Atenas sud-americana.

Delante de nosotros, los nobles tulipanes, los ténues jasmínes, las rosas y los lirios, inclinaban sus mimbres empapados; las ramas de los árboles, azotadas por la lluvia, se doblaban y lloraban como virgenes afligidas, al paso que á nuestros pies, una pobre gallina turbada en su instinto materno, estendía sobre su prole el pabellon de sus alas:—muestra tocante de las gracias de la creacion, colocada en un punto del inmeaso y magestuoso cuadro de sus grandezas!

Una ráfaga enfurecida vino á quebrar bruscamente el espejo de nuestra estática contemplacion, arrebatando el ramillete que tenia colocado en mi seno y llevándolo en sus encolerizados remolinos. Asustada, mi pobre Zinzi huye y se oculta entre el

follage de un naranjo. Casi al mismo tiempo, un espantoso trueno, dominando la tormenta, resuena con fragor. Simultáneamente, una culebra de fuego deslumbra nuestros ojos..... Al través de mi deslumbramiento, parecióme divisar la caída de un objeto al pie del naranjo: era la pobre Zinzi que acababa de ser fulminada.

—¿Quién sois? De donde venis? Qué queris?

Estas preguntas eran dirigidas por Lázaro á una forma humana, silenciosa é inmóvil, plantada delante de nosotros, cuya llegada no habia notado yo, en la emocion causada por la catástrofe de Zinzi.

Un hombrecito, corto y rechoncho, estaba allí de pié, las manos detras, los pies desnudos, envuelta la cabeza en un pañuelo etcarnado y el cuerpo en un traje de fantasia que dejaba a descubierto sus piernas y la parte superior de su pecho.

Reconocí luego al *Oriental*, loco celebre tanto en Montevideo como en Buenos Aires, muy famoso en la crónica supersticiosa de los pilluelos de ambas capitales, y cuya arepentina aparición me habia muchas veces puesto en fuga siendo yo niña. •

—Deseais algo? volvió á preguntarle Lázaro.

El loco permaneció en silencio.

—Puesto que no quereis contestar, retiraos! prosiguió Lázaro impacientado.

Pero él, sin moverse, y dirigiendo hácia mí su rostro sepultado á medias en una poblada y par-

dusea barba, permaneció mirándome con melancolía.

—Que queréis, amigo? le dije en tono más dulce.

Entonces aquella estatua humana, tomándome por el brazo con su mano izquierda, y señalando con el índice de la derecha en dirección al naranjo:

—No veis?..... dijo a media voz.

Yo palidecí.

Los ojos del loco erraban en el espacio, y sus miradas parecían seguir en él los fragmentos de las flores remolineando a la merced de la ráfaga; en seguida fijaróse inmóviles sobre la tórtola muerta.

—Cuidado! cuidado! exclamó de repente; porque ya siento el torbellino del crimen que amaga con su furor á Buenos Aires, y entreveo al buitre con uñas ensangrentadas que vuelva en la ala del torbellino. Cuidado! cuidado!

A estas palabras, esperiménté un temblor nervioso.

El loco tomó mi mano, abrióla, leyó en ella durante algunos minutos, y prosiguió con melancólica tristeza;

—Flor de la tierra, tú serás despedazada como esas flores.... ave del cielo, tú serás fulminada como esa tortola! El fuego del cielo te ha perdonado, pero el rayo de los hombres es cruel y desapiadado.

Al decir estas palabras, el *Oriental* dió media

vuelta, subió con presteza la pequeña pared de ladrillos por la cual sin duda había bajado, y deslizándose por la azotea vecina, desapareció de nuestra vista.

Yo estaba sofocada, sin voz, apoyada contra el pecho de Lázaro.

—Es un loco me dijo este desdeñosamente, imprimiendo un beso sobre mi frente bañada por un sudor frío. Hice un esfuerzo para sonreirme.

Rasgóse en seguida el negro manto del cielo, dejando de nuevo ver su azul nítido y puro, así como cae el luctuoso trage de una vírgen para ser sustituido por el vestido nupcial. El viento sud echó á lo lejos los últimos harapos de las nubes, y los rayos vespertinos de un sol resplandeciente alegraron de nuevo la Creacion. Los árboles y las flores brillaron con las gotas de la lluvia, como pensamientos halagueños al través de lágrimas de júbilo: las aves saludaron en bandas la vuelta de la luz y de la calma, y la asustada gallina abrió a sus tímidos polluelos la cárcel de sus alas. Todo resucitaba, cantaba, vivía delante de nosotros; todo, excepto la pobre Zinzi que mirábamos yerta á nuestros pies,



XVI.

VLADISLAVO.

Delante la comida se habló mucho del *Oriental*. Con este motivo, mi padre divirtióse en narrárnos muchas historias fantásticas, satirizando con su chispa burlona á los fabricantes de profesías, particularmente á los de malos-aguekos, cuyas hazañas fueron por él celebradas con un buen humor irónico, de que afectaba yo participar.

Soy mujer, y la naturaleza me dió una índole sumamente sensible. El incidente extraño del jardín me hizo pues soñar muy seriamente, apesar de mis esfuerzos para disimular mi emoción interior.

Cuando llegó la hora de acostarse, dióme mi padre el beso acostumbrado, y poniéndome familiarmente sobre sus rodillas, aprximada mi cabeza á la suya, me dijo:

—Vamos, hija, desprecias tan miserables supercisiones, y tienes razon.

Y prosiguió con solemne gravedad, mientras mi madre, silenciosa y pensativa, me estaba mirando con ojos dolorosos, cuya espression penetrante nunca saldrá de mi memoria.

—¿Sabes tú de lo que debes tener miedo, Camila? De la deshonra! Y por eso, basta que sigas tu inclinacion congenial hácia lo bello y lo bueno, y permanezcas fiel á ti misma. El honor! ahí está el arma de tu sexo, como del nuestro. Con el honor, impone la mujer á todos los que la rodean, silencio y respeto. Yo sé que tales son tus sentimientos... ¡Cómo me enorgullezco de tí! Tú no traicionarás mis esperanzas, y llevarás siempre muy alta la frente en el mundo, haciéndola bajar muy baja á cualquiera, segun lo requiere nuestra sangre!

Noble Camila! agregó mi padre jugando con los rizos de mi cabello; el fuego de los O'Gorman mezclado con la gracia porteña!.....¿Qué te parece, querida?

Dirijíase esta interpe.acion á mi madre, quien contestó con una sonrisa de orgullo y de placer.

El resultado de esta elocucion fué el desarrollarse en mi alma una asombrosa exaltacion moral. No puedo admirar bastante la facilidad de entusias-

mo y la energía de emulación innatas en la muger hácia los afectos nobles y puros, cuando pienso en el fervor de prudencia y en el celo de virtud de que me sentí abrasada. Horrorizábame la sola idea del vicio. El sentimiento de la dignidad femenil latía en mi corazón, tan vivaz, tan ardiente y poderoso, que tocaba sin esfuerzo ni combate en la esfera sublime de las aspiraciones castas, lejos de las imágenes peligrosas evocadas en la edad crítica de la pubertad por la curiosidad del espíritu y el extravío de los sentidos. Todo lo que, ya en el presente, ya en el porvenir, me parecía amenazaba el tesoro de mi virginidad, me inspiraba instintivamente un soberano desden; y tal era mi repugnancia á este respecto, que no trepidaba en estenderla hasta el vínculo sagrado del matrimonio. Ser siempre vírjen parecíame el bello ideal de la honradez: montaba en gloria el arcánjel, sin preveer su caída.

Mi madre, para quien mi candor nada tenía secreto, leyendo en mi injénuo corazón cuando yo me confiaba al suyo sin embarazo y sin temor, trataba de reconciliarme con el pensamiento y las dulzuras de la union conyugal; asunto delicado sobre el cual echaba su esperiencia preciosas luces ya higiénicas, ya morales, cuyo efecto era templar la exajeracion de mis ideas, preparándome de antemano á la eleccion de un esposo..... ¿Y qué otro podia y merecia serlo, sino el dulce, el fiel, el simpático Lázaro?.....

No lo permitió así mi estrella.

Un dia, la casualidad, ó mas bien la Providen-

cia que arregla todas las cosas segun sus misteriosos decretos; hizo recibiese la casa una visita extraordinaria. Era el visitante un jóven tucumano, recién llegado de su suelo natal con el título de sacerdote, hacía poco obtenido por él. Traía una carta de su tío, el gobernador de Tucuman dirigida á mi padre.

Este caballero, cuyo traje era de una elegante sencillez, presentaba, al primer aspecto, un modelo admirable de nobleza y gravedad. Digna era toda su persona de aquella afamada provincia, fecunda en hombres notables por los trabajos intelectuales, no menos que por la gloria de las armas,—madre valentísima, cuyos hijos, ya soldados, ya literatos, ya ministros del altar, tuvieron al servicio de la Confederacion, brazos para la defensa de la libertad, y almas para el apostatado de la civilizacion y del progreso.

El jóven doctor era de una talla regular, un poco superior á la mediana; delgado de cuerpo, y de porte muy gracioso: circuía su cuello un corbatin serpeneadado de blanco y azul, distintivo de los eclesiásticos: sobre su frente, pura y lijeramente convexa, ondeaban sus cabellos renegridos y crespos. Su rostro, tostado por el sol del desierto y al aire jeneroso de la vecindad de los Andes, despedía reflejos dorados, al paso que su mano, despojada del guante negro que la cubria, denotaba por su blancura femenil, al hombre de estudio y al trabajador del pensamiento. Pero su soberano atractivo, su irresistible seduccion estaba en sus ojos, los cuales, diáfanos, grandes, algo saltados, sombreados de largas pestañas, y penetra-

dos de una simpática inteligencia, no expresaban ni gozo, ni tristeza, pero sí una apacible firmeza unida á un gran fondo de dulzura.....

Ya ha pasado año y medio despues de tu primera aparicion, mi Uladislao! y tu-retrato de entónces, lo conservo aun en mi memoria! Tal cual entónces te ví, te estoy aun viendo..... O mas bien aquel retrato va adquiriendo cada dia nuevas gracias y cuanto mas se prolonga tu presencia, tanto mas hermoso te encuentran los ojos de mi amor!.....

• Enteróse mi padre de la carta siguiente :

Al Sr. Adolfo O'Gorman, en Buenos Aires.

Señor: Os dirijo á mi sobrino Uladislao Gutierrez, llamado á la capital por la profesion sacerdotal á que acaba de dedicarse. Mas familiar con sus libros que con el mundo, este doctor recién empieza en la vida pública, rico de buena voluntad y de juicio, pero bastante pobre de esperiencia, consecuencia forzosa del aislamiento en que le ha tenido su educacion provincial. Criado en la soledad, no conociendo á nadie, sino á nuestros sencillos y buenos campesinos, debe naturalmente ser un poco nuevo en medio de esa sociedad porteña, tan distinta de la nuestra, y tendria que hacer, aunque operario del cielo, un tanto cuanto de aprendizaje terrestre. Estos jóvenes tan doctos, son á veces los mas atrasados en ciertas materias....

“Dignaos pues. señor servirle de auxilio para iniciarlo en todo lo que le importa saber. Vivimos en

tiempos y regiones donde un buen sacerdote debe no solamente conocer los deberes generales de su profesion, sino tambien poseer aquellos conocimientos, aquellos hábitos de la vida vulgar, requeridos por sus diarias relaciones con las familias. Asi es, que con vuestra ayuda, espero que nuestro jóven doctor alcanzará en la sociedad argentina y entre los hombres recomendables y útiles, el lugar distinguido al cual le convidan sus estudios, su talento, el nombre sin mancha que lleva y la carrera sublime que ha abrazado. De antemano os doy las gracias por vuestra preciosa proteccion para con él, persuadido de que se la concedereis, no solamente en obsequio de vuestra amistad para conmigo, sino tambien, y muy pronto, por su propio merecimiento.

Soy de V., señor el atento servidor y amigo.

El gobernador,

CELEDONIO GUTIERREZ.

Tucuman, noviembre 26 de 1846.



XVII.

FLOR DE AMOR.

Fué el jóven Gutierrez colmado de todas las atenciones que merecia semejante recomendacion, y entabláronse relaciones de amistad entre mi familia y el sacerdote, cuya conducta no desmintió la opinion favorable que mis padres habian formado á su respecto. No carecia de originalidad su circunspeccion, y segun lo decia la carta, sus modales tenian algo de primitivo. Llamábanle mis hermanas y mi madre—*el indio*, epíteto que aceptaba de buen humor y al cual contestaba bautizándonos—*las civilizadas*.

—Cómo estais, señor indio?

—Muy bueno, señorita *civilizada*, y Vd?...

Tales eran nuestras fórmulas de salutación.

Estas bromas amistosas é inocentes, propias del carácter porteño, acabaron por dar á las visitas del jóven tucumano un atractivo peouliar, combinándose la seriedad complaciente de un sábio con la chispa de unas niñas bulliciosas.

Yo sola, en medio de la animacion general, permanecia pensativa...

La orgullosa que en la exajeración de sus desdenés habia resuelto vivir vírgen; la imprudente que pretendia defender su pudor contra el mismo matrimonio, creyendo insensatamente dominar á la naturaleza; aquella en fin que creíase bastante fuerte contra cualquier hombre, sintióse herida de amor... ¿y por quién?...

¿Fué involuntaria esta primera impresión? Mi conciencia, franca para lo bueno como para lo malo, dice que sí. Quizá mi deber hubiera sido confesar todo á mi madre; no lo dice: por la primera vez hubo entre ella y yo un secreto. Preferí tener confianza en mis propias fuerzas, y creyendo salvar con los sofismas del espíritu la pureza del corazón, traté de persuadirme que bien sabria mi pasión mantenerse elevada, intacta y digna, aunque tachada de misterio; que, ignorada por los hombres y conocida solo por Dios que todo lo penetra, él la veria con ojos indulgentes, y en obsequio de mis buenas intenciones, se dignaria perdonarla.

Tal fué mi ilusión; y quizá esta presuncion no

hubiera sido demasiada, sin las terribles circunstancias que mas tarde sobrevinieron; pues por una parte el mismo caracter exaltado de mi amor era la prenda de su inocencia, y por otra me reservaba el cielo la insigne dicha que el corazon de mi amante se hallase á la altura de mis ideales aspiraciones, cuando logré conocerlo.

¡ Cuán lejos estaba, en el alba de mi pasión, de prever su desenlace! Rica de intajinacion, se abrió mi juventud á los encantos de una emociion embriagadora y pura, cuya novedad me interesaba al estremo. Jamás nada parecido habia experimentado. Era aquello una especie de creacion interior, una revolucion en todo mi ser, tan rápida como estensa. Parecíame haber subido de golpe al último grado de la escala de los afectos humanos, dominando de aquel punto, como en un sueño prestigioso, un mundo inmenso de maravillas.

Lejos de debilitarme al contacto de Uladislao, mis otras afecciones tomaban por lo contrario un incremento progresivo: mis padres, mi hermano, mis hermanas, Lázaro . . . todos, todos ganaban en mi corazon con duplicada energía, al paso que el sol vivificador de mi existencia irradiaba á mi alrededor fuerza, calor, vida y esperanza. Mi cariño hácia Lázaro habia sido poéticamente amistoso; sin ser menos casta, la pasión secreta inspirada por Uladislao era mucho mas dominadora y profunda.

Un género singular de atraccion establecióse entre el jóven tucumano y yo. Hasta entonces ha-

bia tenido un amigo y un compañero; tuve, al verlo, el presentimiento de un protector. Aquella superioridad, aquella fuerza del sacso varonil, llave de las simpatías del nuestro, me subyugaron instintivamente. Había conocido la amistad por la conformidad de genio, de ternura y de debilidad misma; una desigualdad mas pronunciada de los dotes naturales entre el hombre y la mujer, bizome conocer el amor.

En fin, hasta la indiferencia, al menos aparente, del ídolo hácia su cisga adoradora inflamó y nutrió mi apasionado ardor. ¡ Cosa rara, y que demuestra con creces la miseria de la pobre condicion humana! fué precisamente esta misma indiferencia, real ó supuesta, lo que dió á mi amante su mas poderoso atractivo. De todos los misterjos que encierra el carazon de la mujer, este ciertamente no es el menos curioso. Cuando álguien ataca directamente nuestra virtud sabemos resistir; pero que sea herida nuestra vanidad, quedamos desarmadas! . . .

Uladislav era un extraño seductor. Ni una sola galantería, ni la mínima palabra erótica, ni una mirada siquiera, que indicase no que era partícipe de mis sentimientos, sino simplemente que habia leído en mis ojos el secreto de mi corazon. Con la misma reserva de modales y la misma placidez de humor, renovábanse sus visitas; y su discreta aunque afable política no hacía ninguna distincion entre las personas que formaban nuestra reunion ordinaria.

Despechada al principio, acabé por aflijirme seriamente. ¿ Era ó no era amada? — No tenía ni el

triste consuelo de saberlo.—La duda! la punzante y cruel duda me devoraba bajo el pesado disfraz de quietud y aun de alegría que trataba de conservar en mi rostro delante de mis hermanas y de mis padres.

Pero pronto tomó otro rumbo mi pasión. La venda de la credulidad vino á estenderse sobre mis sufrimientos interiores; sentí de repente como embalsamada mi herida, y á la crisis dolorosa suceder la certidumbre y la confianza.

¡Qué mágico tan prestigioso es el amor!

No era que Uladislaó hubiese cambiado de actitud; eran mis ojos que engañados y fascinados, empezaron á verlo por la ilusión de mis quimeras y el capricho de mis deseos. No dudaba ya, era querida todo en su semblante parecía decírmelo. Por un curioso fenómeno de óptica amorosa, el mismo prisma simpático al través del cual le veía, me traía la contestación, la dulce contestación de sus miradas. Si, sonreía, era la sonrisa de un enamorado; si callaba, era la preocupación, la melancolía de la ternura; si vibraba su voz, recojía el fondo de mi corazón otros tantos ecos apasionados. Solo un amante, decía yo interiormente, puede mirar, hablar ó callarse de este modo.

Así, merced á la ilusión y á la fé—dos constructores maravillosos—se levantaba el fantástico edificio de mi felicidad. ¿Qué precisaba para desmoronarse? Tal vez un soplo de aire, una palabra no mas, ó á falta de palabra, una mirada de mi parte. clara y

espresamente interrogante. Esta osadía me abrumaba preferí considerarla innecesaria, ó mas bien, un instinto de dignidad me impelia a rechazarla como un paso indecoroso hácia un seco que muy bien sabe venir a nuestros pies, sin necesidad de llamarlo.

¿Cómo sucede que uno ame? ¿Como y por qué, de una impresion casual, accidental—caprichoso efecto de la suerte—vá desarrollándose esa invasion soberana, irresistible, que se arraiga en nuestra alma y acaba por ocuparla enteramente, semejante al árbol estendiendo sus inmensas y multiplicadas raices debajo de la tierra a donde llevó el viento su imperceptible simiente?..... ¿Como y por qué hace la pasion tan gigantescos progresos?

—¿Como?..... Por la concentracion y el silencio.

—¿Por qué?..... Por que se basta á si misma.

Mas adelante, ella ensayará echar ramas en los aires y realizará conquistas al rededor de sí; mas adelante, osará todo. En el primer momento no osa nada, ni aun declararse.

Los caracteres del primer amor podrian reasumirse en uno solo: la timidez.

Esta discreta y delicada taciturnidad es todo el secreto de su fuerza. Tal vez un amor atrevido tendria que zozobrar á su primer confidencia; y es por eso mismo, y cediendo, si se puede así decir, á un instinto de conservacion, que el primer amor

huye tan cuidadosamente la luz de las esplicaciones.

No sé cual es á este respecto el pensamiento de los hombres; pero en cuarto á nosotras, la inclinacion á la credulidad hállase robustecida por la reserva natural á nuestro sexo, la cual, unida á la etiqueta social, nos prohibe dar los primeros pasos, De este modo, la mujer, siendo su propia cómplice, siempre encuentra en sí misma y á golpe seguro una correspondencia que sonríe a sus ilusiones.

¡Ay de mí! la esperiencia me ha hecho docta en la materia. Cuidado, niñas, que mi teoria os puede ahorrar muchos desencantos. Creed á la pobre catedrática de amor!



XVIII.

TEORIA Y APLICACION.

El ideal de una pasion raras veces resiste á la realidad.

Supongo que, en lugar de alimentarme de quimeras, hubiese declarado ingenuamente á Gutierrez lo que sentia para con él. Quizá, al recibir esta confidencia, su lealtad de hombre de bien me hubiese detenido al borde de un declive peligroso; quizá su conciencia hubiera auxiliado á la mia para recuperar la calma, la prudéncia y la razon. En dicha hipotesis, hubiera el mismo curado mi enfermedad, no sin dolor por cierto, pero en fin sin temor de arrancar hasta el corazon, como sucede cuando se

quiere desarraigar de él, sangrientas y dolorosísimas, afecciones inveteradas ya.

La suposición la más probable era que obediendo, como la mayor parte de los de su sexo, a un sentimiento de vanidad, el joven Uladislao, ya que partiese ó no mi simpática pasión, hubiese contestado á mi declaración por un semblante de amor mitigado; táctica que la hipocresía social aconseja en ocurrencias semejantes, y en aquel caso también había de padecer mi corazón un verdadero desengaño. La respuesta de Gutierrez, cualquiera que fuese, hubiese parecido superior al ideal interior que me formaba de mi ídolo. Indulgente ó severa, su palabra quedaba forzosamente arriba de mis esperanzas, ó debajo de ellas.

Como lo dejo dicho, fui pues, mi propio médico no para cortar mi mal erótico, pero sí para purificarlo y tornarle síno razonable, á lo menos honesto.

Sin embargo, hay en el amor sincero un no sé que de comunicativo que repugna al egoísmo de la soledad, y tiende, a pesar de todo, a desahogarse en el objeto querido. ¡Cuántas veces estuve a punto de echarme en los brazos de mi ídolo, y dispuesta á exclamar: Uladislao! mi buen Uladislao! te quiero! te quiero!..... ¡Cuántas veces sentí mis labios agitarse con la revelación de mi secreto! Presentábase seme aquella confianza ya como una inspiración instantánea é improvisada, ya bajo la forma de una declaración meditada y de antemano preparada. Pero nunca brotaba la inspiración, y quedaba inédito el

discurso, y la misteriosa cadena que atábase la lengua, tenia en mí paralizados á la vez la memoria, el ánimo, el entusiasmo, la sangre fría y la lucidez.

En semejante situación, entre la irresistible impulsión que me decía: habla! y la repulsión, aun mas irresistible, que me gritaba: callado! recurri al paliativo usitado. Desesperando de decidirme a hablar, traté de escribir. Pero no me salió mejor aquel expediente. Veinte veces borroneé la carta proyectada, y veinte veces la desgarré, sin jamas atreverme á remitirla á su destino. Divertíame en despedazar, en mil fragmentos la hoja escrita, lanzándolos al espacio, donde me gustaba verlos remolinear como un escuadron de mariposas sobre el ala del pampero. Asi dispersábase en mil direcciones mi amoroso pensamiento. Se iba el papel, pero quedaba la tinta, y no era raro que en el calor de la composicion, quando era llamada para el almuerzo ó la comida, me olvidara de lavarme las manos y llevase cándidamente a la mesa mis dedos ennegrecidos; lo que hacia decir a mi padre maravillado:—Esta Camilita!..... que pasion tiene por la escritural!.....

Esta coqueteria epistolar era el alimento solitario de mi pasion, y tambien—debo confesarlo—su bálsamo purificador. Tuve la ocasion de hacer con ese motivo una observacion sumamente honrosa para la inteligencia humana; y fué notar que el ejercicio de las facultades intelectuales tiene generalmente por resultado la depuracion de los sentimientos del corazón. Hubiera tenido verguenza de confiar al pa-

pel un pensamiento reprochable, y parecíame que mis ideas, pasadas de aquella manera por el fuego sagrado del espíritu, lanzaban un perfume suave y una ideal exhalacion. Tenia respeto hácia mi propia escritura, por decirlo así, y mi pensamiento, tomado una forma, era siempre casto y delicado.

Por otra parte, no escribiendo sino por escribir y sin la prevision que seria leida mi carta, encontraba mi pluma un asombroso candor de estilo y gracias de lenguaje de un atractivo verdaderamente raro. El recuerdo de esta correspondencia me encanta todavia con su esquisita fragancia; y late mi corazón de emocion y de placer al reconstruir esas páginas, ensayos de mis primorosas inspiraciones, en que se revelaban la rica fecundidad y el rumbo ingenioso de un sentimiento en su flor.

Eran fuentes de poesia, de donde brotaba un inexprimible frescor, mezclándose en sus sombras embalsamadas las más lindas armonias de la naturaleza con los símbolos mas suaves de la religion. Bañábase allí mi pensamiento y apagaba su sed, como una cándida paloma que vá a beber y mojar sus alas en las aguas de una límpida cascada. Otras veces, sentíame caer del eden de la ilusion á los abismos de la pesadumbre; y entonces padecía un sufrimiento inmenso, como la vírgen siete veces atravesada por la espalda del dolor.



AMOR MUSICAL

De este modo daba expansión á mi amorosa poesía: perfumes ignorados, esencias evaporadas que deramaba á los piés de mi ideal, como las ondas de aromas que Magdalena vertía á los de su divino salvador. Todo no se perdía, pues la cabellera con que los enjugaba, conservaba algo de ellas. Del mismo modo mi corazón se penetraba de la fragancia de los mas nobles sentimientos.—El amor verdadero moraliza.

Hallábame á esta altura de mi poema interior, cuando sobrevino un incidente que deparándome la oportunidad de hallarme frecuentemente sola con

Uladislao, vino á preparar su desenlace. Gutierrez fué rogado por mis padres para darme algunas lecciones de piano. Era una hora de cara á cara cada dia.

Esta circunstancia fue para mi amor íntimo un alimento mas; pero mi timidez continuó siendo insuperable. La presencia ideal de mi ídolo habíase, pues, cambiado por su presencia real, que yo admiraba en silencio, sin que me distrajera nada de lo que me rodeaba y le era extraño. El mismo temor de ver desvanecer mi vision adorada, contribuía á sellar mis lábios. El menor cambio en mis ilusiones era por mi temido como la mas grande catástrofe: la idea de la muerte no me hubiese inspirado tanto terror ni mas angustia; porque aquel ideal visible era parte de mí misma; porque aquella creacion realizada era mi pensamiento y mi ser. Era á mi propia á quien veia y escuchaba, creyendo ver y escuchar á Uladislao.

¿Y qué es el amor, sinó el reflejo de sí mismo?

El egoismo, es el ser que no se siente; es el ciego y el sordo cuyos ojos no tienen luz y cuya voz no tiene eco.

El amor, la es conciencia que cuenta sus riquezas y que escucha sus propias armonias.

Mi profesor de piano era el respecto y la discrecion en persona; nada que dismintiese en él la reserva sintemática en que parecia se habia encerrado para conmigo. Algunas veces, una lijera sonrisa erraba sobre sus lábios descoloridos, iluminando la dulce austeridad de su rostro; pero esos breves re-

kámpagos no tenían calor ni duración. Cuando Gu- tierrez sonreía, su semblante asemejábase á una au- rora boreal.—Uladislao era el polo del amor.

Un dia, sin embargo, yo no sé qué entusiasmo le arrebató por la primera vez. Acababa de desen- volver con su flemma habitual y en metódico lenguaje las mas delicadas teorías de la ciencia musical. Con su maravillosa lucidez de inteligencia, habia conse- guido hacerme comprender aprosimadamente lo que es el contrapunto, la fuga, la armonía, la composicion Un oratorio de Mozart y una sinfonia de Bethowen ejecutados por él, habian unido el ejemplo al precep- to. Yo sentí pasar por mi alma una chispa del fue- go sagrado, que animó á aquellos jénios; el mismo parecia orgulloso del efecto de su leccion; y fijando en mi sus miradas no menós entusiastas que las mias:

—¿No es cierto, me dijo, que esto es bellissimo, Camila? Y sin embargo no hemos llegado aun mas que al umbral del templo de la armonía. Es ya tiempo de penetrar hasta el santuario.

En seguida, púsose nuevamente al piano y pre- ludió una de las mas espléndidas obras de la escuela alemana: la apertura de *la creacion* de Haydn. Mientras sus dedos erraban, brillantes y sonoros, sobre el teclado, sus palabras interpretaban la música, y el poema de la voz acompañaba al poema lírico, sirviendo aquel de comentario á este.

—¿No veis, decia Uladislao, cómo surge la luz del seno del caos? La armonía de los cielos empieza

ya; los astros ejecutan su primer concierto, y es Dios su director de orquesta.

Y las manos del pianista recorrian con suave majestad el campo de la inspiracion; y su semblante se iluminaba, y sus ojos despedian un resplendor desconocido.

—La tierra, continuó, se adorna de flores; las aves cantan el himeneo de la naturaleza con el espíritu: flores aéreas y terrestres forman á los esposos divinos un lecho de melodías y de perfumes, mientras que el eco del abismo nos conduce los ruidos impotentes del jénio encadenado de la envidia, y del destronado rey de las tinieblas. . . . Escuchad ¡Escuchad como la calma se levanta de la tempestad!

Mi profesor terminó su demostracion con una fuga de prodigioso efecto de arrebatamiento y colorido.

Gutierrez prosiguió:

—La luz es bella, el cielo esplendoroso, magnífica la tierra y poético el abismo; pero ¡cómo las armonías humanas sobrepasan en gracia, en dulzura y en majestad á todas las otras armonías; Mas pura que la luz surjiendo del cáos la intelijencia del hombre ha salido de la nada. Mas perfumada que la flor de la tierra, la belleza moral ha desabrochado su capullo. Mas dulce que el ave de los jardines, el amor casto alza un himno en el corazón.

No ! es imposible que el oído pued escuchar

una música semejante, y apenas el alma tiene el poder de concebirla. . . .

Uladislao desenvolvió el resto de su idea. Pálido, con los ojos rutilantes, el cabello en desorden y la fiebre de la emoción en la yema de los dedos, levantóse en seguida quebrando convulsivamente dos teclas del piano. Acababa de terminar *la creación de Haydn*.

—Hasta mañana, Camila, dijo tomando su sombrero

Yo no respondí á su saludo. Mi turbación era tal, mi agitación interna tan profunda que permanecí inmóvil en mi silla, reduciéndome á mirar al joven eclesiástico con singular expresión. Debí haber en esta mirada, en que se descubría toda mi alma, una fuerza de significación; pues Uladislao se mostró vivamente conmovido, y apartó su vista, como deslumbrado y sorprendido por aquella revelación silenciosa pero clara y explícita, de mi pasión.

Gutierrez volvió á sentarse.

Sin pronunciar una sola palabra, contemplóme con inefable ternura en seguida una de esas sonrisas finas é incisivas que expresan á la vez la gracia del espíritu y la lozanía del sentimiento, partió como un grupo de luminosos rayos de su noble y simpático semblante. Esta vez bajé la vista por mi turno.

Yo no sabía que hacer ni que decir. Mi seno palpitaba; el vapor de la felicidad mezclábase al

rubor de la vergüenza sobre mis encendidas mejillas.

Algunos momentos se pasaron así, al cabo de los cuales me aventuré á dirigir la vista hácia donde estaba Uladislaó... ¡Cual fué mi admiración! Gutierrez tenia en la mano una carta que me presentó con una política esquisita y una gracia seductora. Abríla con una especie de frenesí maquinal y leí las siguientes líneas:

“Camila :

“Hay silencios que son mil veces mas culpables que las mas temerarias palabras. El que yo he guardado, es ya demasiado largo, y mi conciencia le lleva como un remordimiento. Yo no quiero ser hipócrita con nadie; y mucho ménos con vos, que sois el candor y la pureza en persona,

“Camila : nosotros no tenemos nada que ocultarnos recíprocamente. Solo el mal debe ruborizar, nos y de ningun modo una afección inocente como la que Dios ha puesto en nuestros dos corazones. No podemos ser felices unidos, yo lo sé; pero depende de mí que vos lo seais, proponiéndome respetaros en lo íntimo de mi alma así como os respeto esteriormente y á los ojos del mundo.

“¡Adios, hermana mia! ¡Que toda la felicidad que me es rehusada por los sagrados deberes de mi profesion, pueda juntarse á la vuestra! Yo solo pido á Dios este consuelo.

Mi primer movimiento, al leer aquel billete, fué tomar un semblante frio y reservado. ¡Que suplicio! un volcan en mi pecho, con la nieve en mi rostro! Mi pudor instintivo luchaba, y parecí realmente enojada, mientras que interiormente ésta encantadora lectura filtraba lo mismo que un bálsamo sobre la llaga ardiente de mi pasion.

¿Porqué no decirlo? Bajo la apariencia de la contrariedad, me sentí deliciosamente refrescada por una confianza fraternal que corroborando la idea que me habia formado de los sentimientos caballerescos de Gutierrez y de la elevacion de su alma, daba á la crisis de mis sentimientos un desenlace tan precioso.

El, con esta osadía, no digo de corrupcion, pero si de voluntad, peculiar á su sexo, aproximóse, y enlazando mi espalda con su brazo, me dijo:

—¿No es cierto que he hecho bien en romper nuestro secreto, Camila?

No sé que fué lo que contesté ni lo que se pasó á mi alrededor en aquellos momentos de turbacion magnética. La fuerza de iniciativa del hombre habia conquistado moralmente la mujer. La invasion me dejó sin palabra como sin voluntad propia. La mia habia pasado en la de mi atrevido interlocutor. Yo sentí solamente una dulce presion de mano, acompañada de estas palabras pronunciadas á media voz :

—Este lugar no es propio para nosotros en la situacion en que nos hallamos. La prision de una sala es fatal á la virtud. El aire libre nos hará bien: venid.

Yo le seguí al jardín. Estaba sola en casa; mi madre había ido á la iglesia; Lázaro y mis hermanas no habían aun regresado de paseo, y mi padre no había entrado todavía.

Un crepúsculo dorado daba al verdor de los árboles del jardín un rico tinte, cuyo matiz palidecía gradualmente bajo los rayos de la luna que empezaba á lucir en el horizonte, semejante á un disco de marfil con vetas de zafiro. Poco á poco las sombras se condensaron hasta que la noche nos cubrió completamente.

Uladislao me conducía por la mano, paseándonos ámbos por las calles de acacias y naranjos sin pronunciar una palabra. Los dos estábamos en uno de esos accesos de sensibilidad en que, por un tácito convenio, nos abstenemos de turbar en otro las deliciosas emociones que uno mismo saborea. Así dulcemente caminábamos bajo el peso de uno de esos largos silencios á la vez hermosos y terribles, gustados como un presentimiento, temidos como una crisis, y que de ambas partes no se atreven á romper.

Nos sentamos.

La tormenta de felicidad que se había aglomerado, estalló al fin. Mis lágrimas corrieron á torrentes,

Todo callaba en aquella noche de voluptuosa languidez: la brisa, las aves del cielo y el ruido de la tierra. Uladislao, á mi lado, me contemplaba en una ajitación tempestuosa á que mis lágrimas parecían conducir una calma bienhechora. Su boca, cuyo aliento rozaba mis labios, cesó de murmurar apasio-

nados monosílabos. Yo me sentí regenerada por una fuerza invisible; mi ángel tutelar tocó con su ala mi cabeza y la de Gutierrez; el aire jeneroso de la virtud corrió en ondas refrigerantes por nuestras frentes abrasadas.—De una fiebre pasajera, cambiada en éxtasis repentinamente, nada quedó!... nada, mas que dos manos castamente entrelazadas.

El honor de la vírgen, triunfó de la debilidad de la mujer.





COQUETERIA INTELLECTUAL.

Aquella prueba de que salió victoriosa la lealtad de Uladislaio y mi propia virtud, no fué ciertamente estéril para mi rejeuación moral. Al mismo tiempo que mi ser penetrábase del sentimiento del deber, comprendí que debía ponerme á la altura de mi nueva posición, y traté de hacerme digna del sublime rol que iba á desempeñar en adelante, cara á cara con mi conciencia y con la del objeto de mi amor.

Para merecer mi ventura, para ponerme al nivel de mi felicidad ¿qué hacer? ¿Y cómo disponer mi pobre cuerpo para recibir aquella noble visita, el hada del amor correspondido?...

Lo primero que hice fué mirarme al espejo, que me mostró, sino mas bella, á lo menos revestida de una hermosura mas caracterizada. En adelante tenia que llenar un objeto de coquetería. Agradar a todos es el instinto de la mujer; agradar á uno solo es una necesidad para ella.

A eso, pues, se dirijian todos los esfuerzos de mi ambicion: agradar á Uladislao. Trenzaba escrupulosamente mi cabello, bañábame en esencias, cargaba mis dedos con ricas pedrerías; en suma, me hice una artista, y adornaba mis atractivos femeniles con un celo de elegancia que no sabia siempre encerrarse en los límites del buen gusto. Nada me satisfacía; y hubo vez de cambiar de traje y de peinado tres veces en un solo dia.

Esas exajeraciones de ornamentos me humillaron á mis propios ojos.—¿Seré siempre una niña?—me dije un dia ruberizándome de la extravagante variedad de mis adornos y del tiempo que perdía en mi tocador.

Desde entónçes entreguéme á mas dignos cuidados y me apliqué á mas nobles pasatiempos. Traté de completar el adorno del cuerpo por el del espíritu, y que mi coquetismo fuera interno. Embellecí mi alma—augusto alcázar de mi primer amor—lo mismo que se adorna una cámara nupcial.

A los brillantes reflejos que partian de mi corazon como del fondo de un santuario iluminado, brillaban las nociones de mi educacion, y hasta surjieron otras que no habia yo conocido todavia.

El amor no solo me hacia ver de un modo mas distinto aquello que ya sabia, sinó que me inspiraba un prodijoso deseo de saber mas aun. Estudiaba pues con gusto y escribia con pasion. Yo queria resumir en un estilo sencillo, pero elegante, el fruto de mis estudios. Luego que habia trazado una bella pajina descriptiva ó filosófica que me dejaba mas ó menos contenta, me enorgullecía doblemente: primero por él, por mí en seguida. Y me decia á mi misma: él es intelijente y literato; pero yo no seré menos! Sentía emulacion por todo lo bello, y ambicionaba tanto la belleza intelectual como la física, aspirando de este modo á merecer la doble palma en el arte de agradar.

Así empecé á amar la literatura.

Entre los proscriptos refugiados en la otra orilla del Plata, habia algunos escritores distinguidos en prosa y en verso. Yo recibia sus obras de contrabando y devoraba con avidez su lectura. Entusiasta por los jenerosos sentimientos que inspiraban su pluma, leía sus producciones con tanto mas placer, cuanto que aquellos cantos del infortunio ó recuerdos del destierro consagrados á llorar las desgracias de la patria ó á vengar las víctimas de Rosas, no contenian una sola alabanza para el tirano. La musa argentina—es necesario decirlo para su eterno honor—era tan pura en sus inspiraciones como distinguida en sus obras. Por otra parte, todo aquello que me hablaba de Buenos Aires, me hacia latir el corazon; de Buenos Aires! cuna ya de mi vida, y en adelante de mi amor;

de Buenos Aires! capital martirizada, república augusta marcada ya con la cuadrupla estrella del valor, de la belleza, del sufrimiento y del jénio!

Pero todos los poemas dulces y sublimes cantados por los proscritos, todos aquellos ecos de la melancolía y de la esperanza, no valian—por sublimes y dulces que ellos fueran—el poema interior que en mi cantaba; poema que componian, minuto por minuto, cada pensamiento de mi espíritu, cada vuelo de mi alma, cada creacion de mi fantasía, cada súplica de mi piedad, cada latido de mi corazon; poema cien veces mas gracioso, mas espléndido y divino que todos los que la pluma podia ofrecer á mis ojos ó la palabra humana articular á mi oido.

Ya dije que habia hecho de mi alma un retrete, un tocador; temo emplear la palabra santuario, porque ella esprime ideas místicas demasiado sérias para un sentimiento tan alegre, tan expansivo, tan radioso como el que yo experimentaba. Sin embargo, mi propia alegria tenia un perfume de idealidad en estremo delicado. La conciencia de mi propia dignidad se despertó en mí, clara, viva, fuerte y soberana, y no me abandonó nunca desde entónces.

Al mismo tiempo yo me sentí animada por una enérgica inclinacion hácia el trabajo y por el orden en todo. Era de una increíble actividad y de una rara disposicion para todo absolutamente. En todo ponía yo mis manos en la casa; todo lo queria inspeccionar y preparar yo misma. Niugun detalle del menaje violentaba mi delicadeza ni mi reposo. Habitualmen-

te madrugadora, ocupábame de las tareas domésticas como una madre de familia, como si hubiese tenido el presentimiento del destino y de las funciones de una dueña de casa!

Pero ¡ay!... este presentimiento era engañoso. Yo estaba condenada, por la elección fatal de mi corazón, á un amor sin resultados y á una pasión estéril! La platónica afección que mutuamente experimentábamos Uladislao y yo, la sola que nos era lícito cultivar y mantener, podía por ventura, á despecho de todos sus encantos y poesía, reemplazar las dulzuras de la unión conyugal?...

Con este pensamiento que erraba algunas veces como una nube en el cielo de mi felicidad, me asaltaba la promesa de mi madre y su deseo de unirme á Lázaro; y bajo el peso de las reflexiones que este recuerdo despertaba en mí, me veía obligada á convenir en que las leyes de la naturaleza son las mas respetables y mas dulces; y que fuera del matrimonio, el cariño entre personas de sexo diferente es una ilusión, sinó funesta é inmoral, cuando menos en desacuerdo con los fines de la providencia y las convenciencias de la sociedad.

Reconozco que el remordimiento no tenia el mas pequeño lugar en medio de este recuerdo. Era tan cándida mi intencion como pmo el deseo de mi amante. Comersaciones particulares, correspondencias secretas, expansiones del corazón y del alma, todo me habian dado la dulce certidumbres de tenerlas con un hombre honrado.

Gutierrez era sobre todo celoso de su propio respeto, y puedo decir, con orgullo, que mi delicadeza moral no le iba en zaga. Jamas nos ruborizamos el uno delante del otro, porque la estima y la confianza presidian siempre á nuestras pláticas. Uladislao blasonaba de probidad para conmigo como si yo hubiera sido un tesoro al que él no hubiera podido tocar sin hacerse cómplice de un robo. ¿Qué le importaba que los hombres ignorasen ó dejasen impune su delito? Dios le habria visto, y esto bastaba para impedir que lo cometiera: pues él era de aquellos que dan mas precio á la mirada de Dios que á la de los hombres.

Mi aprecio mismo no era á sus ojos considerado sino despues de la aprobacion de su conciencia religiosa. No desdeñaba ciertamente las precauciones que la prudencia social exige para evitar los malos ejemplos frecuentemente producidos por imprudentes apariencias; pero á esto se limitaba su preocupacion respecto á la opinion pública. Su mas grande temor, el único puedo decir, era de caer del ideal de honor en que se habia colocado frente á mí, y de turbar por el menor exceso de palabra ó proceder, la casta intimidad en que viviamos; intimidad de paz, de inocencia y de poesia, mil veces preferible á los acres placeres de la pasion culpable.



BILLETE ROSADO.

Entran aquí dos acontecimientos, el uno feliz, el otro desgraciado.

El Sr. Gutiérrez fué nombrado de cura en la parroquia del Socorro, circunstancia que, por hallarse el templo en las inmediaciones de la casa paterna, fué sumamente agradable para mi, y para el tambien. De este modo pudimos seguir viviendo, no ya bajo el mismo techo, vecinos á lo menos y librados del recelo de una promocion episcopal otro barrio; pues este habia sido nuestro temor.

El segundo suceso fué la desaparicion de Lázaro, sin que ninguno de nosotros pudiese adivinar ni

suponer el motivo de esta ausencia repentina ¿A donde habia ido? Que se habia hecho?—Tales eran las preguntas que nos haciamos en familia, sin arribar á ninguna solucion.

A mis padres sobre todo desconsolaba tan extraña partida; en los momentos precisamente en que mas se hablaba de un casamiento de Lázaro conmigo,—siempre la idea favorita de mi buena madre.

A estas preguntas agregaba yo otra en el interior de mi conciencia, demandándome si mi amigo no habria quizá penetrado el misterio de mis amores con Uladislaio, y si en el tormento de los celos no se habria dejado arrastrar por alguna resolucion desesperada.

Con todo si Lázaro me amaba era de pura amistad, segun la confidencia hecha por él no solo mi, sino á mi madre tambien. Pero ¿quien puede sondear los abismos del corazon? Era su declaracion complacencia generosa ó sinceridad?

Algunos dias habian pasado despues de esta desesperacion, que nos habia sumergido a todos en una mortal angustia, cuando una mañana al salir sola de la iglesia, de vuelta de mi leccion de corista que solia darme Gutierrez en una pieza contigua al templo, un desconocido envuelto en un poncho se aproximó a mí y me deslizó un billete bajo el chal: en seguida, alejóse rápidamente por ún ángulo de la calle antes que hubiese pasado la sorpresa que me ocasionó con su audaz procedimiento.

Asustada leyó lo siguiente:

“Vuestro amigo ha sido encarcelado bajo la inculpacion de complicidad en un complot. Una elevada influencia puede ponerlo en libertad: no perdais un solo instante.”

Dos ideas me ocurrieron á la lectura de este billete: la primera fué la del peligro que corria Lázaro, cuya prision era el vestíbulo del cadalso en aquella época de dictadura cruel y sombría; la segunda, la de improvisar los medios de salvarlo.

¿Quién era aquella elevada influencia de que hablaba el billete, y de donde me venia aquel aviso misterioso?—De mano de un amigo, indudablemente.—¿Pero quien podia ser aquel amigo?.....Escepto Lázaro y Uladislao, yo no conocia á nadie mas que á los miembros de mi familia que entrasen en el círculo de mi intimidad. Sin detenerme en formar conjeturas acerca de aquel incógnito, solo traté de poner en práctica el consejo que el me daba.

Entonces una de esas inspiraciones que atraviesan el alma como un meteoro é invaden súbitamente la voluntad, dictóme una resolución extraordinaria. Yo no ví mas que dos cosas: la culpa y el castigo, el acusado y el juez, Lázaro y Rosas.

—Pues iré á ver á Rosas! me dije.

Con esa intencion, partí firme y silenciosa, y absteniéndome de consultar á nadie, ni aun á Uladislao, de miedo de una disuacion posible, monté á hurtadillas á caballo, y rápida como una flecha, me dirigí hácia Palermo.

Tocaba al extremo de la calle vecina; iba ya á doblar á la izquierda para tomar la orilla del rio, cuando un caballero ofrecióse á mi vista. Yo paré bruscamente mi caballo: acababa de reconocer á Uladislaw, que, por casualidad, despues de mi despedida de la leccion de canto, llegaba en direccion oblicua para dar un paseo de este lado.

—Oh! la providencia os envia á mi encuentro, le dije impetuosamente. Venid conmigo!

—A donde, Camila?

—A Palermo, á pedir gracia á Rosas.

Y le mostré el billete.

Al leerlo, Uladislaw soltó una exclamacion como de pasmo.

—¿Que es eso, amigo mio? le pregunté.

—Nada, Camila. Pareceme que reconozco esta letra.

Despues, meneando la cabeza, continuó:

—El consejo, cualquiera que sea su autor, es absurdo, y seguirlo, una locura. ¡Pedir gracia el cordero al tigre!..... No importa, prosiguió resueltamente; acompañaré al primero. Mi apoyo pertenece al débil y mi proteccion al desgraciado. Es preciso que un hombre, que un sacerdote no sea menos animoso que una muger.



XXXII.

PALERMO.

Algunos instantes despues nos hallábamos en el camino de Palermo.

Nada en la apariencia ni en el interior del célebre palacio que traicione las atrocidades y bajezas de que es diariamente teatro. Fuera de la larga y sinuosa calle de sauces llorones—embléna melancólico de los sollozos de las madres y viudas, que se tomaria por sus sombras desmelenadas y escalonadas como remordimientos sobre el camino del crimen—todo sonrie, todo se espande y canta en el espacio de aquel gracioso recinto. Esta sepultura de los secretos, de la sangre y de los misterios del mal, es un

mausoleo decentemente blanqueado. Las blandas brisas que corren por los árboles del parque, envuelven con sus balsámicos aromas el interior del recinto de todas las corrupeiones. Ni la hipocresia en la máscara del malhechor, ni la amistad en los labios y en los ojos del asesino, tienen mas inocencia ni mas gracia. La hermosa columnata que se despliega á la entrada del pomar, como una villa romana ó un templo griego debajo debajo de un cielo jónico, respira la mas risueña gracia, la mas encantadora poesia. Cortesana adormecida sobre un lecho de flores, la Capraia del Tiberic a mericano seduce en todas sus apariencias como miente en todas sus sonrisas.

La égloga, el idillo y la pastoral reinan en derredor bajo la forma de baños, de canales, de puentes chinescos, de cunas de verdura, de cánticos de aves, de frescuras balsámicas, de hechizos de toda especie. Pasead por debajo de esas espaciosas galerias, donde circula la brisa fresca y generosa, y os creeréis bajo los pórticos del templo de la Libertad. Subid al doble piso de azoteas que van sobreponiéndose por un leve declive bajo el enrejado de balaustradas que los circuye como como una guirnalda, y creereis aspirar en el ambiente la atmósfera de las mas puras ideas y de los sentimientos mas divinos.

Y sin embargo, al pié de ese paraíso de ilusion, está el infierno de la realidad; al pié de esas eminencias, todas las bajezas humanas!

En medio de este laberinto elegante de galerias y de pórticos, allá en un rincon del fondo, alumbrado

por la pálida luz de la sospecha que vela, se ocultan las impudicias, los asesinatos, las cadenas, las tinieblas, y la pálida y casi invisible figura del tirano prisionero del horror que inspira y cautivo de su propio terror.

Visto á la distancia, Palermo semeja un canastillo de porcelana reposando graciosamente en un lecho de verdura. A medida que uno se aproxima, el edificio va surgiendo, y su perfil dibújase mas claramente en el horizonte. Entonces, descubierto en toda su magnitud alba y brillante, descuella sobre el follaje de los canales, como un cisne nadando en ellos con las alas desplegadas.

Y sin embargo, á través de sus brillantes reflejos aparecen las manchas de sangre, simbolizadas por el rojo sombrío que se ve en todas partes. Puertas, persianas, muebles, tapicerías, postes, balaustradas..... todo tiene aquel color. Palermo es una paloma ensangrentada.

Luego que Gutierrez y yo hubimos llegado a las cercanías de la residencia del tirano, fuimos acogidos por unas risotadas en union de las palabras obscenas que se nos dirigan al pasar. Estos saludos groseros nos eran hechos por los lanceros de Rosas, cuyos rojos grupos veíanse á derecha é izquierda de la calle de árboles: ellos eran los pastores de sus prados, y tales sus galanterías y pasatiempos. Espadachines mercenarios, autómatas de fusilamientos, fieras avezadas á las empresas de muerte y a los laureles del asesinato, estos verdugos, Judas

del uniforme y deshonor de la clarretera, desempeñaban su rol, insultándonos; pero la responsabilidad de su depravacion recaia sobre otro mas culpable que ellos. Rosas, el gran corruptor, habia soñado un ejército á su imágen; y este sueño horrible lo habia casi realizado. Resultó de ello una monstruosidad sin nombre. El soldado es como el eclesiástico: una cosa que no es ni bella ni grande á medias; sublime cuando es bueno, odioso cuando malo.

Sin embargo, algunos hombres de corazon se hallaban en medio de aquellos bandidos. Al apearnos, un oficial aprocsimóse y nos saludó cortesmente. Por fin hallábamos en él un semblante amigo en medio de aquella turba de rostros burlones y feroces. Gutierrez le dirigió la palabra:

Tened, señor, la bondad de prevenir á su Excelencia el Señor Gobernador que una jóven desea serle presentada.

La influencia del buen ejemplo de uno solo habia cambiado la insolente curiosidad de los soldados en actitud respetuosa. Todos guardaron, sino distancia, al menos silencio al rededor de nosotros.

Al cabo de algunos instantes un edecan nos vino á introducir.

Yo me dirigí con planta firme. El corazon no me latia con mas rapidez que de costumbre; sentia en mi una serenidad de voluntad y una fuerza de resolucion increíbles. Sin mirar á derecha ni á izquierda, caminé en toda la plenitud de mi sang re

fria, apresurando con el deseo, lejos de retardarlo, el momento en que iba a hallarme frente al hombre y echarle en cara estas palabras: Vengo á pedirte la vida y la libertad de un justo.

Al fin de una galería, las puertas de un gran salon se habrieron á nuestro paso. Yo bajé rápidamente mi velo, pues contra todo lo que esperaba íbamos a encontrarnos en medio de varias personas. Rosas, en lugar de recibirnos en particular, daba así a nuestra visita una especie de solemne publicidad. Todo el que iba a Palermo hallábase comprometido, y posteriormente supe que el tirano hacia alarde de todas las visitas que se le presentaban sobre todo cuando ellas pasaban por sobre el servilismo banal de los familiares de su corte, como la del clérigo Gutierrez y la mia. Una muger y un eclesiástico! . . . hermosa y noble conquista.

A la idea del peligro que corria mi reputacion y la de Uadislao, sentime avergonzada y trémula. Faltóme el resorte de mi energia moral, y sentí que mi sangre fria me abandonaba. Hice sin embargo, un esfuerzo tomando el brazo de Uadislao, y nos aprossimamos hácia un grupo bastante numeroso que ocupaba el fondo de la sala, y que yo veia confusamente a traves de mi turbacion.

Este grupo, compuesto de personas y de trajes en que la charretera y el fraque negro mezclábanse con el raso y los brillantes colores de los atavios femeniles, endulzaba la monotonía de los reflejos rojo-sombrios que lanzaba la pintura de la sala.

Mas allá de las colgaduras escarlatas que guarnecían las ventanas, una docena de mugeres elegantemente vestidas distinguíanse de los semblantes bigotudos de los cráneos varoniles y de las cabezas canas. Dos grandes candelabros de oro daban a la luz del sol colorido a este cuadro viviente cuyo centro parecia ser un hombre tendido a medias sobre un sofá y que a nuestra aparicion habia vuelto la cabeza hácia nosotros.

A medida que nos habiamos aprocsimado el hombre del sofá habíose levantado, y á su ejemplo toda la reunion.

Rosas, político y risueño, nos hizo ademán de sentarnos. Yo me dejé caer sobre una silla tratando dominar mi emocion.

— Señores, dijo á media voz á toda su concurrencia; ya veis los recién llegados: despues de los quehaceres, el descanso. Bellas federales, no os disgusteis si me veo precisado á despediros para dar audiencia á una amable desconocida.

Cada uno saludó y se retiró con esa sonrisa hipócrita que en la atmósfera de las córtes brota espontánea y uniformemente en todos los semblantes, cuando el señor cree haber pronunciado lo que se llama un buen dicho. En breves minutos, damas, ministros, generales y embajadores habian despejado la sala. Quedamos los tres solos, Uladislao en un sillón, Rosas sobre el sofá, y yo á su izquierda sobre el mismo sofá donde me habia dejado conducir por él maquinalmente.

—Y bien, hermosa porteña?... dijo el dictador volviéndose á medias, segun su cínica habitud, pendiente el brazo, y la pierna derecha arqueda sobre la rodilla de la izquierda.

Yo ensaye en aquel momento de recuperar un poco de fuerza interior; pero, debo reconocerlo para confusion de mi orgullo, todos mis esfuerzos fueron vanos, y permanecí turbada y en desconcierto.

—La modestia conducida por la prudencia! agregó Rosas mirándonos alternativamente á Gutierrez y á mí. ¿Sabeis, amable paisana, que ante tanta timidez me vuelvo tímido á mi turno? Y vos, señor cura, ¿no creis que esta actitud reservada y discreta es capaz de cambiar todo el fondo de mis ideas políticas en materia de alegría y de placer? Yo tengo por sistema que la virtud, aun en un eseclesiástico, no debe ser tan huraña, y creo que entra en los principios de una buena civilizacion federal el entregarse á ciertos hábitos de amable y fácil libertad..... pero en pequeña reunion, sin hacer precisamente escándalo.....¿Qué os parece, señor cura?

Gutierrez guardó silencio.

—Vamos, vamos! prosiguió Rosas, estos tucumanos son de tal prudencia, de tal circunspeccion, que se les tomaria por tímidas doncellas.....

En seguida, volviéndose hácia mí:

—Y vos, mi hermosa creatura, no suspendereis ese velo que me oculta vuestros atractivos!..... á ver si he adivinado..... Apostaría á que ese mister-

rioso incógnito me reserva alguna nueva sorpresa de esa maldita doña Teodora.....

Me estremecí. Rosas acababa de pronunciar el nombre de una de esas proveedoras de su haren, cuya ocupacion consistía en seducir ó robar entre algunas familias pobres de Buenos Aires la flor de las doncellas para servir de pasto á sus inmundos deseos.

Yo repulsé la mano del dictador que trataba de suspender mi velo. Este movimiento de mi parte equivalía á toda respuesta.

Rosas retiró su cabeza, tendióse de nuevo en el sofá, cerro á medias sus ojos de inquisidor y exámine silenciosamente á través de la gasa que me cubría el semblante.



PRIMERAS HOSTILIDADES.

—Es ejemplo, continuó con tono sarcástico. Enhorabuena! ha comprendido Teodoru que los amores fáciles me fastidiaban ya, y me envia la virtud á toda prueba. Me agrada esto; y presumo que la defensa sera digna del ataque! ya lo veis, señorita..... estoy enamorado, locamente enamorado antes mismo de haber tenido el gusto de conoceros. Felizmente mi fragilidad está en buena y santa compañía.—Señor cura, vd. me responde de mi virtud y de las seducciones de esta maga.

Yo contesté resueltamente:

—[Camila O'Gorman responde de sí misma!

— ¡Camila O'Gorman!

Y el semblante del dictador tomo repentinamente una expresión de sorpresa extrema.

Rosas tomó una campanilla de sobre la mesa, y llamó. Un edecan apareció al momento.

— No estoy visible para nadie hasta nueva orden.

El edecan inclinóse, y la puerta se cerró sobre sus pasos.

El dictador puso de nuevo á inspeccionarme con prolongada atención. Por mas que me mirase, yo no dejé de sopórtar su mirada.

— En verdad, señorita, vuestro silencio me pasma! repuso Rosas. Teneis toda la apariencia de una Judith, pero de una Judith que tiene en los ojos su puñal, y puesto que esos ojos se obstinan en permanecer invisibles, creo, gracias á Dios, estar en seguridad. En recompensa, mereceré el honor de oír nuevamente vuestra voz? . . . Hablad, cruel! . . . Holofernes os escucha.

Hay en nuestro sexo recursos naturales de elocuencia sumamente preciosos, pero hees la palabra que costeas el mayor gasto. Nuestra retórica se compone de coquetería, y á veces, de seducciones; entre las cuales las frases desempeñan un rol secundario. Engañar sin decir nada, ó casi nada, es nuestro grande arte. Embaucar el amor ó la concupiscencia de esperanzas mas ó menos insolentes, es nuestra suprema habilidad; fascinar al tentado; y

a dormirerlo para mejor anonadarlo en saguida, tal es la ciencia femenil por excelencia.

Esta táctica de la perfidia de los atractivos, y del embuste de las gracias, nosotras no la aprendemos; nos es innata. Ella sirve de contrapeso á nuestra debilidad física. Estamos allí en nuestro terreno, y con la ayuda de un noble sentimiento, nuestro heroísmo puede llevarnos á soberbias conquistas. Cuando nuestra virtud sabe presentarse oportunamente á los ataques del enemigo, nosotras somos admirables para hacer caer—en esta caza—en nuestros atractivos, la fiera montañesa en nuestras casi invisibles redes, y retirarnos victoriosas, llevando por trofeo la cabeza del leon, ó simplemente la credulidad del tigre, como traté modestamente de hacerlo.

Este, desde que supo mi apellido, seguía entregado á una visible preocupación. Ya no me tomaba por una de aquellas desgraciadas que iban sus cortesanos ó cortesanas á arrebatár, por fuerza ó por engaño, afin de ofrecerlas á su apetito sensual, no; y sin embargo, algo decía mi presencia y el mismo semi-misterio que me cubría daba ciertamente que pensar. En cuanto á mi, ignoraba yo entonces el papel que involuntariamente venia allí á desempeñar. Mucho más tarde fué cuando supe la verdad, y por que infame maquinacion el autor desconocido del billete que me daba aviso del cautiverio de Lázaro, cautiverio que era obra suya también—habia combinado en vista de hacer con una agradable sorpresa su corte al tirano una vergonzosa especulación sobre la

persona de una O'Gorman viniendo á pedir en Palermo la gracia de un reo.

Ignorando, lo mismo que yo y Uladislao, la trampa tendida á mi virtud en provecho de su lubricidad, Rosas no sabia pues á que atenerse.

Renovó su interpelacion, invitándome cortezmente á explicarme.

— Señor, contesté con un tono de voz tan conmovido y virgineo cuanto pudo afectar; el señor cura Gutierrez, si se lo permitis, os hablará del objeto de mi visita. Pues, por lo que á mi me toca, estoy tan turbada, tan poco segura de la exactitud de mis palabras, que temo..... sírvase dispensarme señor..... pero temo no poder espresar bien mis ideas.....

Juan Manuel pagó con una sonrisa esta hipócrita homenaje al ascendente seductor de su deslumbradora Excelencia, y volviéndose hácia Uladislao, le hizo señal de que hablara.

El jóven eclesiástico explicó entonces en breves palabras el hecho del billete, haciendo valer los motivos que militaban en favor del prisionero Lázaro Torrecilla, víctima sin duda de una equivocacion ó del capricho de algun agente subalterno. En esta defensa Gutierrez desplegó un talento maravilloso de simplicidad, de dignidad y de uncion. Rosas le escuchaba ya con una impasibilidad de estatua, ya con apariencias de locomocion mezcladas de:—Continuad, señor! oigo, oigo!

Mientras que Uladislao hablaba, yo tuve tiempo

bastante para estudiar la fisonomía y todo el conjunto de la persona de Juan Manuel:

El sicofanta continuaba mirándonos de soslayo, sin mover la cabeza y haciendo dar vuelta ambos pulgarares bajo sus manos cruzadas; ordinariamente guardaba sobre el sofá la postura grosera é impolítica de que ya he hecho mención, con chinelas en los pies, un chaqueton azul abotonado, amplia corbata y la famosa gorra que casi jamás lo abandonaba. De tiempo en tiempo se levantaba, iba á su mesa de trabajo, volvía á sentar, se peinaba la patilla, echaba con coquetería su ralo cabello hácia la frente, y sacando de su faltriquera un pequeño espejo, mirábase en él con la complacencia de un petimetre, como para juzgar del efecto de sus esmeros de tocador llevados hasta trivialidades á que la presencia de una mujer no ponía obstáculo.

Esta libertad de gaucho malo, esta falta absoluta de educación, combinábase en Rosas con una ridícula afectación de capacidad laboriosa y de apariencias ubiquistas. Su mesa cargada de papeles atestiguaba la ostentación del gusto por el título de hombre de gabinete y de profundo político. Notas de embajadores, correspondencias de los gobernadores de las provincias, relatorios de la policía, una montaña de papeles, en suma, tenía delante de sí y los hojeaba de tiempo en tiempo trazando con su pluma algunas palabras aquí y allá con aire que parecía decir: Ved que hombre soy yo!..... hago cuatro cosas á la vez; me ocupo de los asuntos de Esta-

do, oigo a un eclesiástico, cortejo a una mujer y reposo al mismo tiempo.

En medio de este vaiven, sus facciones conservaban un timbre de dureza, vulgaridad y cinismo que el hábito de risotadas groseras unido a un fondo de bajos sentimientos y crueles ideas les había impreso. Sus pequeños ojos azules fijábanse en mí con toda la impertinencia del sultán. Yo no sé que de siniestro había en sus miradas que ocasionaba el estremecimiento del terror. Algunas veces se hubieran tomado por las de una ponzoñosa vívora. Nada de noble ni delicado en aquellas facciones desvergonzadas y repulsivas. Su modo de mirarme tomó á la vez un carácter tal de insistencia y deshonestidad, que cedí—malgrado mio—á un movimiento de despecho, volviendo bruscamente la cara hácia otro lado.

El dictador se mordió los labios, afectó reprimir su mal humor, y respondiéndole a su modo a la lección de civilidad que acababa yo de darle, se estiró un poco más sobre el sofá.

—Vamos, a la gran maniobra! dijo llamando.



XXXIV.

LA GRAN MANIOBRA.

Al instante una procesion de lacayos se presentó con una série de mates que Rosas ofreció sucesivamente y sin interrupcion á Uladislao, quien continuaba siempre hablando en favor de Lázaro, cuyos antecedentes politicos, á petición del dictador, tuvo que esponer prolijamente. El grosero personaje reia á carcajadas cuando el orador, apurado á estremos de perder aliento y aspirando a prisa el jugo de la yerba, trataba de hacer frente a aquel aluvion de mates que se sucedian sin intermision. Gutierrez, con un tacto, una dulzura, y dignidad admirables, prestóse con habilidad á esta bufoneria de mal

gusto, y aun aventuró con ese motivo algunos rasgos de jovialidad que Rosas manifestó escuchar con soearrona satisfaccion. La mirada deslucida del hipócrita, fija alternativamente en mi y en Uladislaó, parecia medir á la altura de su nariz aquilina que dirijia háció el narrador, la línea visual de los hechos que le narraban ó el grado angular de las consecuencias que deducian.

—Es eso todo? dijo luego que Uladislaó hubo terminado. Y bien! hé aquí un acontecimiento bien simple, aunque bastante grave, conspiracion contra las leyes del Estado..... estos delitos atañen á la justicia. ¿Qué quereis que yo haga? Los tribunales decidirán.

Y púsóse á tomar un mate con aire contrito.

Entonces yo me levanté y dije con incisiva ironia:

—Perfectamente! Rosas se atiene á los tribunales! Los tribunales juzgarán en asuntos en que él no puede conocer!

A través de mi velo ví la figura del tirano llenarse de orgullo y satisfaccion.

—Vamos, hermosa dama, dijo forzáudome a tomar de nuevo asiento. Poneos en mi lugar; yo os hago juez a vos misma. Dicen que soy dèspota porque asumo todos los poderes, aun el de gracia y justicia.

Y acalorándose por grados:

—Dicen que soy cruel por que castigo a los enemigos de la patria y restauro las leyes; dicen que soy

feroz porque protejo a los buenos y aniquilo a los ambiciosos; dicen en fin que soy bárbaro y malvado porque soy poderoso para el bien y terrible para el mal.

—No se dice tal, señor, respondí yo tímidamente.

—Ya sé que no lo dicen, repuso Rosas, pero lo piensan.

Y al decir esto, su voz tomó un timbre cavernoso.

—Oh! mucho menos, señor, agregué yo con meliflua dulzura.

Un rayo, cuyo siniestro y fúnebre reflejo me hizo mal como la luz de un falso dia, iluminó la cara del tirano.

—No lo piensan..... lo sé tambien. Veamos, pues, que es lo que piensan de mi, graciosa criatura?

Yo sabia bastante bien, por todo lo que habia oido decir de los actos de Rosas, que el tirano del Plata no tenia un átomo de nobleza, filantropia ni moralidad; que su espíritu era tan trivial como abyecta su alma: yo sabia, en resumen, que era un hombre de crímenes y sangre. Felicitarlo por su mansedumbre, hubiese sido mas que una exageracion de lisonja: hubiese sido una ironia peligrosa; pues el mismo, á pesar de sus hipócritas protestas, se felicitaba interiormente de sus crueldades y del terror que inspiraba. Absteniéndome pues, de tocar esta

cuérda melindrosa, respondí con la mas perfecta apariencia de imparcialidad:

—Señor, yo no soy mas que una pobre muger, y no podria sin mucha suma de presuncion, apreciar debidamente actos originados por razones de Estado. Pero algunas veces las mugeres dan consejos que tienen su valor.

—Si los vuestros no hacen ninguna impresion en mi, señorita,—dijo el dictador con galanteria,— es preciso desesperar de todos los consejeros y consejeras.

Yo repuse:

—La política, señor, en una bella y grande cosa. una materia delicada que toca los intereses mas grandiosos de los pueblos, y que pocos espíritus son capaces de comprender. No es ciertamente demasiado todo el poder de las facultades humanas para abrazarla. Vos, sin duda, conoceis sus exigencias, su utilidad, sus escollos y sus límites. Los hombres vulgares no llegan jámas al término, ó lo que es peor, lo esceden. Una inteligencia superior se contiene y observa. Todo lo que es inutil es severamente proscripto por los espíritus que ven las cosas de alto y a la distancia: porque lo inútil arguye mediocridad, y lo supérfluo impotencia.

Holfoernes empezó a prestarme séria atencion, Judith continuó:

—Tengo la snerte de tener por amigo a un hombre de corazon que la cárcel encierra, que tal vez el patíbulo reclama. ¡Que Lázero Torrecilla es

deba la vida, señor! La gloria del perdon es la mas bella de todas. ¿Qué conquista vale lo que ella? Y que general no daria todos los timbres de su espada por esos gloriosos trofeos de su ascendiente moral?

Rosas me escuchaba edificado. Habituado a las triviales y groseras adulaciones de sus cortesanos, saboreaba con manifiesta satisfaccion el filtro de una alabanza indirecta y bien velada cuya delicadeza le era nueva,

Yo continué:

—Y sin embargo, no es bajo el punto de vista de los sentimientos individuales que yo os hablo, señor. Sé que por encima de la amistad está la patria, y que puede algunas veces ser necesario el sacrificio de un miembro peligroso para la salvacion del cuerpo. Yo os hablo bajo el punto de vista eminente en que vos mismo os habeis colocado. ¿Sabeis lo que dirán si perdonais?

—Si yo perdono..... dirán?..... Veamos, amable encantadora.

—Dirán: Rosas es poderoso porque ha desdenado castigar. La época del rigor abrió su reino, la época de la clémencia lo continua. El restaurador de las leyes se ha dejado vencer; ha tenido la santa flaqueza de todos los grandes hombres, porque al fin el es un hombre tambien.

—¡Bien, Camila, bien! dijo Holofernes balbuceando y como sofocado, mientras que Judith, atrayente de inspiracion y con su blonda y hermosa ca-

bellera tendida sobre la espalda; esperaba el efecto de su calculada seducción.

— Hé ahí lo que dirán, señor! repuse yo con exaltación teatral, y el semblante cubierto siempre por mi velo. Y agregarán: Rosas, cuyas vijilias están siempre consagradas a las atenciones de la política; Rosas, que da á sus generales largas audiencias de guerra y a los embajadores largas audiencias en asuntos diplomáticos, ha accedido a la solicitud de una niña pidiendo gracia para un desgraciado, y no ha desdeñado las súplicas de una débil mujer.

—Decid de una mujer adorable, de una mujer hermosísima, de una mujer..... a quien yo no podré rehusar nada, exclamó levantándose el tirano.

—Señor cura, agregó Rosas haciendo a Gutierrez ademán de salir, tengo el honor de saludaros.

Yo me dirigí lista y risueña al lado del joven eclesiástico.

—Oh! no, señor! es mi compañero..... nosotros somos inseparables.

—Salid, yo lo deseo, repuso Rosas.

—Quedad, yo lo quiero! repliqué yo sublevándome coquetamente.

El dictador, conmovido y encantado por la actitud pueril y familiar que me veía asumir, no sabía que decir, y parecía suspendido como por un hilo magnético en la región de las ilusiones.

Irritados y en revolución, los brutales deseos del tirano pintáronse en su semblante con rasgos

eroces y lúbricos reflejos. Sus ojos despidieron la llama de la concupiscencia.

—Es preciso obedeceros, reina mía: eh bien, que permanezca el señor cura, ya que es vuestro inseparable. En cuanto a la gracia..... veremos, veremos mas tarde.

—No, señor, no ha de ser más tarde! dije yo imperiosamente, con el brazo estendido hacia adelante; es ahora mismo que lo quiero!

—Teneis razon, sirena, ahora, ahora mismo.

Rosas tomó una pluma y un hoja de papel. Al mismo tiempo, y como acordándose repentinamente de algo:

—¡Que distraccion! exclamó; me olvidaba de consultar a mi primer ministro!

Y dió tres palmadas.



FEDERACION.

Inmediatamente abrióse una puerta lateral y un hombre semi-dislocado apareció, permaneciendo sobre el dintel inmóvil como una estatua coja. Vestido de general, llevaba gruesas charrateras, largas botas con taconeras, y cadena de oro en el pecho.

Noté entre él y el dictador cierto cambio de señales casi imperceptibles. Este hombre que tenía la sonrisa estereótipa en su semblante y en los labios el sello del silencio, parecía un automata cuyos movimientos hubiesen sido determinados por hilos invisibles manejados por su señor, hácia quien sus ojos se volvian a cada instante con prontitud maravillosa,

prontitud tanto mas notable cuanto hacia contraste dicha mirada con el resto de su pesada y maciza persona.

Al aparecer el cojo, reconoció al célebre bufon de su Escelencia, don Eusebio de la Federacion: Vino a mí, y me presentó su mano con la galanteria obsequiosa de un caballero que invita a una dama para el baile. Simultáneamente partió la voz de un piano desde una pieza contigua, haciendo vibrar los brillantes y rápidos compases de una entusiasta cachucha:

Yo negué mi mano.

Eusebio aproximóse entonces a Uladislao y le hizo la misma tácita invitacion.

El eclesiástico rehusó del mismo modo con una sonrisa.

El cojo se puso entonces a bailar solo, ejecutando un baile grotesco, al cabo del cual se paró exhausto, con el rostro bañado en sudor, el cuerpo inmóvil y la mirada fija en su señor.

—Señor ministro, le dijo Rosas con majestuosa solemnidad; lumbrera de nuestras deliberaciones, sibila de nuestro consejo y Pitonisa de nuestro imperio; ahora que el fuego de la inspiracion os animavais á respondernos; porque tenemos que consultaros sobre una grande cuestion, para cuya solucion—lo declaramos anticipadamente—nos atendremos al fallo de vuestras luces. La señorita viene a pedir la gracia de un culpable. La solicitante es bien hermosa, pero el delincuente es bastante criminal.

¿Que debo hacer?..... Responde, y ten cuidado de no equivocarte!

Eusebio, constantemente silencioso, hizo un signo que queria decir: Tengo necesidad de meditarlo un instante:

—Es muy justo, Escelencia! Piensa, reflexiona.

El bufon sentóse en un taburete delante de mi, puso un dedo sobre su frente, cruzó una pierna sobre la otra, me miró de pies á cabeza, y en seguida se dirigió hácia Rosas é hizo otro signo que queria decir: Para juzgar bien de la belleza de la solicitante es necesario que yo vea sus facciones.

—Perfectamente! dijo Rosas; pero es preciso que te dirijas á ella misma para esto.

Y dirigiéndome la palabra:

—Señorita, mi primer ministro solicita el favor de que le dejeis ver vuestro semblante.

Yo conservé desdeñosamente mi inmovilidad bajo el velo.

El bufon miró al dictador con un aire compungido.

—¿Qué quereis que haga, amigo mio? dijo el tirano. Yo no puedo forzarla á que se descubra. Es una desgracia; pero la cruéldad de la hermosa la pagará tu pellejo.

Y al mismo tiempo Rosas hizo un signo siniestro con la mano á la altura transversal de su pescuezo.

Me estremecí. La idea de ser la causa de la muerte de aquel hombre, triunfó de la táctica de mi pudor. Lancé una mirada sobre Eusebio: habia en su actitud tan lacerante resignacion, tan dolorosa súplica, que me inspiró compasion.

—Y bien, amigo mio, dijo Rosas á Eusebio que tenia los ojos tristemente clavados en el suelo: ¿en donde diablo lees tú tu consulta?

—¡Aquí, en libro de Dios! exclamé yo, apartando mi velo bruscamente.

Y aparecí en todo el esplendor de mi dignidad.

De pié, orgullosa, con el cabello ondulante, dirigí mi vista hácia el pobre bufon que quedó inmóvil de sorpresa, sumido en su cándida admiracion.

Todos los personajes de esta escena quedaron al instante como petrificados, cada uno bajo impresiones distintas: Rosas, deslumbrado al aspecto de aquella que segun sus conjeturas, era ya la conquista de sus impuros deseos: Eusebio, viendo á una salvadora en la muger que se ofrecia a su vista: Uladislao, temiendo una tragedia de sangre ó un drama de verguenza al fin de esta innoble comedia; y yo, por tener entonces en mis manos y en mis ojos la vida ó la muerte de Lázaro. Con sus miradas, el cojo por naturaleza, y mudo por érden, no se cansaba de expresarme su gratitud por el acto de complacencia que acababa de salvarle de la cuerda ó del cuchillo.

—Ya no se trata de mirar, dijo Rosas impaciente. ¿Es preciso perdonar, ó castigar?.....

Como lo ves, la solicitante es adorable, pero tambien el crimen es grande, añadió reclinándose sobre el divan despues de haber armado lentamente un cigarrillo, que encendió despidiendo el humo hácia el cielo raso en pequeñas bocanadas,

Nosotros sentiamos los tres el corazon oprimido.

—Te decidirás, animal? exclamó el dictador con acento bronco y sordo como el de una fiera.

El escalofrio del terror nos dejó helados. Un silencio de plomo pesó sobre los actores y en la escena, mientras que el personaje principal interrumpia con una risotada cavernosa la gravedad solemne y lúgubre de aquella hora de sentencia.

Eusebio me miró melancólicamente y guardó siempre silencio.

Recuerdo haber visto en mi infancia, en la quinta de un amigo de mi padre, la jaula de una pantera a quien habian dado un perrito por compañero. Este perrito, huésped forzoso de su terrible comensal, se esmeraba en complacer a la pantera, de quien parecia estudiar los menores deseos, jugando familiarmente con ella, acariciándola humildemente, tratando de conquistar la amistad de sus dientes y de sus uñas, y temiendo sobre todo no comprenderla en la espresion de sus caprichos.

El mismo cuadro que en otro tiempo habia excitado mi compacion, se renovaba ahora á mis ojos. La pantera era Rosas; el perrito era Eusebio, temiendo equivocarse en la interpretacion del pensa-

miento íntimo de su amo, y no atreviéndose a pronunciar su oráculo,—triste apuesta cuya parada era nada menos que su cabeza.

Rosas levántose bruscamente como para llamar y dar órdenes. Yo lancé un grito: el dictador se contuvo.

Eusebio, en el parasismo del terror, pareció dirigir hácia la reflexión todos los esfuerzos de su inteligencia. Pálido, con la mirada torva y la frente bañada en sudor, parecía escuchar una voz interior, cuando repentinamente y en medio de la ansiedad general, resonaron los melódicos y cadenciosos sonidos de un arpa.

El pecho del bufon soltó un grito estrepitoso, y rayos de júbilo iluminaron súbitamente su semblante. Indicó con el dedo el lugar de donde partía aquella música celestial é inesperada, diciendo con su pantomina espresiva:

—Ella, . . . ella es consultadla: hé aquí mi contestación!



XXVI.

MANUELITA.

No sé por qué rápida intuición comprendí el signo de Eusebio. Aunque sus labios permanecieron en silencio, parecióme oír el nombre de Manuelita, pronunciado por él.

—Señor, dije al dictador, este hombre tiene razón. Vuestra hija será mucho mejor oráculo. Además será muy digno del galante dictador tomar por árbitro á una mujer.

Rosas guardó silencio y pareció preocupado. Dios, que en ese momento gobernaba aquel corazón entregado á toda idea perversa, inspiróle una resolución. Volvióse hácia mí y me dijo:

—Camila, quiero daros aun esta ~~buena~~ buena voluntad. Mi dictadura, como vos lo sabeis, está compartida entre mi hija y yo. Para mí las atenciones de Estado, las tareas trascendentales, las audiencias de los embajadores, la correspondencia con los gobernadores, dependientes que no son mas que mi sombra y á quienes me tomo la pena de educar; pues es mi mano sola la que conduce la república, y estoy en el caso de decir como Luis XIV: *El Estado soy yo!* Para ella, los actos de condescendencia, las transacciones de clemencia, las debilidades de la política; porque todos somos débiles, como habeis dicho muy bien, Camila, hombres y mujeres; y cuando habla el corazon es malo sofocar su voz. Vuestra súplica de gracia es de la competencia de mi hija: lo que ella decida sobre vuestro protejido, lo ratificaré yo de corazon. Esto será una respuesta mas á mis enemigos que me acusan de crueldad; no es cierto, hermosa creatura? Otorgo, pues, el recurso para ante Manuelita propuesto por nuestro primer ministro.

Rosas llamó :

—Advertid á mi hija que tiene una visita.

—Señor inseparable, añadió Rosas dirigiéndose á Uladislaó; tened la bondad de conducir á esta jóven al aposento de la señorita.

Nosótro nos inclinamos.

—Seré benigno, pero pensad que os adoro! me dijo Rosas á parte y en voz muy baja.

E imprimió un beso en mi mano. Yo me estre-

mei convulsivamente: parecióme haber sentido el contacto de la baba de una serpiente.

Al retirarnos, pasamos por delante de Eusebio que me deslizó estas palabras:

—Contad conmigo, y nada temais!

Poco despues éramos introducidos en el aposento de Manuela Rosas.

Al entrar, llegaron á mi oído sendas risotadas que de él partían y que cesaron á nuestra aparición, para dar lugar al silencio y al decoro de la etiqueta.

Manuela estaba rodeada de cuatro ó cinco damas amigas suyas; tambien distinguí á los ministros de Francia y de Inglaterra. Estos desaparecieron á nuestra entrada, lo mismo que las damas, con escepcion de una sola.

—Permitis que la señora permanezca? dijo Manuela á Gutierrez; *es mi inseparable tambien.*

Esta alusion á las palabras que yo habia pronunciado en presencia de Rosas con motivo de Uladislao, me probó que la hija estaba ya instruida por el padre, no solamente del objeto de nuestra visita, sino de los principales detalles de esta primera entrevista. Una especie de telegrafia, cuyos signos eran llevados de cuarto en cuarto de hora por edecanes que circulaban de uno en otro salon, habia instruido á Manuela de todas las circunstancias que Rosas habia creído podian interesar ó divertir á su hija.

—Ya lo sé todo, señor cura, continuó ella sin dar tiempo á Gutierrez para abrir la boca. Venís á

pedir una gracia: yo os la acuerdo. ¿Estais satis-
fecha?

Despues, sin esperar la respuesta, la jóven con-
tinuó:

—En cambio, tengo que pedir os un favor: os
invito, así como vuestra amable intercesora, á nues-
tra tertulia de esta noche. Aceptais?

—Señorita, repuso el sacerdote con gravedad;
este traje os anuncia cuales son mis hábitos y cuan
poco compatibles con vuestra amena sociedad. Yo
soy un pobre eclesiástico alejado del mundo, ajeno á
sus placeres y locuras, y cuya felicidad y obligacion
consisten en estar preferentemente al lado de las
personas que experimentan la tristeza y el dolor.
Acordándome tan espontáneamente la gracia que
venia á solicitar, vos habeis hecho una acción que
tendrá cerca de Dios su recompensa. Habiéndose así
terminado felizmente mi misión, me permitireis que
me retire bendiciendo la mano y el corazón de donde
ha partido ese acto de beneficencia.

Mientras Uladislao hablaba, yo habia podido
observar las facciones de Manuela Rosas timbradas
de una espresion delicada y elegante, reflejo de los
buenos sentimientos que le eran propios, cuando su
genio naturalmente inofensivo quedaba abandonado
á si mismo, fuera del satánico ascendiente de su pa-
dre.

Simpática en aquel instante, parecia gozar de
un inefable placer interior, y en sus pupilas matiza-
das con lánguidos vapores se leia la treza de una

sensibilidad pura, bálsamo precioso para ella de desencanto y de moral en medio de las corrupciones de Palermo y del infierno de crímenes que estaba condenada á presenciar.

—Querida, dijo bruscamente á la amiga que habia quedado; mañana tendremos el gusto de volvernos á ver.

Las dos jóvenes se dieron el beso de despedida, y nosotros quedamos solos con la hija de Rosas.

—¡Oh, señorita: perdonadme! le dije entonces con efusion; perdonadme que no os haya agradecido á vos tan buena, tan generosa!

La joven, sin contestar, dibujó en su rostro una sonrisa que la puso como transfigurada, y habiendo cambiado con ella un cariñoso abrazo, creí sentir sobre mis mejillas el contacto de unas lágrimas ardientes.

Después, y con la misma emocion convulsiva, dió un apretón de manos á Uladislao.

En este momento, la puerta del aposento se entreabrió, y vimos aparecer el fantasma silencioso de Rosas.

Pasaron algunos instantes de observacion recíproca entre la hija y su padre.

—Señor Gutierrez, dijo este, dirijiéndose al sacerdote; os esperan en la parroquia para confesar á una penitente.

—La penitente esperará! interrumpió la joven con tono aspero, haciendo bruscamente contraste con la dulzura de modales que acabamos de presenciar...

sí, esperará, porque yo también quiero confesarme.

—Ah! quereis confesaros, doña Manuelita, y... con el señor sin duda?

—Con el señor, don Juan Manuel! Qué! no ha de ser una vez dueña de mí en mi aposento?

Y, altiva, imperiosa, airada, corrió hácia su campanilla. Un negro apareció.

—Lorenzo, dijo la jóven; no estoy visible para nadie... para nadie, entiendes!

—Ingrata! murmuró Rosas, retirándose como estrangulado. Enviadle pares de orejas de coronel, regaladle trenzas de unitarios para recibir en pago semejantes ultrajes!

Y el eco del terror repetía vagamente en nuestros oídos: Ingrata! ingrata!



JUEGO VIEJO.

Permitióse Uladislao hacer presente á la hija de Rcsas la imprudencia de su provocacion.

—Es verdad, dijo la jóven, volviendo á tomar su dulzura simpática, he sido un tantito atrevida para con él; afortunadamente conozco el secreto de amansarlo.

No bien habíamos olvidado el incidente, cuando apareció de nuevo el dictador, no con la amenaza, sino con la galanteria y el respeto en el semblante. Tomándome del brazo, dignóse su excelencia conducirme hácia la calle exterior, diciéndome :

—Los caprichos de las mujeres piden toda in-

dulgencia. Quiere ella, confesarse, enhorabuena. Dejémosla con Dios, y en cuanto á vos, sílfida de la tierra... oh! señorita, no os asustéis así; sois libre, y vuestro protegido también. Vuestro carruaje os espera.

En efecto, ví al llegar á la baranda un coche parado, en vez de los dos caballos que nos habian llevado á Uladislaw y á mí. Por la portezuela saludábame una cabeza risueña y atractiva: reconocí á Lazaro.

Ebria de júbilo, subí al coche al lado de mi amigo, el pobre preso, salvo y bueno despues de tan larga ausencia. ¡ Con que dulce emocion nos volvimos á ver, saboreando de antemano la alegría universal al llegar en casa !

De repente en las inmediaciones de las Cinco Esquinas, párase el coche..... acaba de retumbar un pistoletazo. Un grupo de hombres enmascarados parecían asaitar al cochero que ya estaba dando gritos lamentables. Al instante, precipitóse mi compañero para socorrer al infeliz, mas á penas hubo franqueado la portezuela, que esta volvió á cerrarse con fuerza, quedando yo sola, llevada inmediatamente por un galope brusco, sobresaltado, vertiginoso.

—A donde vamos! Dios! Dios mio! tenga compasion de mi! exclamé presa de terror al ver de nuevo por los vidrios los sauces de la alameda de Palermo. El coche habia dado la vuelta, hácia el palacio.

Sin fuerza, sumamente turbada, llegué así á la

misma baranda, donde hacia menos de un cuarto de hora Rosas se habia despedido de mí. Ayúdome la mano galante de un oficial á bajar del carruage, conduciéndome á un aposento inmediato. Allí fuí dejada sola por el oficial respetuoso, de cuyos lábios, sin interpelacion ninguna de mi parte, salieron al despedirse estas palabras:

—No tenga cuidado la señora! tiene amigos!

—Dicho esto, me saludó, y quedé entregada á mi estupidez física y moral.

El tiempo transcurrido en esta especie de meditacion inquieta y vaga, no lo sabré decir; sólo sé q' al herir mis pupilas los alegres rayos de un sol de octubre, fuí sacada en sobresalto de aquel sueño que hacia dispierta.

La puerta del aposento estaba abierta.

—No soy, pues, prisionera! me dije interiormente no poco sorprendida.

Salí por consiguiente, recordándome vagamente la siniestra vision de las Cinco Esquinas.

Estas confusas emociones y crueles inquietudes se apaciguaron é iluminaron algo merced á las frescas brisas de una mañana de primavera que llegaron hasta mi en cuanto hube puesto el pié á fuera. La naturaleza ofrecénos siempre en medio de nuestras penas una caricia maternal.

¿Que hacer entre tanto, y de que lado dirigirme? Los tambores de la tropa campada al rededor de Palermo tocaban á ejercicio, y ya algunos paseantes a pié, en carruaje ó a caballo veianse aquí y allá

Indecisa, paseábame maquinalmente por el parque, cuando un personaje de vulgar apariencia, dejando un grupo de trabajadores ocupados en el jardín cruzó una calle lateral en dirección de aquella a donde yo me hallaba. Este hombre tenía en la mano un junco con cuya punta se divertía en decapitar las hojas de las ramas de los árboles por cuyo lado pasaba; llevaba un chaqueton abotonado, una corbata negra y una gorra de pajilla. Reconocí en él á Rosas.

Me estremecí de pies á cabeza: el aspecto de una vívora que hubiérase arrastrado ante mis ojos entre las yerbas del parque, no me hubiese ocasionado mas horrible sensacion.

Al llegar á mi lado, el dictador me saludó, quitándose la gorra, y díjome aparentando sorpresa verme en semejante lugar.

—La señorita viene sin duda á solicitar nuestra gracia. Si es así, seáis bienvenida, porque me hallo en un dia de clemencia. Veamos, Camila, ¿que puedo hacer por vos?... Pero ante todo, réponeos, hermosa criatura, abandonad esa hechicera turbacion que me embaraza y confunde. ¿Sabeis que es cosa de enamorarse?... En realidad, yo no sé que especie de turbacion me embarga a mi mismo. He visto muchas encantadoras en mi vida, pero debo confesar altamente que ninguna me ha ocasionado una impresion semejante.... No, ninguna! ni aun esa pobre Paula, tan orgullosa, tan insolente al lado de sus rivales solo porque me ha dignado tener con ella

algunas condescendencias. Belleza marchitada, brillo de un día, ridículo orgullo, sospechosa lozania, impertinencia pesada,..... Buen día, señorita Paula! pasadlo bien!..... Es mucho colorete y almidon para un amigo de la sencilla y bella naturaleza como yo. Oh! prefiero mil veces á aquella coquetas ajadas, estas gracias candorosas, esta emoción virginal.....

Yo hice un movimiento para retirarme.

—¿Y a dónde vais, señorita? dijo Rosas tocándome en la espalda con su mimbre.

—Para mi casa, señor! contesté yo vuelta ya a mi presencia de espíritu. Para mi casa, repuse insistiendo, porque este paseo me pertenece; quiero decir, pertenece al público, y creo que Rosas es bastante liberal, bastante popular, bastante amigo de la sencilla y bella naturaleza para impedir á una mujer que desea estar sola de venir libremente aquí á pasearse y meditar.

El dictador, afectando solicitud, se aproximó entonces y me dijo:

—No, señorita, no ciertamente; por que en realidad yo soy vuestra conquista, y la prueba es que mi brazo os pertenece.

Rechacé dignamente y sin mal humor la mano que trató de pasar por bajo de mi brazo izquierdo.

—Sí, Camila, vuestra conquista; ó si preferis, sois vos la mia. ¿Y por que no seriais mi prisionera?

Al pronunciar estas palabras, Rosas apoyó fuertemente su mano sobre mí, como si un secreto

resorte de cólera le hubiera impreso aquel movimiento.

En seguida reponiéndose:

—Prisionera voluntaria, quiero decir! Prisionera muy voluntaria! añadió estrechándose como en un raptó, mientras que una leve sonrisa contraía su semblante de hiena.

Aterrorizada, yo lo seguí sin pronunciar una palabra.

Rosas púsose entonces a taratear una canción, derribando de tiempo en tiempo con su varita las hojas pendientes de los árboles, cubriéndome de galanterías cruelmente irónicas y arrastrándome del brazo, antes que conduciéndome, hácia el interior del edificio. Así llegué hasta sus puertas, mas muerta que viva.

Habíamos pasado por delante de varios grupos, algunos de los cuales me miraban con una curiosidad insolente, y los otros con una humillante compasión. El dictador, orgulloso de conducirme del brazo, parecía hacer alarde de su virtud. Un sentimiento de confusión inusitado me llenaba a esta idea el corazón. ¡Hallarme en Palermo, sepulcro del pudor de las mugeres; hallarme del brazo de aquel hombre, vergüenza de nuestro sexo y deshonor del suyo.... qué humillacion!

Nos hallábamos delante de la puerta de sus aposentos.

—Señorita..... dijo obsequiosamente, cedién-

dome el pasó con un extremo de política nada común en él.

Yo permanecí inmóvil.

Rosas esperó tranquilamente.

Sus familiares y edecanes nos rodeaban con el sombrero en la mano.

—Que me pasen un informe sobre la sentencia de Lorenzo Diaz! dijo el dictador a un oficial de servicio en tono brusco; y agregó:

—El asunto de los conspiradores de la calle del Parque, se ha despachado ya?

Me estremecí.

—Sí, señor; contestó el oficial.

—Bien! repuso Rosas con irónica dureza. Estos escribientes son de una indolencia inconcebible. Gastar seis largas horas para estender un proceso! Entiendo que la administracion de justicia debe marchar con mayor rapidez. Vos me respondeis, señor edecan..... ¿habeis comprendido?.....

El edecan se inclinó.



XXVIII.

EL CONGRESO.

Volviéndose entónces hacia mí, y tomando un aire de mansedumbre que contrastaba con la sombría brusquedad de las órdenes que acababa de dar, Rosas ofrecióme de nuevo su mano.

—Señorita ! me dijo cargando la voz.

Yo lancé una mirada al dictador : bajo sus pestañas semicerradas lo mismo que las de un tigre, su mirada era terrible. Yo estaba como fascinada.

—Señorita ! ... repuso él por la tercera vez designando con un gesto el umbral de la puerta, con mas dulzura en la voz y mas siniestra impresion en la mirada.

Impelida por la invisible mano del terror entré finalmente. Rosas tomóme de nuevo el brazo y me dijo al cruzar un aposento :

—Habeis hecdo mal: el coquetismo del pudor tiene su mérito, pero es necesario no abusar de nada en esta vida. No importa ! á despecho de vuestro rigor quiero aun ser bondadoso para con vos. ; Hasta de aquí á un momento, hermosa jóven !

Al decir esto retiróse, cerró la puerta sobre mí y me dejó sola en un aposento, cuyos detalles no pude por lo pronto examinar. La semi-oscuridad que allí reinaba, unida á mi propio terror, me hacía ver todas las cosas como á traves de un velo. Poco á poco fuí distinguiendo los objetos: un sofá, algunos sillones, una mesa, y en el fondo vastas colgaduras color rojo y violeta entrelazadas.

Un libro colocado sobre la mesa parecía haber sido puesto allí para invitarme á la distracción de la lectura. Me senté y lo recorrí; desde las primeras líneas pude advertir la viperina obcenidad que infectaba sus páginas. En el primer ímpitu estuve tentada de arrojarlo al suelo, pero un sentimiento de orgullo me contuvo. Hallabame en muy elevadas regiones de fuerza moral y altanería para hacer á esos míseros rezagos de la depravacion el honor de temerlos. Lo leí, pues, con desprecio, con serévidad é indiferencia lo mismo que hubiera leído cualquier otro libro. Aquellas pobres borracheras de la inteligencia escitaban en mí mas compasion que escándalo.

En medio de mi lectura dos golpes discretos

mente dados en la puerta me anunciaron una visita. En la apariencia me hacían el honor de considerarme como en mi casa.

La puerta se abrió. Yo esperaba ver aparecer á Rosas, mas cual fué mi sorpresa al reconocer á Eusebio, pero á Eusebio transformado! El bufon estaba en realidad pintoresco: sobre su cabello empolvado, rizado y ensortijado, descansaba graciosamente el elástico de un general algo inclinado hácia la izquierda; su semblante cargado de colquete y afeitado recientemente relucía como un rostro de querubín. Estaba fresco, sonrosado, risueño y seductor; parecía tener diez años menos.

Una especie de casaca militar con gruesas charreteras y cintas rojas dejaba á descubierto su pecho vellosos como el de un lobo marino. Una guitarra que traía en la mano completaba aquel conjunto erótico, y divertido.

Eusebio entró, cerró la puerta y saludó profundamente por tres veces, con su elástico debajo del brazo y la guitarra en la mano. Parecía un maestro de baile que viniese á dar su lección.

De pié y sin decir una palabra, el cojo arqueó no sin trabajo su pierna derecha contra la izquierda y vibró las cuerdas de la guitarra, mientras su voz daba luz á una canción amorosa, oriental y seductiva. Terminada esta, empezó á bailar, en el estilo de los osos.

Ese silfo, esa bayadera del sexo velludo enviada

como descubierta en la campaña de seducción que iniciaba Rosas contra mí, hubiera escitado mi curiosidad y tentado mi gusto observador en cualquier otro momento. En la situación moral en que me hallaba, yo no presté á las muecas del pobre cojo mas que una atención de fastidio, bastante humillante para sus artísticos esfuerzos. Debo confesar que el bufon ejecutó concienzudamente hasta el fin el programa que se le habia dado. Finalmente, despues de mil saltos, de walses y revoloteos de piernas acompañados por la guitarra y las canciones que entonaba, Eusebio abandonó el aposito con el mismo ceremonial con que habia entrado en él, renovando su triple saludo lo mismo que un actor que deja el escenario despues de la ejecución de su papel.

Una vez terminada esta escena de introducción, el actor principal salió á las tablas. Dejose oír un ruido del lado opuesto á la puerta por donde acababa de salir Eusebio, y Rosas, separando las colgaduras del fondo, apareció.

Yo permanecí sentada en el mismo sitio, y mi semblante no debió espresar la mas leve turbación, porque mi corazón no esperimentó la menor emoción.

El dictador se sentó del otro lado de la mesa, y me miró algunos instantes como para observar el efecto que habia podido producir la visita del bufon.

—¿Os ha divertido Eusebio, señorita? me dijo al fin. Sería muy dichoso si mi bella odalisca hubie-

se hallado en ese corto pasatiempo distraccion á su fastidio. Porque Eusebio es un artista, señorita, un talento de primer orden : mas aun un gran seductor. Es un temible rival este mi primer ministro ! ¿Sabéis que estoy celoso ?

Viendo que yo guardaba obstinadamente silencio, Rosas continuó :

—Bien ! ese apóstol de Citeres, ese voluptuoso bailarín, ese hechicero de serrallo os ha hallado indiferente; mi hermosa sultana ha resistido á los atractivos de mi Eusebio. Yo no esperaba menos de su virtud... ¡ Perfectamente, hermosa mía!... ¡Y yo, y yo? repuso con un tono y una sonrisa en extremo cariñosos.

Yo permanecí inmóvil y con la mirada siempre fija y serena,

—¿Y yo?... Ah ! es para mí, para mí solo que habeis reservado vuestras gracias; pero estad segura que no teneis que ver con un ingrato.

—Mirad, Camila, añadió Rosas tocándose el corazón con la mano derecha y hablando con un énfasis teatral. Guardaba aquí un secreto, pero se escapa mal mi grado... Sí, yo os amo, os adoro ! ... Oh ! no temais.... con un amor nada vulgar, con un amor digno de vos y de mí.

En seguida, abriendo enfáticamente los brazos como quien dice una gran cosa, sacudiendo la cabeza y dilatando la mirada exclamó en tono confidencial :

— En fin, si es necesario deciroslo, yo me uniré a vos en matrimonio!.....

El mismo silencio, la misma inmovilidad por mi parte.

—Ah! ya lo veo, continuó afectando un aire de reflexión; pensais en Paula..... Es justo; Paula es ya mi muger, sin contar la otra..... Esto seria por lo menos un caso de bigamia. Y bien! consultaremos la Iglesia.

Y llamó. Un oficial apareció.

—Que el sínodo de doctores se reúna al instante en la cámara amarilla!

Y dirigiéndose a mí al mismo tiempo que se levantaba:

—Vais á oír famosos teólogos, díjome Rosas. Nuestro santo padre el papa no tiene a su alrededor otros mas sábios ni mas concienzudos.

En seguida, el dictador desapareció por el fondo.

Algunos minutos despues, dos golpecitos dados en la puerta me anunciaron la segunda visita de Eusebio.

Consecuente con el anterior ceremonial, el bufon aprosimóse á mí y me ofreció respetuosamente la mano. Viendo que yo no me movía díjome entre dientes sin mover los lábios ni los ojos:

—Nos miran: dejas conducir y no temais nada.

Entonces me levanté y me dejé llevar de la mano.

Atravesamos el fondo. Al cabo de un corredor abrióse una puerta, y Eusebio me designó un taburete colocado en una antesala donde la endija de una cortina me dejaba ver un aposento espacioso que me quedaba en frente. Me senté, y á través de aquella endija pude presenciar sin ser vista la escena que voy a tratar de describir.

Veíase sobre un estrado un tribunal en semicírculo; Rosas le presidía en medio de tres edecanes. El asiento de la izquierda que estaba vacío, fué bien pronto ocupado por Eusebio, que después de haberme conducido entró a donde estaba el tribunal por otra puerta.

Este espectáculo sacrílego que representaba un concilio compuesto de tres soldados y un bufon, no era por cierto nuevo en la historia de las parodias de Rosas. Yo esperé, ví y escuché.

El dictador, tomando la palabra, dijo entonces con un tono de voz grotescamente solemne:

—Padres del sacro concilio: no hace mucho que os hice reunir a fin de obtener vuestra opinion sobre mi proyecto de union con la señorita Paula; hoy vengo a apelar de nuevo á vuestras luces con un proyecto semejante. Una jóven, pimpollo de belleza, de lozania é inocencia, es ya dueña de mi corazón. Lejos de mi el pensamiento de obtener con otro título que el de esposa a esta jóven que aprecio altamente, tanto por sus raras y distinguidas cualidades, como por su belleza incomparable. Y es por esto, padres del sacro concilio, que vosotros me ayu-

dareis en mi piadosa intencion de matrimonio, sí, como creo, la ciencia del derecho canónico y la santa interpretacion de la doctrina ortodoxa os suministra los medios de desvanecer mis escrúpulos en la posicion especial en que me hallo.

Al decir estas palabras, Rosas volvióse hácia su vecino:

—A vos primeramente la palabra, señor teologo!

Este se levantó; yo presté atencion y oi distintamente sus palabras conforme habia oido las de Rosas.

—Señor: nos haceis el honor de preguntarnos si en vuestra especial posicion de gefe supremo de un gran pueblo os es lícito contraer un nuevo matrimonio. Proponer la cuestion es resolverla. No es la primera vez que la religion acuerda dispensas de este género: la historia sagrada, como la historia profana, da ejemplos de ello. Sin transportarnos al tiempo de los patriarcas, los anales de las mas célebres monarquías y de los mas piadosos soberanos estan haciendo autoridad.—Podeis, pues, Señor, obrar con plena libertad de conciencia. Semejante acto de vuestra parte atestiguará una vez mas la grandeza de vuestros sentimientos: los hombres religiosos se alegrarán, y los impios sellarán el lábio. El derecho canónico está con vos. Por encima de este derecho, campea una consideracion política, y ella os aconseja sin réplica esas nupcias.—Restaurador de las leyes, Moises del pueblo argentino, esperanza del sue-

lo americano: vos no teneis heredero varon. Esto es una fatalidad, una amenaza que pesa sobre nuestra cabeza. Dios os reserva aun largos dias de existencia, pero esta perspectiva no impide de prever el porvenir. La anarquia solo espera vuestra muerte para asolar este hermoso pais: importa, pues, que vuestra obra no salga de vuestra casa y de vuestra sangre. A semejanza de la providencia, á semejanza de Dios, cuya imájen está en union con la vuestra sobre los santos altares, os corresponde conservar despues de haber creado, perpetuar despues de haber fundado. En una palabra, señor: debeis ser gefe de dinastía. No quererlo seria un crimen.— Hé dicho!

—El doctor en derecho constitucional tiene la palabra, dijo Rosas.

Levantó el segundo orador:

—Despues del elocuente discurso que acabais de oir, no añadiré mas que dos palabras. Yo opino que este matrimonio debe no solo tener lugar, sino tener lugar sin dilacion. Todo lo que hace el Escellentísimo Gobernador es breve, rápido, concebido con la profundidad del pensamiento y ejecutado con la rapidez del relámpago. Importa que en la presente circunstancia deje á cubierto de esta loable costumbre la de despedirse en todo prontamente; costumbre que está de conformidad con su genio y que ha producido siempre tanto bien, ya para garantir á los buenos como para aterrorizar á los malvados. La

cuestion debe ser, pues, resuelta militarmente.—
Hé dicho!

—A vos ahora, doctor en derecho misto, dijo
Rosas á Eusebio.

El bufon levantóse lentamente, reflexionó durante algunos minutos lo mismo que un predicador antes de empezar un sermón, y accionando con el brazo de arriba para abajo como a él la de un molino, se espresó de esta manera:

—La cuestion es grave, señores; para ser dignamente resuelta, ella requiere el auxilio de luces que yo no poseo, que ninguno de nosotros posée. El Escelentísimo Gobernador debe aconsejarse con su propia razén, con su patriotismo y sus gloriosos antecedentes, mucho mas que con nuestra humilde opinion. Sin embargo, ya que me es lícito aventurar la mia sobre un punto tan delicado, yo diré que en principio apruebo el casamiento, pero en la aplicacion no! Me esplicaré.—Por un privilejio especial de mis atribuciones conozco á la novia. ¿Qué es lo que necesita el Escelentísimo Gobernador? —Una mujer que le dé un robusto heredero, de sangre generosa, de fuerte complecion muscular. Ahora bien, yo debo declarar que la novia, aunque bella demasiado llenaria mediocrementé este objeto. Débil y delicada, eila desempeñaria mal las funciones de madre. La paloma seria indigna del águila; el cordero no responderia ciertamente á los abrazos del leon. Finalmente ye creo que el Escelentísimo Gobernador pued e

debe hallar cosa mas digna.....Que sus angustos amores perdonen mi franqueza.—He dicho!

Una mirada significativa que lanzó el bufon hacia donde yo estaba, me confirmó lo que ya habia comprendido: que el generoso deseo de apartarme de las garras de Rosas le habia dictado los términos poco lisonjeros de su arenga. Agradecí con el fondo del corazón al buen Eusebio por su caritativa intencion.

—Bien! dijo Rosas. Dos voces en pró y dos en contra, pues la de mi doctor en derecho misto vale por dos segun es de costumbre. Fáltanos una tercera opinion para desempatar la votacion. He tenido el cuidado de prevenir a un jóven eclesiástico que Manuelita favorece con su confianza y que merece a este título la mía; es el cura de nuestra señora del Socorro, el doctor Gutierrez.

—El Dr. Gutierrez! exclamé yo estupefacta. Gutierrez mezclado en esta farsa escandalosa!.....

—El sacerdote debe haber llegado ya: Que lo introduzcan.

Poco después entró Uladislao. Me aprocsimé cuanto pude, con la mirada y el oído fijos en direccion al aposento donde pasaba aquella escena; sentíame picada de una curiosidad estraña y dolorosa

Mi amado tenia la misma contenenencia, el mismo encanto de fisonomia que lo habian hecho tan simpatico a mis ojos. Modesto pero firme, vestido de negro, con la cabeza descubierta y el cabello ensortijado, presentóse gravemente ante esta parodia de

tribunal de la cual su intervencion le hacia cómplice a mi vista.

Y esperiménté una angustia, un sufrimiento indefinible.

El dictador, haciéndole signo de que se sentara, le dijo con voz breve y semi-impertinente:

— Señor cura, vos que sois un sábio, decidme en buena teología vuestro modo de pensar respecto á la bigamia. No tengo precisamente miras de volverme a casar; pero suponiendo que me ocurriese esta fantasia, haria bien ó mal en seguirla?..... Un consejo canónico, si os place.

Gutierrez se levantó, y con voz solemne, acentuando cada una de sus palabras, contestó:

—Un rey de Inglaterra—Enrique VIII—concibió una pasion culpable por una jóven de elevada belleza y de mas alta virtud todavia, llamada Juana Gray. Sedújola por medio de amenazas, y en seguida, estando ya fastidiado de ella, la hizo morir. Una segunda esposa sucedió a la sacrificada, y él la hizo morir del mismo modo. Tuvo así cuatro esposas que fueron sucesivamente cuatro víctimas. La historia dice que durante sus noches de insomnia, cada uno de estos fantasmas visitaba por turno a su corruptor y su verdugo. Enrique VIII conoció el poder, mas no la felicidad..... Señor: pensad en Enrique VIII! He dicho!



GUERRA Y TRIUNFO!

Una exclamación involuntaria partió de mi pecho:

—Uladislao! noble Uladislao! cuán grande eres tú! y él cuán bajo y vill! oh ven, ven á mis brazos! porque tu serás mi espolo; el esposo querido y animoso que me protegerá, que me librárá del hombre odioso que aborrezco y desprecio, del ser ridículo y repugante cuya mirada, cuyas palabras, cuyo conjunto...

En ese momento un ruido sordo, semejante al rechinar de los dientes, cortó el hilo de mi vehemente monólogo. Miré hácia atrás, y... ¡cuál

fué mi espanto! ... Ví á un hombre lívido y silencioso, con la cabeza descubierta, clavada la mirada y los brazos cruzados. ¡ Era Rosas !

El desprecio rechaza al miedo; tomé atrevidamente la palabra :

—¿Qué pretendéis, señor?

Sin responderme, Rosas continuó mirándome de una manera singular; en seguida, sentóse delante de una mesa, tomó una pluma, escribió sobre un pedazo de papel, y al cabo de algunos minutos me presentó el siguiente billete :

“ Enemigo por gusto y por razon higiénica de toda emocion estéril, me abstengo de entrar con vos en esplicaciones. Camila O’Gorman me agrada : sed mia. Responded, pero sin frases.”

Yo medí al dictador de pies á cabeza cen una altiva mirada, hice trozos el papel y arrojé los pedazos á sus plantas.

De un salto Juan Manuel estuvo á mi lado; me asió de la mano... pero inmediatamente retrocedió al ver el gesto de terror que yo acababa de hacer.

Como un náufrago en el momento supremo del peligro, crucé ámbas manos y elevé al cielo una íntima plegaría.

Era singular mi situacion de espíritu en aquel instante. Con gran sorpresa, mi pavura desvaneciósé instantáneamente, y me sentí llena de ánimo interior. Dios, á quien en mi fervorosa suplica invocaba, me envió sin duda á mi ángel bueno, pues parecióme sentir un brazo amigo, una mano que me sostenía;

mano fraternal, tan leve y bienhechora como odiosa y pesada habia sido la de Rosas. Confiada, sostenida por una fuerza sobrenatural, yo permanecí de pié, esperando serena y firme al enemigo, y provocando de antemano los riesgos misteriosos que me iban á rodear.

Rosas, sin moverse de su puesto, continuó :

—¿Quereis ser mía... sí ó nó?...

Yo respondí con vehemencia :

—¡ No !

El dictador paseóse silenciosamente un largo rato. Por último se sentó delante de mí, cruzó una pierna sobre la otra y me dijo sonriendo :

—Sois impetuosa, obstinada y altiva. Me gustan estas cualidades; están ademas bastante en relacion con las mias para que puedan disgustarme. Pero es preciso temperarlas con la reflexion. Dad crédito á mi experiencia : las ocasiones de felicidad son muy raras para que valga la pena de cojerlas cuando ellas se presentan. Por mas fanatismo de virtud que se se tenga, hay tambien límites para la virtud. Hesitar cuando es tan fácil ser feliz, es una extravagancia, uua falta absoluta de sentido... precisemos la palabra : una simpleza. Hay personas que se obstinan en decir:—¡suframos!—cuando todo les dice:—¡gocemos!—¡Qué pobre exageracion!... Adivino vuestro pensamiento. Vos os decís:—‘Yo bien quisiera disfrutar de este festin del amor y del poder; esa embriaguez ardiente y grata no me disgustaría ciertamente. ¿Pero qué diría la sociedad cuando supiere

que me había entregado á Rosas?... Habría bebido en la copa del poder, copa reservada y á la cual tan pocos privilegiados aproximan sus lábios; pero dejaría de ser considerada. Yo quisiera conocer los misterios del placer y los goces de la ambicion, pero no á costa de mi reputacion.”—Oh! por mas que protesteis con vuestros gestos, señorita, tal es vuestro temor y tal vuestro íntimo deseo. Todas las mujeres son las mismas, bien las conozco. Sábese si yo soy esperto en leer en los corazones. Puedo ser violento, inícuo, cruel tambien si se quiere; pero imbécil, no ciertamente! Los badulaques se contienen ante las apariencias: yo tengo la costumbre de ir luego al fondo. El pudor se pinta en vuestro semblante... es una precaucion que estoy muy lejos de vituperar, porque es preciso conformarse con las leyes sociales cuando se vive en medio de esta majada de imbéciles ó pícaros llamada el género humano. Embaucador ó embaucado no admiten término medio, y vos habeis hecho bien en escoger el primero de estos extremos. Bajo esa máscara de pudor, vuestra circunspeccion femenina me interpela y pregunta como no se-reis deshonrada ante el público. A esta tácita interpelacion he aquí mi respuesta, señorita: Prometeros el secreto mas absoluto no es bastante; me comprometo á algo mas: publicaré, si es que os guste el expediente, que me habeis resistido..... Mirad si os amo!..... Habré sacrificado mi vanidad de amante y mi orgullo de dictador, pero ¿qué importa?..... me quedará la felicidad. Se dirá que me habeis desde-

ñado, despreciado, rechazado como á un tímido colegial.... ¿qué me importa todavía?..... cargaré con todas las humillaciones que recaen sobre un infortunado amante. El secreto, el divino secreto de vuestras sonrisas, la embriagadora intimidad de vuestras ardientes caricias resarcirán con usura todas esas mortificaciones del amor propio.

Hay algo mejor, hermosa mía: el misterio, realizando el interés de nuestras entrevistas, les dará ámplio motivo de franca hilaridad. Felices ámbos, ámbos superiores á todo ese enjambre de estóridos y locos que ni maliciarán nuestra ventura, ¡ con cuánta satisfacción nos burlaremos de ellos!..... ¡ con qué delicias no beberemos en la copa ignorada el olvido de los envidiosos y el desprecio de los tontos! Y también, mi radiosa soberana, con cuanto orgullo sabré de vos los arcanos del arte de gobernar á esa estúpida muchedumbre! con cuanto orgullo vendré á ser sábio por vuestra ciencia!... Vuestras inspiraciones me iluminarán, vuestras ideas serán las mías. Para los dos el imperio, vasta y preciosa inteligencia de reina!... Para los dos el amor, dulce y encantadora influencia de mujer!... Camila, Camila!..... eres mía!..... Oh! gracias!..... gracias!...

Juan Manuel habia puesto en tierra una rodilla. Con el rostro inflamado, la mirada lujuriosa y jadeante la boca, dirigió hácia mí sus temblorosas manos. Yo permanecí en mi taciturnidad sistemática y creí no deber contestar á sus palabras, ni retroceder ante la actitud que habia asumido, esperando

para dar indicio de vida el principio de las vías de hecho porque él no se había, atrevido á aun tocarme.

Estaba resuelta á todo: parecíame que no tenía mas que levantar el brazo para anonadar á aquel miserable á la menor tentativa de violencia, y que esa abyecta y repugnante culebra hubiese sido menos rápida en levantarse contra mí, que mi pié en aplastarle la cabeza.

Contra todo lo que esperaba, Rosas se contentó con aquella pantomina apasionada; su gesto, de increíble impetuosidad erótica, se contuvo ante la barrera del contacto. Las llamaradas de la lujuria hacían de él una especie de loco desatado: estaba verdaderamente asqueroso de verse.

Permaneció algun tiempo en la actitud suplicante que había asumido. En seguida, fatigado de aquella incómoda postura, se levantó de sí mismo, y arrancado del pecho un profundo suspiro:

— ¡Cómo somos desgraciados cuando no somos comprendidos, deseados, ni amados por nadie en el mundo!... Sí, por nadie!... ni aun por mi hija que huye de mi lado desde hace algun tiempo á esta parte!... Con ella al menos yo disfrutaba los goces de la paternidad!... pero ha dejado de ser para mí la hija tierna y cariñosa de otro tiempo!... Ella ama sin duda á algun gallardo mancebo, y no le basta ya mi ternura! Y quien sabe si aquel pretendido confesor...

Hasta entónces Rosas no había logrado mas con

sus palabras voluptuosas que inspirarme un perfecto fastidio. De repente me sentí agitada: el infame había buscado y hallado la fibra sensible. Manuela, Manuela, al lado de Gutierrez, surgió repentinamente en mi memoria como un espectro aterrador, lívido, amenazante!

Perdí la cabeza. Por la primera vez conocí los celos, en su mas punzante y fantástica absurdidad.

Pronto, en aquella crisis interna de celosa demencia, tuve un momento de lucidez. Vuelta á mi sangre fria, con el auxilio de la reflexión, fui herida bruscamente por la mirada con que Rosas me espía; mirada que estaba en completo desacuerdo con la tristeza de su facticio desespero. Creyendo no ser visto, el cómico había abandonado un instante su papel; sorprendiendo por mí, no tuvo tiempo de volverlo á tomar, y se llenó de confucion con la sonrisa abrumadora que le dirijí en aquel momento.

Levantóse entónces bruscamente, y cambiando de tono y de actitud exclamó con una voz que retumbó en los aposentos:

— ¡No! esto es ya demasiado!... Yo quiero ser amado de algúien por mi turno! Creo que soy digno de que se me ame, no por interes ó amenazas, sino espontáneamente, como todo mortal puede pretenderlo, hasta el mas pobre y oscuro. No quiero vivir solo á no ser amado. ¿Y por qué no ha de ser así?...? Soy por ventura algun perro, yo!

Estas últimas palabras fueron dichas con tal

explosión de voz, que me hicieron caer aterrorizada sobre una silla.

El, con el cabello en desorden y la mirada en desvarío, parecía víctima de un acceso de enajenación mental. Un terror supersticioso me embargó y heló la sangre: sentí los escalofríos de la fiebre. La soledad en compañía de aquel hombre que creí en demencia, se me hizo insoportable. Me lancé hacia la campanilla y llamé casi maquinalmente.

Un sirviente apareció.

— ¿Quién os ha llamado? dijo Rosas tranquilamente y con el aire de una persona que está en pleno uso de su razón.

Y como el sirviente permanecía en silencio y temblando:

— Bien! continuó el tirano. No se entra aquí sin orden mía. Que se fusile al infractor por violación de consigna y que se ponga la sentencia á la orden del día para que sirva de ejemplo.

Yo me arrojé hacia el dictador:

— No ha sido él, exclamé; soy yo, yo sola la culpable! porque yo he llamado..... vos lo habeis visto, señor..... yo he llamado! Es un error, ¿no es cierto?

Sin responder á mis palabras, Rosas hizo un ademán imperioso con la mano ordenando á los dos hombres que salieran.

El edecán y el infortunado servidor desaparecieron.

Yo repuse:

—Pero es un error, señor! yo os aseguro que ese hombre no es culpable; porque vos lo habeis visto perfectamente, fuí yo, fuí yo que llamé.

Entonces Rosas mirándome fijamente me dijo:
—¿Quereis salvar a ese hombre?

A estas palabras toda mi sangre refluyó hácia mi corazon: una lucha terrible entre el pudor y la caridad se estableció en mi interior, por que comprendí á que precio solo podria salvar a aquel desgraciado. Poco a poco sin embargo la serenidad tomó posesion de mi alma. Sumergida en extasis, esperimenté una especie de desligamiento de los vínculos terrenos; una celeste inspiracion me inflamó con sus puros resplandores.

—¿Que importa mi cuerpo, me dije a mi misma si con su sacrificio puedo rescatar la vida de un hermano?....

—¿Quereis salvar a ese hombre? repitió el tirano. Mirad que el tiempo urje.....

—Sí, quiero, contesté.

Y al decir estas palabras, conseguí con la ayuda del cielo sonreír a Rosas. El dictador se sonrió por su turno, pero con una risa que me hizo mal.

—Esto es!.... uno se apiada, uno se conmueve, uno me ama por amor a otro!..... ¡Gracias, hermosa criatura, y gracias tambien a ese pobre diablo por haber venido tan a propósito para mi dicha!.... Sin él, yo hubiera sido odiado, detestado, aborrecido por

vos; llega, y hé aquí que os dignais por compasion hácia él senreirme con el estremo de los lábios.

—Así pues, continuó Rosas cambiando de voz y con acento terrible; se tiene compasion para todos; se llora, se ama, se quisiera salvar a todos, solo para mí no hay compasion!..... Y bien! yo seré implacable por mi turno!

En seguida añadió por manera de retractacion:

—No, sin embargo: y puesto que al fin habeis querido.....

En aquel momento se oyó la esplosion de una descarga de fusiles.

Entonces me dije con la mayor flemma:

—Ah!.... ya es demasiado tarde!

Yo me llené de indignacion y esclamé:

—¡Bárbaro!

Rosas se puso a reir.

—¡Asesino!

Sus carcajadas redoblaron.

—¡Que la maldicion del cielo os abrume, añadí dominando su hilaridad; y que la sangre de ese inocente recaiga sobre vuestra cabeza!

—Rosas no tiene maldicion que temer, ni bendicion que pedir! respondió el tirano haciendo crujir sus dientes. Camila O'Gorman no saldrá de aquí sin que su honor haya lavado el ultraje que acaba de inferirme! Yo lo quiero, y todo lo que yo quiero yo mismo lo ajeçuto.

—Y yo, os digo que Camila O'Gorman saldrá

de aquí, tan pura como ha entrado! Yo lo quiero, y lo que ahora yo quiero; Dios lo sabrá ejecutar.

—Oh! esto es demasiado!.....

Rosas dió dos palmadasi

Eusebio apareció.

—Esta jóven me pertenece, dijo el dictador; yo te la entrego, tómala para tí!

Y con un gesto brutal me arrojó en sus brazos!

El bufon me condujo a un aposento contiguo, sombrío y apenas alumbrado por una pálida luz.

—No tengais miedo, me dijo al oido; ¿no os he dicho que os salvaré? Ya viene, todo está listo, ya viene.....

—Quien? Quien?

—Uladislao!..... Uladislao!!

—Silencio!

Simulando la exaltacion del amor, Eusebio se habia echado a mis piés llamándome su adoradora, su ángel, su corazon, con una pantomima de pasion perfectamente ejecutada.

—¡Miserable! murmuró una voz trémula al mismo tiempo que una mano convulsiva separaba al bufon cuyos brazos enlazaban mi cintura y cuyos labios defloraban los míos.

Era la mano y la voz de Rosas.

Eusebio salió del aposento; quedé sola con el dictador; este dobló un pañuelo..... Una mordaza embargó mi voz, en medio de esfuerzos y convulsiones terribles. Desliecha, estenuada, me sentia próc-

sima á sucumbir, cuando; abriéndose la puerta, entró Gutierrez acompañado de Manuelita.

Mostróse á mis ojos, como al través de un relámpago, la cabeza de Rosas, cuya espresion metálicamente calma y tranquila quedará eternamente fija en mi imaginacion.

—¿Donde está Eusebio? dijo con tono plácido
Una señorita presa de un ataque nervioso..... hola doctor del bello secso, facultativo de nuestras hermosas! Pronto por acá!

Y dirigiéndose al grupo inmóvil de su hija y del sacerdote, Juan Manuel prosiguió:

—Parece que ya está hecha la confesion, y viene el reverendo padre a devolverme su preciosa penitente. Muy bien! vamos, hija! y vosotros no descuideis a esta niña....

Flotaron esas palabras en la confusa obscuridad de mi mente. Despues, perdí el sentido.



CONSECUENCIA.

Que misterioso sueño de la inteligencia y de los sentidos es ese que producen algunas enfermedades? ¿Como explicar ese estado de nuestro frágil organismo privado del movimiento regular y funcionando a merced de leyes raras, fantásticas, misteriosas?.....

Es un secreto del cielo.

Yo he experimentado los efectos de esa enfermiza situación que no es la vida, la muerte, la nada, ni la existencia; especie de viaje del espíritu a la frontera indeterminada de ambos mundos participando un poco de cada uno de ellos; del mundo de la

realidad por las sensaciones, del mundo de las quimeras por el sueño.

¿Viví mil años, diez años, seis meses de este modo, ó solamente un día? Es lo que yo no sabré precisar. La percepción clara del tiempo no existía para mí, y en cuanto al espacio yo le veía, lo mismo que la duración, sin divisiones, sin límites. Cada elemento me recibía por su turno: como el ave, yo cruzaba los aires; como el pez, zambullía en el cristal sereno y límpido de las aguas; como las sombras fantásticas de los bosques, me deslizaba entre las selvas, rozando los precipicios con el ala, mojándola en los torrentes en compañía de las sílfidas, descendiendo como una débil barquilla la rápida catarata que me arrastraba de paso.

Dejábame caer blandamente de la región de las estrellas sobre las ondas transparentes. Encima de ellas bajaba al fondo de la mar; allí, en medio de praderas sub-marinas, encontraba caprichosos edificios de estalácticos, cunas de concha, grutas de nacar y mil palacios de cristal a través de los cuales saltaba alegre y juguetona la tribu multicolor de los pescados.—En seguida, cabalgando en un complaciente anfibio, remontaba al imperio de la tierra y de los aires. Una vez allí, volvía á subir con la ligereza de un globo aerostático á las regiones del cielo, donde sobre todo se esplayaba en el acto mi fantasía. Sumerjéame con delicia en este baño de azul cuya frescura me enecantaba, al mismo tiempo que

Las balsámicas emanaciones de la brisa transportaban de amor mis sentidos.

En vano intentara describir con cuanta voluptuosidad me abandonaba de este modo a la gentil embriagadora poesía de mi planeta imaginario; todos mis pensamientos se fijaban en una sola idea: la libertad; todas mis sensaciones se reducían a una sola, el bien estar.

Yo vagaba de maravilla en maravilla y de fruición en fruición. Cruzaba con ávida curiosidad espacios de incommensurable longitud, devorando las distancias, cerniéndome en el centro de mis horizontes renovados sin cesar, lo mismo que un conquistador al tomar posesión de sus dominios.

Uno de estos viajes aéreos fué sobre todo aturdidor para mí de distancia y duración. Esa vez cabalgaba sobre un hipógrifo, monstruo dócil y hermoso. Cruzaba sin detenerme millares de llanuras, sucediendo a millares de aéreas montañas; los mundos desaparecían a mi vista entre un turbión vertiginoso. Con las alas desplegadas, mi hipógrifa resollaba con avidez arrojando chispas y llamaradas. Yo estaba ébria, aturdida, jadeante, violentamente arrastrada, rodando hacia un abismo en medio de algazara, deslumbramiento y tumulto; embargose mi respiración: lancé un grito, y este grito anudado en mi garganta, hubo de ahogarme; acababa de caer verticalmente en medio de un jardín, sobre un lecho de flores, rodeada de los encantos de un plácido paisaje.

Cayendo del mundo ideal al dominio de la realidad, experimenté un fuerte sacudimiento nervioso, y desperté.

— ¡Se ha salvado! exclamó una voz junto a mi cama.

— ¿Y él, y él, donde está? donde está Uladislaio? dije al recobrar la memoria despues de mi larga pesadilla?

— Paciencia, paciencia, no tardareis en verle.

Estaba bañada en sudor: abrí los ojos, y reconocí a Lázaro en el hombre que acababa de articular aquellas palabras, las primeras que escuché vuelta a la vida real. Grave y atento, mi amigo me tomaba el pulso a la sazón mirando a su reloj. Del otro lado estaba mi madre con el rostro aproximado al mío: ambos espjando con una curiosidad en que se traslucía un relámpago de júbilo las últimas convulsiones de mi fiebre que espiraba.

Me encontraba en una casa de campo, la de la familia Torrecilla. Allí supe que mi padre, atribuyendo mi desaparición, según una carta anónima recibida por él, a mi fuga con el Señor Gutierrez, se había trasladado en Montevideo, punto presumido de nuestro viaje, mientras que mi madre, secretamente avisada por el mismo Gutierrez, se había apresurado en venir en casa de nuestros amigos.

Uladislaio por su parte, encargado por mi buena madre, ya de proporcionar esplicaciones a mis hermanas, ya de desengañar a mi señor padre, cuando este volviese de Montevideo, estaba todavía ocupado en

arreglarlo todo, sin divulgar del terrible secreto de Palermo mas que lo necesario en tan grave conflicto de turbacion y de terror para mi pobre familia.

El asilo en que me hallaba respiraba paz y soledad. Aquella choza aislada me ofrecia todas las comodidades que la hospitalidad de aquella buena gente habia podido realizarme. Su delicadeza para conmigo era estremada; la señora Torrecilla sobre todo prodigóme durante mi crisis nerviosa los socorros y atenciones de una madre, antes que la mia, como lo tengo dicho, hubiese llegado a mi lado. Desde el lecho en que reposaba, yo veia delante de mi varias mazeteras de flores, algunos cuadros nacionales y religiosos, en medio de los cuales se destacaba la imagen de la Virgen y la del divino Salvador; al paso que un alegre canario, gorjeando dentro su jaula completaba este interior de alegría, de religion, de paz y de amistad.

Algunos dias de convalescencia se pasaron así, al cabo de los cuales habia recuperado completamente mi salud. Trabajando mi semblante, la enfermedad habia impreso en él un timbre de gravedad y sufrimiento, y mis facciones, sin perder nada de sus armoniosas proporciones, se habian caracterizado.

Un dia en que yo me ocupaba en leer la correspondencia de Uladislao esperando su llegada Lázaro me dijo:

—Buena noticia! ya está aquí!

Efectivamente, distinguí un jinete á la distancia

que no tardó en aproximarse; arrojé un grito de júbilo; acababa de reconocer a mi salvador.

Apeóse del caballo y se echó en mis brazos; estábamos solos en aquel momento; habiéndome dejado Lázaro intencionalmente como lo comprendí muy bien. La emoción no nos permitió pronunciar una sola palabra, ni hacer el mas leve movimiento. Todas las impresiones habíanse confundido en la de sentirnos en los brazos uno del otro.

Después de este ruidoso y largo abrazo, miróme el joven Gutierrez de hito en hito y me dijo con expresión indefinible:

— ¡Compañera de mi vida!

— ¡Esposo mío! respondí yo en toda la exaltación de mis caricias.

La voz de Dios había hablado por el órgano de los sucesos que habían tenido lugar. La infamia de un monstruo determinó nuestro destino.

— ¡Rosas, Rosas!.... ¡maldito seas! exclamé yo al recuerdo de las odiosas tentativas del tirano.

— No; bendito sea, mas bien, interrumpió Vladislao; puesto que su maldad origina la felicidad de estrecharte entre mis brazos de amante, de marido, ó Virgen tres veces pura, tres veces amada!

Extática le abrí mi seno; arrojóse en él como el niño en el seno de su madre.....

Siendo de vuelta mi señor padre según el informe del Sr. Gutierrez, tuvo que ir mi madre a conducir a aquel cerca de mis hermanas, tratando con ellas de vencer su resentimiento hacia los su-

puestos prófugos; pues nada quería entender mi pobre papá de las esplicaciones que se había atrevido Gutierrez a comunicarle por via indirecta.

¡Ay de mí! En la conciencia paternal era la verdad, y la mentira en la mia!

¡Que palabra acabo de proferir, Dios mio! oh nó! no miente un amor como el mio, como el suyo!

No teniamos un sacerdote que bendijera nuestro himeneo; el santuario en que tuvieron lugar nuestros esponsales fué la modesta choza de un amigo. El padre de Lázaro, anciano venerable que habia empezado su larga carrera de virtudes por las privaciones del soldado, bendijo nuestra union. Aquel mártir de la libertad, veterano cicatrizado de la guerra de la independenciam, estendió sobre nosotros ambas manos, mientras que Uladislao y yo, arrodillados delante de un crucifijo, respondiamos a sus palabras.

—¿Jurais socorrer y proteger hasta la muerte a vuestra esposa?

—¡Sí, juro!

—¿Jurais amar y consolar hasta la muerte a vuestro esposo?

—¡Sí, juro!

—Levantáos, pues, y que Dios que escucha vuestra promesa, os bendiga por mi voz.

Tales fueron nuestras nupcias.

Esa misma noche nos ligaron nuevos vínculos cesamos de ser hermanos.....

CONSULTACION.

El sofisma de la pasión, tan capcioso é irresistible, no es el mas peligroso sin embargo; el de la virtud es mas temible todavía. Es probable que yo hubiera resistido á los arrebatos de mi corazón: al menos mi educación y la solidez de mis principios relijiosos, me permiten creerlo así; pero no pude resistir á la ilusión del deber mal entendido, y caí en ella.

Yo no pretendo escusarme á mis propios ojos ni exagerar á los que podrán leer en los acontecimientos de mi vida, las impresiones de escándalo que puedan experimentar. Dios que vé las intenciones,

me absolverá tal vez con la condición de confesar humildemente mi falta, mi grandísima falta, á fin de evitar á las jóvenes que se halláran en una situación análoga á la mia, de incurrir en otra semejante.

Sí he faltado.... lo reconozco humildemente. A cualquier extremo á que pueda reducirnos la maldad de los hombres ó las tentaciones del infierno jamás nos es lícito transigir con las obligaciones de nuestro estado. No basta que la conciencia nada nos reproche : es preciso dar aun el buen ejemplo, puesto que vivimos en sociedad. ¿Y qué sociedad sería posible si cada uno pudiera crearse reglas de conducta segun su fantasía?

En el primer momento de exaltacion yo veia las cosas bajo diversos puntos de vista especiosos y falaces; pero hoy que la fria razon y la sana moral tienen únicamente dominio en mis ideas; hoy que injénua para conmigo, nada turba ya mi corazon, las veo de un modo muy distinto. -

Rosas habia destilado sobre mí todo el veneno de su malicia; su maldad habia abierto á mis pasos los abismos de la corrupcion y del terror. La impudicicia y el odio, personificados en aquel corazon perverso, se habian erguido ante mí como espectros infernales, y puedo decir con verdad que les combatí heroicamente. Victoriosa y triunfante, salí del infierno de Palermo y remonté al cielo de mis amores. Era allí que me esperaba el verdadero peligro. La persecucion habia sido diabólica : la reacion fué inmoderada. Odiaba el vicio y el crimen con tal a-

version; sentía una enerjía tal de repugnancia por las corrupciones del lupanar de las cuales habia escapado tan milagrosamente; la asfixia sofocante de la disolucion y del asesinato me causaba tal terror, que me arrojé obcecada á todo lo que estaba en contradiccion. En el fanatismo de mi horror por la depravacion, representada por Rosas, yo me creí dispensada de amar á la virtud, representada por Uladislao. Mi demonio no habia podido nada contra mí: yo me entregué sin condicion á mi buen ángel.

Es esto lo que yo llamo la ilusion de las buenas intenciones y el sofisma de la virtud.

El pecado tiene tambien su lójica. Las debilidades se engendran como las fuerzas. Nuestra union habia sido la primera falta: la fuga fué la segunda.

Dios no obstante me envió un remordimiento. No atreviéndome á hablar á Gutierrez de mis escrúpulos, le escribí lo siguiente.

“Amado mio:

“No es ya tiempo de volver sobre nuestros pasos; pero hay siempre lugar para contenerse en una mala senda. Si nos es rehusado el consuelo de remediar nuestra caida, podemos á lo menos tomar nuestras medidas á fin de evitar un nuevo golpe. Dejemos el pasado á la misericordia divina, y ocupémonos del porvenir.

“Ayer os aconsejé la fuga: hoy me retracto de ella. Al soldado que desierta se le tacha con la infamia: al sacerdote que abandona su parroquia le

cubre la deshonra. Yo no quiero que vos os deshonreis.

“Teneis una clientela de desgraciados; abandonarlos por mí seria una falta grave. Teneis en cargo de las almas. ¡Cuántas veces me habeis dicho que el sacerdocio es un puesto de honor, y que tendrias gloria en sosteneros en él, aunque debieseis perecer como un soldado en la brecha!... Alejemos esta lúgubre consecuencia, que estoy segura aceptaríais con coraje, pero que seria demasiado cruel para mi ternura. Rosas os olvidará: en cuanto á mí, perdida en el fondo de algun convento ó relegada con mi madre al seno de alguna familia hospitalaria en pais extranjero, yo viviré ignorada como hasta ahora, dichosa con la eternidad de nuestro amor, y contenta con recibir de tiempo en tiempo vuestra dulce correspondencia.

“Es en nombre de nuestro cariño y de nuestros deberes que os suplico que no partamos.

“¿Qué seria nuestro amor, si la estimacion que como una aureola le circuye llegase un dia á faltarle? ¿Qué seria yo á vuestros ojos, amigo mio, y qué seriais vos á los míos despojado de esa corona de sacrificio y de virtud que es la primera de vuestras gracias, lo mismo que fue en otro tiempo la primera de vuestras seducciones?.... Tal vez la efervescencia de la pasion alentaria su llama por algun tiempo; pero esa ebullicion se acabaria luego y entónces? ¿qué nos quedaría?.... La vergüenza!.... la vergüenza delante de Dios; la vergüenza en presencia

de los hombres, y la mas insoportable de todas, la verguenza ante nosotros mismos!

“Yo me dirijo al apóstol de los hombres y al soldado del Señor conjurándole olvidar mi culpable consejo. Yo me dirijo al esposo para decirle con plena injenuidad los escrúpulos de la esposa. Réstame, amigo mio, espresaros mis inquietudes como hija y como hermana. Mi padre está sombrío y amargamente indignado, y todo el peso de esta indignacion recae sobre mi cabeza; porque el ignora, y debe ignorar, las repugnantes escenas de Palermo. Mi madre está anegada en lágrimas, lo mismo que mis hermanas, y todo por causa mia. ¿Tendré el bárbaro coraje de abandonarles? No, amado mio! antes la muerte!..... ¿Y quién sabe si Dios no nos reserva como una espacion sublime, como una heroica reparacion esa muerte dos veces gloriosa en el deber, y tres veces dulce recibéndola en tus brazos!

“Camila.”

Yo entregué esta carta á Uladislaio sin pronunciar una palabra. Gutierrez pasó toda la noche escribiendo su respuesta. Lo mismo que el habia respetado mi silencio yo respeté el suyo. Parecia que no nos atrevieramos a decidir nada ligeramente ó por palabras en tan grave cuestion, y que solo la madurez de una discusion por escrito era del caso. El, ordinariamente tan pronto y con tanta facilidad para traducir su pensamiento, empleó cuatro ó cinco horas para escribir su contestacion. Su pluma corria lentamente por el papel: conforme su espíritu

pesaba cada idea, su mano pesaba cada palabra. Al día siguiente me entregó con gravedad silenciosa y enternecida el papel que contenía lo siguiente:

“¡Que no partamos, Camila!..... que os deje espuesta a las persecuciones de ese monstruo!....

“He leído y releído vuestra carta con religiosa atención; he reflexionado largo tiempo sobre vuestros argumentos, analizándolos con imparcialidad y aplicándome sobre todo á encararlos bajo su aspecto moral, sin preocupacion ni fanatismo. Jamas objeto de mas seria meditacion ocupara mi razon, Hé aquí primeramente la conclusion de este grande y formal trabajo de mi conciencia: mi deber es de partir, y de partir con vos.

“Respeto vuestra opinion: me agrada sobre todo la franqueza de vuestro language. Me decis lo que creis ser la verdad sin disimulo ni reticencia. Es así que se debe hablar cuando hay estimacion, y cuando nada se tiene que ocultar recíprocamente.

“Admito el noble rigorismo de vuestros sentimientos, y ya sabeis que yo no me pararé delante de las consecuencias—cualesquiera que ellas fuesen—del santo y augusto principio del deber. Además, querida mia, adonde no iria yo en pos de vuestra huella?.....

“Permanecer aquí—es preciso no hacernos ilusiones—seria la separacion, la prision, la muerte tal vez. Todo esto lo aceptaria yo con júbilo por vues-

tro amor. ¿Pero puedo dejar de partir sin faltar al deber?..... No! puesto que Dios ha recibido mi juramento de protejerlos y salvarlos.

“Podeis disponer de vuestra suerte como yo puedo de la mia. Pero yo, ¿puedo acaso disponer de vos?..... La hora solemne en que fuimos unidos me creó una obligacion en que reasumo yo todas: la de velar por vos como por un depósito sagrado.

“Me habeis comparado a un soldado: me gusta esta comparacion. El sacerdote en efecto no es otra cosa que el soldado de la caridad y del sacrificio. Lo habeis dicho muy bien: mi puesto de honor está al lado de los desgraciados.

“Y vos, querida mia, ¿que sois sino la mayor de las desgraciadas?..... ¿Hay acaso un infortunio mas digno de consagracion que el vuestro, y no son bastantes los peligros que os amenazan para llamar, para concentrar a vuestro alrededor la vigilancia y el celo de que soy yo capaz?.....

“La casta y divina esposa de los altares que recibió mis primeros juramentos ¿se ofenderá acaso por que me halla dedicado a protejerlos?..... no os ha cedido ya el primer lugar en mi corazon?..... Pensad, pobre cordero espuesto á los dientes del lobo, que el divino pastor de quien soy yo discipulo no hesitó en dejar, de cien corderos que tenia, noventa y nueve que estaban en seguridad por consagrarse a la salvacion y proteccion de aquel que se hallaba espuesto y que tenia mayor necesidad de miramiento y socorro.

“En toda cuestion moral hay una voz que es necesario consultar y escuchar ante todo; es la voz de la naturaleza, esa religion de las regiones. Un padre debe su amor y su sangre á sus hijos; un esposo se debe en cuerpo y alma á su esposa. La caridad colectiva es una gran cosa, pero su abuso puede estraviar. La excesiva difucion de los deberes disminuye su energia, su eficacia y su mérito. El cristiano, el humanitario, si tienen necesidad de encerrar en la esfera de la familia su principal punto de atraccion, y de gravitar primeramente en derredor de este centro poderoso para adquirir fuerzas y llenar mejor en seguida la órbita estensa de las afecciones generales.

“La naturaleza y la religion están, pues, de acuerdo para aconsejarnos una inmediata partida. Vos teneis todos los títulos que reclaman una proteccion eficaz y sin reserva, mi Camila, ¿No sois á la vez mi penitente, mi enferma, mi mendiga, mi huérfana, mi hermana? Finalmente ¿no sois mi esposa? Y Dios no ha prescripto á esta de abandonarlo todo por seguir á su marido, como á esté de sacrificarlo todo por salvar á su muger?

“Nuestras nupcias no han recibido bendicion sacerdotal, amonestacion, comunion eucarística ningun de esos ritos sacramentales cuya obtencion me hubiera sido tan grata; pero han sido bendecidas por Dios que sonrie á la pureza de nuestros sentimientos; pero han tenido la consagracion de un anciano virtuoso, cuyas manos estendidas sobre nues-

tras cabezas nos acarrearán la felicidad, con la cooperación invisible de nuestros ángeles del cielo, y sin duda la de nuestros ángeles de la tierra, vuestro padre, vuestra madre, vuestras hermanas, que la piedad filial ha invocado y que estoy cierto bendecirán nuestro himeneó, cuando la venda de prevenciones injustas haya caído de sus ojos.

“Vuestra partida no se hará sin heridas de corazón, como mi fuga sin heridas de reputación. Vuestro corazón desangrará—yolo sé—al abandonará unos padres adorados, y yo pasaré por un seductor y intránsfugo. Por lo que toca á abandonar vuestra familia, no os aflijais, mi Camila, con esta idea, y pensad que ellos serían los primeros en divulgar vuestra fuga si conocieran los peligros por que ha pasado vuestra virtud y vuestra vida. Un día—abriguemos esta dulce esperanza—Dios nos permitirá un feliz regreso al seno de vuestra cara familia. En cuanto al escándalo, el cielo castigará á los malvados que le habrán ocasionado, y juzgará a los hipócritas que le hayan explotado, como yo compadezco á las almas ingenuas que las apariencias habrán podido herir y contristar. ¿Qué hacer? Mi reputación no vale mas que mi deber, y yo debo sacrificar todo! todo, ecepto la virtud!... Mas la virtud y vos ¿no son una misma cosa?... Con las apariencias de la vergüenza, tendremos la realidad del honor: esto me basta.—¡Adios, querida!—

“Uladislao.”

Tomé inmediatamente la pluma y escribí :

“Amigo mio :

“Intentaba replicaros, pero renuncio á ello. Vuestra carta me seduce : si os equivocais, vuestro error es el de una alma generosa é hijo de una entusiasta religion, y quiero participarlo. Tal vez hubiera algo que decir sobre alguna de vuestras ideas; de cualquier modo, el conjunto es preciosísimo.

“Cómo decis con harta verdad, permanecer aquí seria quizá la muerte, la prision ó la separacion. La primera y la segunda poco me importan; pero esta palabra —separacion— me horroriza!.... No sé lo que Dios me reserva en el porvenir; pero de lo que estoy cierta, és que vida ó muerte, felicidad ó infortunio, nuestra suerte está ligada por lazos indisolubles. Ante todo, evitar que nos separen. Sin vos yo no espero nada : con vos todo es posible, hasta la felicidad, hasta la gloria!—Esposo : contad con vuestra esposa!—Jamás resistiré á una carta como la vuestra. Partamos!”



¡LIBERTAD!

Al día siguiente nos reunimos en consejo matrimonioso, Lázaro y yo para tratar de nuestro itinerario y del punto adonde debíamos refugiarnos.

En aquella sesión familiar á que asistieron los padres de Lázaro fué resuelto que buscaríamos un asilo en algun punto lejano, pero sin espatriarnos. El Sr. Torrecillas objetó que suponiéndonos Rosas fuera del territorio de la Confederacion, eliminaríamos as los pasos de sus espías.

Subiendo el Paraná, la fuga podia ofrecernos un asilo tanto mas seguro cuanto menos maliciado. Un patron de buque amigo de Lázaro debia hacerse á la

vela para la provincia de Corrientes, pero no pudiendo tener lugar su partida sinó despues de cuatro dias, resolvimos ir por tierra hasta San Nicolás, donde nos reuniríamos con Lázaro que iria á bordo del buque.

Hicimos, pues, nuestros paquetes, se ensillaron nuestros caballos, y mientras que Lázaro se dirigia á Buenos Aireá para sondar la opinion pública á nuestro respecto, y advertir secretamente á mi madre de la ejecucion de nuestro proyecto, nos pusimos alegremente en camino disfrazado. Uladislao de gaucho y yo como muger de tal.

¡Con qué entusiasmo de felicidad nos lanzamos al espacio alejándonos de Buenos Aires !..... Aquella tierra de celadas y desgracias nos qusmaba los piés, como si pisáramos sobre brasas encendidas. Un delicioso frescor nos inundó el cuerpo y el espíritu al alejarnos de aquel teatro de crímenes y maldad.

A la mitad de nuestro viaje, el rio Lujan nos ofrecio sus aguas cristalinas : nos bañamos en ellas con voluptuosidad.

Llegámos por fin á San Nicolás, en donde Lázaro, fiel á su cita, nos alcanzó al dia siguiente con el buque, á cuyo bordo nos trasladamos.

Impacientes por saber el efecto que habia producido nuestra fuga, aturdimos á Lázaro con preguntas; pero este, no queriendo turbar nuestra dicha por un instinto de discrecion y amistosa delicadeza se limitó á decirnos que mi madre, deseándome toda clase de venturas, me habia recomendado á su amis-

tad, y que se consolaba de mi falta con la esperanza de volverme un día a ver dichosa y á su lado.

En cuanto á mi padre, la voz del honor, los informes officiosos que habia recibido, todo hacia de el un juez severo y recto, aunque engañado.

La desaparicion repentina de Uiadisláo de la parroquia del Socorro, de que era cura, habia causado al principio mucho ruido, y Lázaro contónos a este respecto las conversaciones que habia pòdid^o recoger aquí y allá. Unos mostrábase escandalizados, otros hacian en reserva conjeturás sobre las causas de tan estraño acontecimiento; el bello sexo buscaba con avidéz los detalles de nuestras intrigas amorosas: los jóvenes me defendian. En cuanto á la mashorca, fiel á la consigna de su amo, afectaba indignacion y clamaba contra el escándalo. Esos miserables, complacientes para con los desbordamientos que enlodaban cada día el inmundo serrallo de Palermo, y para con las infamias que ciertas creaturas de Rosas estampaban en el seno de la mas distinguida sociedad; esos hipócritas de religion y buenas costumbres se atrevian á condenarnos !... .

Finalmente, Lázaro nós trajo copia do la filiacion impresa que acompañaba las órdenes de persecucion espedidas á todos los gobiernos de provincia. Era el mismo Rosas quien habia redactado y escrito ese documento.

Por nuestra parte habiamos tomado precauciones contra toda pesquisa. Un pasaporte proporcionado por Lázaro, proverbial al caso de que las autori-

dades nos hubiesen querido arrestar al desembarque, cosa que no era probable, desde que teníamos todo el aire de dos gauchos cumplidos.

Aquí está la villa del Paraná, cuyos albos edificios y lindo campanario se retratan en las orillas del río en medio de los álamos y aloes.

Desembarcamos en compañía de Lázaro, y recibimos hospitalidad en casa de uno de sus amigos. Convinimos en que yo me llamaria Trinidad; Uladi-lao tomó el nombre de Santiago.

El período de nuestra residencia en la ciudad del Paraná es uno de los mas deliciosos que conserva mi memoria. Fué allí que disfrutamos de nuestra luna de miel.

El amor, en medio de la algazara, del fastidio y la contrariedad de las ciudades, no está en su esfera. Es en el campo, en libertad absoluta y en la soledad que verdaderamente se saborea sus encantos. Trinidad y Santiago, de casa en casa y de paseo en paseo, hilaban días de oro y de seda. La existencia vagabunda y accidental del gaucho nos embriagaba con su fantástica poesía, La guitarra, el mate, el caballo, las comidas campestres, el grato reposo á la sombra de los ombúes, los baños frescos y amenizados con holgoríos, hacian de nuestros días un hechizo interminable.

Asi pasamos mes y medio; éramos jóvenes ambos, y ambos estábamos onamorados. La imprevisión y las ilusiones corrían delante de nuestros ojos un ve-
o bien hechor que ocultando á la vez las angustias del

pasado y los recelos del porvenir, concentraba en el momento presente el sentimiento de la vida.

Yo había llevado algún dinero que puse en manos de mi querido Santiago. Este, como todo joven, tenía siempre la mano en la faltriquera á fin de pagar los gastos de algunos regalos hechos ya á un amigo ya á un vecino. Es verdad que estos nos pagaban en la misma moneda; siempre que nuestro bolsillo se hallaba algo desprovisto. El desprendimiento caballeresco del habitante de nuestra campaña hace gustoso el bolsillo común. El que tiene paga por los que no, y tan contento queda el uno como los otros. Entre los defectos del hombre de nuestros campos—¿y cual es el pueblo que no los tiene?— jamás ha figurado á Dios gracias la avaricia.

Mientras duraron los fondos todo fué bien. Por fin mermaron estos, y nuestro presupuesto amenazó déficit. Fué nos, pues, necesario bajo el aguijón de las necesidades de la vida material,—esta intrusa fastidiosa que llega siempre tan fuera de tiempo á turbar nuestros placeres,—pensar en abandonar aquel risueño recinto, donde, como los discípulos de Jesús sobre el Tabor, hubiéramos querido clavar nuestras tiendas.

Habíamos sido ya demasiado tiempo locos: pensamos, pues, en lo sólido y positivo. ¿Adónde iríamos? ¿Cómo viviríamos? Tales fueron las preguntas que nos hicimos.

¿Adónde iríamos?..... A Goya.

¿De qué nos ocuparíamos?... De fundar una escuela.

Ante todo, era necesario pensar en los medios de garantizar nuestra seguridad individual mediante un incognito perfecto. Habíamos desempeñado á las mil maravillas el gaucho: Trinidad y Santiago se reunieron en consejo para deliberar sobre el disfraz mas conveniente que debian adoptar.

Un vestido modesto por mi parte y un traje decente y sencillo por la de mi esposo, nos metamorfosearon en un honrado casal, el señor y la señora Brandier, nombre que adoptamos y con el cual las autoridades de la ciudad del Paraná estendiéron nuestro pasaporte para la provincia de Corrientes. Yo era Valentina Sand, y mi marido, Maximo Brandier, comerciante de Jujuy.

Hémos, pues, bautizados, vestidos, anotados en registro y arreglados con la policía y con el mundo exterior. Desde entonces, libres de toda inquietud, nosotros no pensamos mas que en organizar ese mundo interno del amor, de la paz y del trabajo donde debia pasar en adelante nuestra modesta existencia.

Fué con estos proyectos graves y apacibles que pisamos en Goya. Sin perdida de tiempo, mi marido abrió una escuela, y Dios bendice ya sus primeros esfuerzos y nuestra buena intencion. Concurrió un número de niños suficiente para cubrir con largueza nuestro alquiler y alimento. El presupuesto de menage no tardó en guardar equilibrio y hasta en producirnos algunas economías. Acostumbrados á hábi-

tos regulares y sobrios, nosotros arreglamos nuestra vida como una ecuacion de álgebra.

De este modo prosperó nuestro establecimiento; de este modo vivimos felices é ignorados, y para cúmulo de dicha acabo de hacer un descubrimiento que llenándome de júbilo, me ofrece la perspectiva de un risueño porvenir... ¡ Estoy en cinta !





EL DIARIO.

Hasta aquí lo atrasado de mis memorias; en lo sucesivo escribiré día por día mis impresiones.

Mi posición actual es cómoda, no me quejo. Es una ley admirable de la providencia que los sacudimientos de las desgracias pasadas se conviertan en necesidad de reposo; necesidad deliciosa en cuya satisfacción se siente tanto placer. ; Con cuánta facilidad olvídase la desdicha, y con que ardor se espera la felicidad ! ... Olvido, esperanza : tales son los dos polos sobre los cuales hoy gravita mi feliz y apacible existencia.

He mostrado estas pájinas á Uladislaio y á Lázaro á medida que las estaba escribiendo; ambos han aprobado ese ejercicio intelectual, animándome á continuarlo. Pero ¿qué escribiré en adelante en medio de la serena uniformidad de los acontecimientos de mi vida?...

El dia de hoy aseméjase al de ayer: y sin embargo, yo no me fastidio. Es que he comprendido la vida en su sentido verdadero y fecundo. He dejado la quimérica y estéril escepcion por la escelente regla general. Soy, en fin, lo que todos.—No es por cierto para concebir platónicos amores que ha nacido la mujer sobre la tierra, sino para llenar en ella la parte que le corresponde de las obligaciones positivas que la naturaleza impone á todos y á cada uno. El peligro de esas afecciones poéticas y vehementes me ha sido ya demostrado.

¿En que han venido á parar mis juramentos y los de Uladislaio de respetar mutuamente la fidelidad á las castas é ideales aspiraciones del alma sin mezcla de pensamientos sensuales?... los acontecimientos —es cierto—nos han arrastrado; pero á falta de los acontecimientos, no nos hubiera arrastrado del mismo modo la pasion?...

Actualmente, sin embargo de la Irregularidad de nuestra posicion, nos hallamos á lo menos en la orbita de condiciones morales razonables y prácticas. La familia y el trabajo nos ofrecen un objeto de porvenir y actividad; y en esta vía trazada por la sagrada ley de la naturaleza, no hay riesgo de estraviar-

nos. Nos habíamos perdido en las altivas y solitarias esferas de las rejiones excepcionales. Nuestra debilidad y desaliento hanse cambiado en vigor y en esperanza, desde que hemos experimentado las emociones de la vida ordinaria.

Decididamente yo me he hecho casera; nuestras locuras de recién casados, nuestra poética vagancia en la ciudad del Paraná absorvieron nuestros recursos, de manera que todo lo que poseeremos en adelante será el fruto de nuestro trabajo. No me atrevo á pedir nada á mi familia, ni tengo el derecho de hacerlo despues de haberla abandonado. Yo sé que mi madre me enviaría de buen grado todo lo que pudiera; pero para esto seria necesario descubrir el secreto de nuestro retiro, y esto es muy delicado. Lázaro quiere hacer un viage á Buenos Aires, no para pedirle dinero, sinó lo que es mejor, para mantener entre nosotros una correspondencia que consuele su corazon maternal y le enjendre esperanzas para el porvenir.

Uladislao de dia en dia se vuelve menos triste, y empieza á cobrar mas ánimo. Yo bien comprendo cual debe ser su sufrimiento moral por haber dejado en Buenos Aires la reputacion de un raptor; ¿pero es acaso mi cumiliacion manos grande?... Es necesario no ser tan implacable para consigo mismo: la razon y la religion están de acuerdo para prohibirnos el desespero como una flaqueza.

Lázaro ha partido para Buenos Aires, como lo habia proyectado. Hasta su vuelta quedo solo con

la compañía de mi caro Uladislao. Este me ha proporcionado algunos buenos libros que recorro en los intervalos de mi trabajo cotidiano. El *Buen Hombre Ricardo* de Benjamin Franklin, me ofrece entre otros preciosas reglas de conducta para mi menaje: me voy volviendo sábia en materia de economía doméstica.

Los que piensan que el amor es incompatible con los cuidados y las ocupaciones ordinarias de la familia, no han experimentado jamás la felicidad que disfrutamos nosotros hallándonos reunidos en nuestras horas de descanso. El trabajo hace esas horas mas gratas; por la tarde, luego que Uladislao ha terminado sus clases y despedido sus educandos, nos dirigimos á uno de los agradables paseos de la costa del canal. Ayer tarde, por ejemplo, nos habíamos olvidado como dos enamorados bajo la copa de los árboles. El cielo estaba sereno; el perfume de las flores llegaba hasta nosotros, y las estrellas brillaban ya en el firmamento.

Oh! cuán preferible es esta serenidad de una hermosa noche en compañía de mi esposo, á la algazara importuna de la ciudad!

Otras veces me dirijo sola, por los floridos senderos, con un libro en la mano, pidiendo á la soledad de los bosques algunos instantes de dulce meditación.

Esta mañana hallábame sentada sobre el banco del canal en frente del rio; de repente pasó un barquichuelo delante de mí... un eclesiástico iba á su

bordo : miró hácia mí, y yo reconocí en él... Oh! es imposible !... Pero sí, era él!... era él!... Fatalidad!

(Aquí, necesario es, señores, nos dijo Torrecilla, interrumpiendo al lector, que os explique la causa de este asusto de la pobre Camila. El personaje que acababa de ver, y por quien desgraciadamente ella misma habia sido vista, era un tal Ganon, el mismo en que Uladislao habia sospechado por el autor del billete de Palermo, cuyas consecuencias se ligan á las espantosas peripecias que conoceis.)

Volvimos al manuscrito.

Mas tal vez no me ha reconocido..... Sin embargo, qué mirada la que me dirigió al pasar !... Dios mio ! protéjenos ! Nuestro asilo ha sido descubierto !... El hombre de Rosas me ha visto !

No me atrevo a advertir á Uladislao de este fatal encuentro; seria emponzoñar su dicha. Pero es necesario que lo haga : nuestra seguridad así lo exige.

Mi esposo, á quien he participado la funesta circunstancia cuya idea me abrumba desde esta mañana, se ha alarmado seriamente. ¿ Me habrá ó no reconocido Ganon ? Tal es la pregunta que nos hacemos. Por mi parte, le he distinguido perfectamente con su sombrero de alas anchas y embozado en su largo manto. ¿ Y él, me habrá visto por su turno ?

Mucho lo temo.

En esta incertidumbre, lo mas prudente es cambiar de domicilio.

Hemos ventilado de nuevo la cuestión de cambio de domicilio, y resuelto por fin permanecer en el mismo: primero, porque puede muy bien ser que el personaje que va á bordo del buque no sea Ganon; alguna semejanza unida á una impresion de terror muy natural en mí, pudo muy bien producir esa ilusión. Además, nuestro disfraz nos pone al abrigo de toda investigación, suponiendo que fuéramos denunciados. Nuestros papeles están en forma, y siete meses de residencia en Goya han establecido entre las autoridades y nosotros relaciones y simpatías que deben inspirarnos confianza. Por último, esperamos por momentos la vuelta de Lázaro, y entonces estaremos aun en tiempo de partir los tres reunidos, si así él nos lo aconseja, porque el buque en que he creído ver á Ganon no volverá tan pronto, y pasará algún tiempo—si realmente es él—antes que desembarque y pueda delatarnos á la autoridad.

Lázaro ha regresado ya de Buenos Aires conduciéndome una carta de mi madre. La alegría que experimento en recibir noticias de mi familia me hace olvidar la zozobra originada por el fatal encuentro. Lázaro, á quien se lo hemos comunicado, participa nuestro temor; pero hasta ahora nada, gracias á Dios, nos decide á activar nuestra partida.

He aquí la carta de mi madre:

‘Mi querida Camila: Quien bien ama, protege y no reprocha. ¿Y puedes tú dudar que yo te amo con todo mi corazón sin embargo de tu conducta, ó

antes por tu misma conducta, querida hija?.....Porque si has procedido mal, de qué sirven los reproches?

Tú amas, Camila, y esto es una semejanza mas que tienes con tu madre. Lo mismo que yo á tu padre, tú te consagras á tu esposo; tu carazon es amante como el mio. Presente del cielo cuyo enigma respecto, ¿ es esto un don que nos ha hecho su bondad, ó una prueba á que nos somete su sabiduría? . . . Yo bendigo y acato, pero no escudriño. Procede, hija mia! segun tu corazon y las inspiraciones del cielo ; yo tengo confianza en Dios y en los sentimientos delicados y distinguidos que ha puesto en el corazon de la hija de mis entrañas.

“No frecuentando á nadie despues de tu partida no te sabria decir lo que á tu respecto piensa el público. Por lo que hace á nuestros amigos, evitamos hablar de tí en su presencia, sobre todo en la de tu padre. Te participo con satisfaccion que su rigorismo va decayendo y reemplazándole la ternura paternal. El sentimiento del honor de su familia llevóle al principio á extremos que nos sumerjió á todos en la mas honda consternacion: pero tus hermanas y yo hemos abogado en tu favor de tal manera, que hemos concluido por hacerle abrigar mas indulgentes ideas.

“Ya lo ves , hija mia: solo depende de tí volver al seno de tu familia; no tengas la menor duda de ser recibida con los brazos abiertos. Sin embargo, la posicion del Sr. Gutierrez es de tal naturaleza, y tú misma estás en una situacion tan delicada, que no

me atrevo á aconsejarte nada á este respecto. Me limito á asegurarte que serás perfectamente recibida si fuera posible y conveniente regresar.

“Adios! cuidate mucho. Todavía no he dicho nada á tu padre respecto á tu maternidad; es un punto delicado que requiere preparacion; pero esperamos que será razonable en esto como en todo lo demas.

“Adios, Camila!

Posdata— Lázaro te entregará alguna ropa. Sin decir nada a tu padre, le he dado tambien 3,000 pesos para tí. Aunque tú y el me hayan asegurado que nada necesitas, esa pequeña cantidad te servirá de algo.”

Besé mil veces esta carta de mi madre y la guardo sobre mi corazon de donde jamás se apartará. ¡Ni un reproche!.....Y qué ternura....! Ni un reproche!..... Y qué cariño, qué amor! Cuánta solicitud en defenderme acerca del justo enojo de mi padre!.....

Mi madre ignora todavía los terribles acontecimientos de Palermo, y debe continuar ignorándolos en bien de su reposo.

En seguida de un sueño horrible que he tenido anoche decididamente vamos á mudarnos. Por condescendencia para conmigo mas bien que por aprehencion. Uladislao y Lázaro me han prometido ocuparse de nuestra partida. Mañana nos embarcamos para Montevideo. Desconfío no estar aqui en seguridad.



MARTIRIO.

¡Ya es tarde!

Oh! que mala inspiracion en aquel fatal aplazamiento hasta mañana! Me hallo en la cárcel de Goya, donde he sido conducida en compañía de Uladislao por órden de la autoridad de Corrientes, á quien Ganon nos ha denunciado. No me engañaba mi vision del buque y aquel sueño espantoso! Oh! como empieza á realizarse! pero no..... no..... lo demas no se puede!..... horror!!

¿Qué harán de nosotros? Estoy á la vez tranquila é inquieta. En vísperas de ser madre, estoy segura que no me matarán. Pero Uladislao?.... Yo

seré probablemente condenada á reclusion. Y él?.....

¡Adiós, felicidad! adiós, soñado porvenir de paz y de trabajo!

Nos hallamos en el Rosario adonde hemos llegado á bordo de un patacho que nos condujo en calidad de presos desde Goya.

¡Cuán triste ha sido nuestro viaje!

Estamos en San Nicolas de los Arroyos.

Misericordia divina!

Que noticia tan increíble! El jefe del destacamento ha participado á Lázaro nuestra sentencia. ¡Debemos morir, Uladislao y yo!

Morir! no, es imposible!... es una mera equivocacion, á no dudarlo, preciso es no pensar en ello! El cielo quiere que yo viva, puesto que voy á ser madre. Yo puedo sacrificar mi vida y hasta la de mi esposo; pero la de mi hijo, jamas.... Es la carne de mi carne y la sangre de mi sangre!..... Es un presente de Dios!..... Y jamas mis verdugos conseguirán arrancarme este fruto divino, esta alma próxima á nacer!..... No! yo sabré defenderle!

Lázaro persiste en creer que estamos condenados á muerte.

Ya lo absurdo toma los aires de una posibilidad.

Qué haré?

He tenido una idea feliz: recurrir á Manuela Rosas. Ella es muger, y me salvará; su padre no la negaria mi gracia. Si yo fuese una doncella, en

hora buena! pero soy madre! y no se puede asesinar una criatura en el seno de su madre.

El Juez de Paz del Rosario ha querido esperar aquí el resultado de este paso.

Lázaro está de vuelta; Manuela ha fracasado en su mediación: el monstruo le ha rehusado nuestra gracia.

Rosas, irritado por el retraso que han sufrido sus órdenes, ha dispuesto que seamos conducidos á Santos Lugares.

Muy bien, Herodes, muy bien! Eres el rey de los crímenes, y faltaba un florón á tu corona. Despues de haber asesinado ancianos, ministros del altar, mugeres y niños, faltábate matar a un inocente en el seno de su madre. Ahora tu gloria es completa y tu cuenta de crímenes en regla á los ojos de tu futuro juez.

Yo hubiera podido como tantas otras mujeres hacer del vicio pedestal á mi fortuna, y comprar a precio del deshonor grandezas y placeres; pero he preferido la gloria de la muerte á la ignominia de tus favores. Sí, Rosas! véngate y maldíceme!..... Yo bendigo tu maldicion!

¿A donde soy? En Santos Lugares.

Lázaro acaba de decirme que los soldados de la fanebre escolta están ya nombrados!.... El tiempo se cumple!.... Mi hora ha llegado!

Mi amigo añade, que habiendo los soldados tenido noticia del estado de embarazo en que me hallo, han exclamado que no me fusilarán.

Buenas gentes! Yo casi participo de su su-
guridad!

El comandante del destacamento ha ido á Pa-
lermo con el objeto de hacer saber al dictador el es-
tado de mi embarazo. Yo espero.

¡Salvad a mi hijo, Dios mio!

Todo se ha perdido, todo está consumado!
El hombre de Palermo es implacable.

Dentro de una hora habré dejado de pertenecer
á este mundo: mi Uladislaó será conmigo ejecu-
tado.

¡Y mi hijo, mi pobre hijo!

El tiempo vuela y los minutos son preciosos.
Voy á escribir á mi madre, y esto será mi ruego y mi
purificación:

“¿Te acuerdas, querida madre, de mi ramo de
violetas y de mi pobre tortolita herida en el jardín
por el fuego del cielo, en los días de mi infancia?
¿Te acuerdas de las melancólicas palabras que el
Oriental pronunció entonces? “Flor de la tierra
me dijo, tú serás fulminada como esa tórtola! El
fuego del cielo te ha perdonado, pero el rayo de los
hombres es cruel y desapiadado!”

“Ha llegado la hora de cumplirse esta pre-
diccion.

“Se me ha notificado mi sentencia voy á
morir! Yo quisiera ocultarte esta noticia que
será horrible para tí; pero es mejor que la sepas de
mi propia boca que por conducto de la voz pública.
La mortal angustia que te causará es mi mayor, es

mi único tormento; porque gracias á Dios he hallado en mis principios religiosos la fuerza bastante para resignarme con entereza á la suerte que me agnarda.

“¡Cuánto te agradezco la cristiana educacion que me supiste dar desde mi mas tierna infancia!... Tú me diste el soplo de vida, tu guiaste mis primeros pasos y me rodeaste de una ternura infatigable y vigilante; y lo que es aun mejor, dotaste mi alma de sentimientos religiosos y elevados pensamientos. Es hoy, es en este momento que comprendo todo el precio de tus beneficios. ¡Pueda la vida que los malvados van á arrancarme ser aceptada por el Criador en recompensa de sus beneficios y de los tuyos, y cada gota de mi sangre convertirse en bendiciones para toda la familia!

“Yo sucumbo víctima de mi fidelidad á un amor mas fuerte que mi razon : amor caro y fatal, que irá conmigo hasta la tumba, que vivirá en mi polvo y én mis huesos, ó mas bien, q' seguirá mi alma regenerada al seno de esa otra vida que es mi sólida fé, que es mi esperanza!

“Oh ! cuanta razon tenias en prevenirme contra la vehemencia de mi sensibilidad !..... Ah ! tus lecciones de nada me sirvieron !..... No me lamente, y piensa que desde el mundo mejor que ya me reclama, seré incapaz de gustar el menor goce, el minimo consuelo, el mas breve reposo, si veo que yaces por mi en el tormento de la afliccion. Esta idea des-

soladora amarga á pesar mio la santa resignacion de que me hallo poseida.

“Te suplico que digas a mi escelente padre y a mis hermanas queridas que mi último recuerdo será para ellas, como un testimonio de gratitud por el cariño que siempre me han tenido. Recomiéndales lo que mas arriba te suplico: que no se afijan con mi suerte, y antes por lo contrario que se alegren si es posible, puesto que abandono las miserias de esta tierra por una vida mil veces mas tranquila y mas dichosa.

“Yo habia nacido, me parece, para las dulces faenas de la vida en familia; creo que hubiera sido una escelente madre.

“La Providencia que todo lo dispone para nuestra felicidad, no ha querido que así sea. Yo bendigo y acato sus decretos.

“Pero no es Dios quien me arranca el fruto de mis entrañas: son los hombres, es él, el infame ! pero no ! no es posible que asesinen á mi hijo! . . . Y sin embargo, este imposible se realizará ! . . . Rechazemos esta idea, porque sería capaz de hacerme impía, y quiero ser digna de tí, madre adorada !

“Adios, adios ! Hasta el cielo !

“*Camila.*”

Luego que hebe terminado esta carta, en que intencionalmente evité nombrar á Rosas y suspender el velo de Palermo, yo me sentí transportada á la ilusion de una entrevista con mi madre; parecióme

que confundíamos nuestras lágrimas y abrazos; en seguida, merced á una segunda ilusion, creí leer su respuesta á mi carta: yo misma la escribía sin percibirme de ello. Por un fenómeno extraño, mi pluma corría maquinalmente sobre el papel.

Hé aquí la respuesta que yo misma me escribí en un acento de fiebre:

“Mi idolatrada Camila: Yo todo lo sabia. No es ciertamente tu amor quien te asesina, sino Rosas. El bárbaro que inmoló á mi hija, á tu esposo, á tu criatura, responderá un dia de este tríplice asesinato delante de los hombres y del Altísimo.

“¿Qué es lo que ha hecho mi hija para que se la sacrifique como un criminal? ¿Qué asesinato, qué robo, qué delito ha cometido ese ángel?—Amó: hé aquí porque la fusilan!

“Tu padre, desesperado por el primer momento de fanatismo que le exaltó contra tí y furioso por el abuso que el monstruo ha hecho de su error, clamaba por venganza. Yo le he contenido; porque hay crímenes que no deben tocar los hombres para castigarlos ni aun para maldecirlos. Solamente Dios puede vengarlos dignamente.

“Estoy satisfecha de tí y orgullosa con tus sentimientos cristianos: trataré de resignarme, ó antes, estoy ya resignada con tu suerte. No, Camila!..... no sufro, no te lloro!....te admiro, y te admiraré mientras Dios quiera que viva.

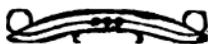
“Enorgullecete de tu amor, porque es noble y puro: yo tambien me enorgullezco! Tú hubieras

podido como tantas otras ocultar las debilidades del corazon bajo las apariencias de la virtud; pero has preferido tener la conciencia de la virtud bajo la esterioridad de una mala conducta: al vicio tranquilo, la tempestad de un amor generoso. Has rechazado semejante infamia, porque jamás has conocido esa hipocresía tan cómoda y comun que la opinion deja impugne.—Uladislao es digno de tí!... Bien pueden zaherirlo..... yo le levanto y lo abrazó en presencia de todos como á mi hijo!

“Te admiro sobre todo en tus sentimientos de madre: el grito de indignacion que, contra tu verdugo, te arranca el fruto que palpita en tus entrañas, es un preludio sublime de las funciones maternas. En realidad, vas á morir con gloria!

“Tus hermanas te envían un vestido de muselina blanca hecho por ellas espresamente para tí: le han terminado anoche, pasando en vela con ese objeto; las pobres neccsitan ya rëposo. Lelia me alarma con su vïsta: las lágrimas y las vigiliãs le han ocasionado una grave oftalmia.—Tambien te envian un cinturõn azul celeste. Creo que este traje te agrada-rá, y que serás con él una bellísima mártir.

“Adios, ángel querido! adios hija mia! adios, jóven madre!... Oh! cuán desgraciada serías si tú no fueras tan grande!”



VENGAN FLORES! 6 ANGELES!

Acabo de pasar por una ceremonia religiosa que no pertenece al cielo ni á la tierra, sinó al infierno.

Un sacerdote acompañado por dos hombres, uno de los cuales traía un cirio en la mano y el otro una calderilla, entró en mi calabozo; leyó algunas oraciones en latin, y en seguida, habiéndome puesto uno de los hombres un embudo en la boca, echó en él y me hizo beber agua bendita. ¡Ero el bautismo de mi hijo!

No se limita á esto la precaucion del monstruo: conforme supo proveer al bautizo de la criatura, proveyó al entierro de los suplicados. Desde la reja de mi calabozo he visto las dos cajas mortuorias què él mismo ha enviado para encerrar los tres cadáveres! Malvado precavido!..... Tirano previsor!.....

Lázaro acaba de entrar. No me queda mas que el tiempo necesario para entregarle este manuscrito, destinado á vengarme un dia y á castigar á mi asesino. Hecho esto, yo suplico al Todo misericordioso que nos reciba en su seno paternal. ¡Que aparezca la escolta cuando quiera: estoy dispuesta!”

Aquí concluyó nuestra lēctura,

Lázaro Torrecilla tomó entōnces la palabra y terminó verbalmente la narracion del sangriento desenlace.

Un cuarto de hora despues de mi entrevista con Camila, entrevista en que ambos confundimos nuestras lágrimas y abrazos, ella salia del calabozo con los ojos vendados: Gutierrez iba á su lado.

El porte de ella era firme y altanero; toda su persona respiraba serenidad é intrepidez.

Al verla, los soldados murmuraron:

—Está en cinta!..... no la queremos fusilar!

Habia sido nombrado un piquete para la ejecucion. Habiéndose negado los soldados obstinadamente, era este un segundo peloton. Estos infelices marcharon consternados bajo el ojo inquisitorial de

sus gefes: muchos de ellos parecían en des-
vario.

Camila, vestida de blanco, marchaba con deci-
sion: la prominencia de su vientre daba á su paso esa
blanda y armoniosa cadencia peculiar de las mugeres
en cinta. A dos pasos de la muerte, cargaba aun
con magestad el peso de la vida! A medida que se
aproximaba al lugar del suplicio, su planta parecia
mas agil, lo mismo que un cuerpo leve que sube rá-
pidamente hácia el cielo.

Gutierrez, con un levita negro abotonado, mar-
chaba a su derecha.

Hicieron alto.

Los tambores redoblaron.

Yo me hallaba con otros asistentes a algunos
pasos de distancia. La mañana estaba nublada y
triste: la melancolia en la naturaleza, como el horror
en todos los corazones.

—¿Estás ahí? preguntó Gutierrez con voz dulce.
¿Eres tú alma mia?

—Sí, soy yo, respondió Camila con ternura y
serenidad; soy yo, tu Camila. Vamos á morir ino-
centes y purificados; nuestro hijo nos seguirá a la
gloria, porque ya ha sido bautizado. ¡Animo, Gu-
tierrez!

Y alzando entonces la voz, prosiguió:

—Adios, esposo mio!..... Adios, hijo mio,
adios!..... Vuela, hácia el trono del Eterno á obte-
ner el perdon de tu madre y el castigo de tu verdu-
go!..... Rosas: acuérdate que un dia esta criatura

que bárbaramente inmolas, será causa de tu eterna condenacion. Tú vagarás errante y proscrito por todos los ángulos de la tierra; tu exilio será deshonorado, tu nombre maldecido, y morirás por fin envilecido y detestado!..... Y hasta el día de tu muerte, y aun mas allá, una voz aterradora gritará siempre a tu oído: Infanticida impio, Cain, Cain!..... ¿que has hecho de ese niño?.....

Los soldados estaban transidos de horror; el enternecimiento iba ganando á algunos gefes: muchos lloraban. Un reducido sitio debia ser el teatro de la ejecucion; hácia adelante, veianse dos ombues cuyas hojas acababan de brotar: dos cajas mortuorias habábanse a algunos pasos de distancia dispuestas a ecibir ámbos cadáveres. Próxima a llegar, Camila tropezó en una de ellas como un bajel en un escollo.

La voz del Comandante dijo entonces:

—¡Preparen!

El sol vertió de entre las nubes algunos rayos rientes, como si el cielo hubiera querido consolar aquellos mártires en sus postreros momentos, y llamar a sí sus almas.

—¡Apunten!..... ¡fuego!..... exclamó el comandante.

Nadie fué herido. Camila, firme y serena, tenia ambas manos cruzadas sobre su vientre, como queriendo así impedir que las balas tocaran a su hijo.

Era un momento solemne.

Tres soldados se desmayaron: sacaronlos al instante de aquel sitio. Algunos otros volvían el rostro conmovidos. Uno de ellos, herido de enagenacion mental, salió de las filas dando gritos.

—¡Apunten!..... ¡fuego!..... gritó por segunda vez la voz del comandante.

La detonacion partió de nuevo.

Camila y Uladislao estaban heridos.

Una angustia mezclada de pavor cogió á la escolta y á los circunstantes. Gutiérrez con la cabeza ensangrentada, hizo algunas convulsiones. Camila revolcábase en su propia sangre, que enrojecia su raje blanco.

Una tercera descarga puso término á esta doble agonía. Entonces la inmovilidad reinó sobre los cadáveres, y el silencio en esta escena pavorosa.

Eran las diez de la mañana.

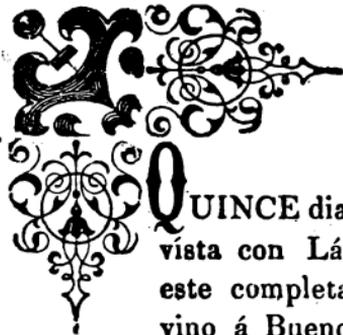
Subian al cielo las almas de tres mártires.

Dos esbirros llevaron del banquillo los cadáveres y los depositaron en las cajas.

Yo me retiré de aquel sitio funesto despues de haber conseguido cortar de la cabeza de Camila esa trensa de cabello, preciosa reliquia que os pertenecé señores, lo mismo que el manuscrito de la Santa.



EPILOGO.



QUINCE dias despues de nuestra entrevista con Lázaro Torrecilla, hallándose este completamente sano de su herida vino á Buenos Aires á proponernos un paseo á Santos Lugares.

Era una risueña mañana del otoño. Galopamos algunas horas y llegamos por fin al teatro de tantos crímenes, y del mas horrible de todos: el sacrilego

asesinato de un padre, una madre y un inocente á la vez... ¡ de una familia entera !...

Nada mas lúgubre en verdad, que el aspecto que hoy ofrece aquel sitio maldito. Algunas paredes de ladrillos se ven aquí y allí, determinando habitaciones en escombros y cubiertas de yerbas, de donde salen frecuentemente bandadas de lechuzas, cuyo graznido melancólico semeja el ¡ ay ! de las víctimas sepultadas en aquel triste cementerio.

Una de esas habitaciones, en mejor estado que las otras, hallábase el término de una calle de ombúes; la desnudez del ladrillo de esa casa habia adquirido una alegre mano de blanqueo.—Al llegar á ella, Lázaro apeóse y nos dijo :

—Entrad... es la morada de un amigo.

Un buen paisano vino luego á obsequiarnos con el mate. En seguida, fuimos á pasearnos á un jardín cuidadosamente cercado por una pared de ladrillo.

—Vuestra hospitalidad es excelente, dijimos á nuestro huésped, mas, perdonad nuestra impaciencia... quisiéramos ver el sitio donde fué fusilada la infeliz Camila O'Gorman.

—Os hallais en él precisamente, señores.

Nos estremecimos al oír estas palabras.

—El sitio que pisais, continuó el paisano, es el mismo donde cayó esa víctima de Rosas al lado de su amante. Despues de la batalla de Caseros, derrocado el tirano, compramos, de acuerdo con Torrecilla, este pedazo de tierra á jamás santificado con la sangre de una muger cuyas virtudes ambos cono-

ciamos. Yo era muy pobre para alzarle en este sitio un mausoleo; pero en cambio cultivo en él rosas, jazmines, y sobre todo, violetas, que tanto le agradaban. ¿Y que sepulcro valdria lo que estas flores de la tierra,—hermanas de esa del cielo,—cuyo brillo nos recuerda su hermosura y cuyo aroma nos conduce la memoria de sus virtudes?



INDICE.



I.	Hechos.....	5
II.	Refutacion.....	19
III.	Nuevas luces.....	15
IV.	Contraste.....	13
V.	Conclusion.....	23
VI.	Correspondencias.....	26
VII.	Otra.....	29
VIII.	Ahora.....	33
IX.	Problema moral.....	36
X.	Mis conjeturas.....	40
XI.	El manuscrito de Camila.....	44
XII.	Goya.....	51
XIII.	A caballo ¡ niños!.....	55
XIV.	Flor de amistad.....	60

XV.	Muerte de Ziuzi.....	66
XVI.	Uladiala o.....	71
XVII.	Flor de amor.....	77
XVIII.	Teoría y aplicaciones.....	84
XIX.	Amor musical.....	88
XX.	Coquetería intelectual.....	67
XXI.	Billete rosado.....	103
XXII.	Palermo.....	105
XXIII.	Primeras hostilidades.....	117
XXIV.	La gran maniobra.....	121
XXV.	Federacion.....	128
XXVI.	Manuelita.....	184
XXVII.	Juego viejo.....	140
XXVIII.	Al congreso.....	147
XXIX.	Guerra y triunfo.....	159
XXY.	Consecuencias.....	171
XXXI.	Consultacion.....	178
XXXII.	¡Libertad!.....	188
XXXIII.	El diario.....	192
XXXIV.	El martirio.....	203
XXXV.	Vengan flores ¡ó ángeles!.....	211
	Epilogo.....	217





Capricho retrospectivo.

I.

No sé en verdad si la opinion vertida por Alfonso de Lamartine que la humanidad no progresa ni retrocede, pero sí está girando eternamente en el mismo circulo de pasiones, de sentimientos, de obras buenas y de maldades, á la manera de los navegantes que se hacen ilusion á sí mismos creyendo marchar adelante mientras dan simplemente la vuelta á la corona del globo, no sé si esta opinion será fundada ó errónea; á lo menos la historia de los siglos pasados, comparada con ciertos hechos contemporáneos, propende á pensarlo así. El asesinato de Camila O'Gorman, crimen improbable que se diria sacado de los tiempos fabulosos, pertenece al siglo décimo-nono; Rosas no es un tipo ofrecido por los anales tenebrosos de la barbarie primitiva, no; ha vivido entre nosotros el monstruo, y por mas fantásticos é increíbles que parezcan sus actos, y entre estos el de haber devorado con los dientes de acero y de plomo de doce escopetas de salvages á la jóven infeliz sacrificada á su sombría ferocidad, forzosamente tenemos que consignarlo como hecho de la edad presente. En materia de tiranías y de tiranos, nada hay de nuevo bajo el sol.

¿Qué historia ó qué novela puede sobrepugnar, por el colorido y la emocion, el sacudimiento de la palpitante realidad de Santos Lugares?

Hojéanse los archivos de la maldad humana; remuévanse las cenizas de los hogares, el polvo de los calabozos ó la tierra de las sepulturas, y díganos los fantasmas evocados de sus mansiones misteriosas de noche y de sangre si no ven en el drama del 18 de Agosto de 1848 una hermandad característica con los suyos propios.

Aquí está el cuadro pintado por el artista Desmadryl; diríase algun episodio de los Incas ó una funcion de los idolos mejicanos, y sin embargo, la cosa ha sucedido hace nueve años no mas.

En el fondo, el banquillo; á derecha y á izquierda la escolta con carabinas cargadas; en medio las dos víctimas.

Camila, vestida de blanco, vá en una silla, llevada sobre los hombros vigorosos de cuatro indios desnudos, cubiertos por el medio del cuerpo de árapos de cuero. La jóven madre tiene en la mano un crucifijo; diríase el cetro de una reina magestuosa paseada en triunfo sobre el escudo de sus guerreros. Parece, con sus ojos vendados, el enigma viviente propuesto al terror, á la sorpresa ó á la indignacion de los hombres que la rodean, y cuyas fisonomias profundamente marcadas al tipo del soldado Argentino del tiempo de Rosas, espresan esta variedad fuerte de impresiones entre la conmiseracion y el espanto.

Rostros y trages, todo en esta escena grandiosa refleja la sombría magnitud del apoteosis; cuanto mas infernal y horrible es el pedestal, tanto mas gloriosa y radiante levántase la heroina marchando al suplicio.

El cuadro ha sido pintado conforme á la relacion de un testigo ocular.

II.

El humo de la locomotora del ferro-carril del Oeste, signo de la regeneracion espléndida de Buenos Aires, ya impelido del lado de Santos Lugares, se ha ido á perfumar cual aroma purificador el sitio que fué la tumba de Camila. Entre las dos épocas han pasado siglos y siglos.

La abolicion de la pena de muerte en favor de la muger rescata gloriosa y santamente en el año 57 el holocausto impio y salvage del año 48.

Este libro viene pues como un consuelo, una esperanza y un aliento, mostrando el camino que se ha hecho desde ayer hasta hoy.

Hubiera deseado, al trazar ese poema del corazon, ofrecerlo á mis amabilisimas lectoras mas completo en sus varias partes. Desgraciadamente el númen que se dignó inspirármelo olvidó una porcion de confidencias. Faltaban hojas en las Memorias novelezcas de la pobre Camila. Ya rotos, ya ilegibles, algunos capítulos ofrecian soluciones de continuidad que he tratado remediar sin embargo.

Asi es que en la época, en que mediante la influencia del cura Gutierrez, la jóven señorita fué colocada en la casa de huérfanas en calidad de monitora, las relaciones entre ambos amantes tuvieron un periodo de melancolia cuyo efecto fué una enfermedad bastante grave, durante la cual el eclesiástico iba con frecuencia á ver á su adorada. Despues de su restablecimiento, y habiendo sido descubiertos algunos indicios de amor por la madre y el padre de Camila, el Sr. Adolfo O'Gorman suplicó á Uladislao suprimiera sus visitas, no viéndose mas los enamorados que

en la Iglesia del Socorro, y solamente de veces en cuando.

En la misma época dichas relaciones, todavía inocentes por otra parte, conocieron la prueba punzante de los celos.

“Entre las miserables pasiones de la humanidad, dice el manuscrito, hay una que labra el corazón como una araña, serpeante por sus fibras y dejando en pos de sí no sé que impresión venenosa de repugnancia y malestar, mas insoportable que el dolor mismo. Esa pasión, que puebla nuestra imaginación de fantasmas ya horribles, ya risueños, llevó una nube más en el cielo de nuestro paraíso interior.

“Uladişlao era celoso, y ¿de quien? de mi bueno, de mi caballeresco, de mi noble amigo Lázaro.

“Debemos dolernos de los que envidian, y debemos compasión también á los que tienen celos; porque la envidia es la miseria por excelencia, así como los celos son la desgracia suprema. La quimera, el embuste, la ilusión son el séquito ordinario de aquel vicio,—monstruo que se alimenta con vanas apariencias.

“Hay con todo, en ciertas circunstancias críticas de la vida moral, y en medio de los tormentos mas acerbos del sufrimiento, un resorte secreto que Dios ha puesto en el fondo de nuestro corazón y que hace que el alma, replegándose rápidamente sobre sí misma, domine, aunque solo sea por breves instantes, sus propias tempestades. Este sentimiento que surge espontáneamente en las grandes aficciones, es la duda,—la duda! bálsamo precioso que cicatriza por momentos nuestras mas hondas heridas.

“Vino un momento en que dudaba Uladişlao. Ya está salvado el enfermo, me dije á mi mismo, y aprovechando la primera oportunidad, preparé una entrevista de

mi amante con Lázaro.

“Los tres nos encontramos en el jardín. Arrastrando dulcemente á Uladislao hácia su rival supuesto, cogi silenciosamente un ramito de violetas que coloqué en mi seno. Este recuerdo de la laguna, evocando las mas fraternales reminiscencias de nuestra infancia, preparó la esplicacion que yo queria. Lázaro comprendió que teniamos algo que decirle. Nos sentamos al pié de un naranjo, sobre un banco cubierto de guirnaldas de flores y verdura. Allí, despues de un largo silencio, vencido por el torrente de sus sentimientos interiores, Gutierrez se echó en sus brazos con las palabras entre-cortadas de: hermano! hermano!

“Los dos amigos quedaron reconciliados.

III.

El dia siguiente Camila escribia á su querido.

“Amado mio, hay en mi vida nueva un episodio que atravesará frecuentemente mi pensamiento, dejando en ella cada vez un rastro de luz. Esa senda florida de la ilusion, ese sueño dorado de la juventud, esa conquista del placer íntimo y posesion de la felicidad, ese eden de frutos esquisitos y no vedados.... ¿será preciso que lo nombre, querido Uladislao?... Es vuestro amor, reconquistado por mí desde ayer.

“Yo soy dichosa, y dichosa por vos, que Dios bendiga! ¡Cuantos proyectos, cuantos hermosos planes de porvenir acarician mi imaginacion!... Dejarme deciros primeramente mis ensueños de amante; el capitulo de las decepciones llegará siempre asaz temprano.

“Desde que tuve la felicidad de conoceros, yo me siento trasformada, regenerada, transfigurada. Mi espíritu siéntese capaz de las mas raras resoluciones, como mi corazon de las mas embriagadoras esperanzas. Sois eclesiástico, que importa? Yo ya no pienso en este obstáculo, ó si pienso es para negarle. Lejos de disminuir mi confianza á este respecto, mis sentimientos religiosos no hacen mas que fortificarla. Yo he leído en la historia eclesiástica que habeis tenido la bondad de prestarme, que antiguamente, en la iglesia primitiva, la condicion de sacerdote no era un obstáculo para las dulzuras de la vida conyugal. Hoy mismo, en ciertos puntos del orbe cotólico, el papa permite el matrimonio, particularmente á los padres de la iglesia de Oriente ¿Por que, pues, no ha de llegar el momento en que sea permitido á todos los miembros de la gran familia de los ministros del altar?

“Mientras tanto, vos respetais el voto que os encadena; y yo tambien lo respeto en la humildad de una santa y casta resignacion. Nuestro amor—yo asi lo creo—no puede ofeuder á Dios mientras se mantenga puro y sin reproche. Yo os amo sobre todo porque sois virtuoso, y porque en las funciones augustas y delicadas de confesor que llenais para con vuestra cara penitente, nada se os escapa que pueda comprometer la magestad de nuestros divinos secretos; lo mismo que á mi nada que me haga descender del carácter inocente de esa sublime intimidad.

“Sois jóven: teneis mi edad, mis gustos, mis ideas, mis principios; y esto me basta. ¿Que son las delicias de los sentidos al lado de esta fraternidad de ideas, de sentimientos, de toda la vida maral, en suma? y que pueden añadir goces culpables á esta union de nuestros corazones, vírgenes de remordimiento....

“Ya sabeis que Lázaro está en nuestro secreto; estad segura que no lo traicionará jamás porque es un amigo leal, incapaz de una bajeza, y su natural circunspeccion lo garantizará de la menor imprudencia. Pero mi madre ignora aun nuestro amor, y este es mi mayor pesar. Mi padre tampoco sabe nada: su rigorismo no perdonaría jamás tal atentado contra mi reputacion, cuando no contra mi dicha.

“Desde hace algunos dias particularmente yo siento la necesidad de comunicacion, y estoy mal mi grado expansiva, porque rebozo en contento. La risa, que como vos sabeis, me es muy poco habitual, ó característica, irradia ahora en mi semblante con el menor motivo, y el júbilo gorgea en mi garganta.

“Ya veis que soy feliz, amado mio; sin embargo mi vida va á sufrir una ligera modificacion. Vamos á separarnos por algun tiempo: yo parto mañana para Montevideo en compañía de Lázaro y de mi padre. Se me ha dicho que este viage es motivado por el estado de los negocios de la casa, pero yo supongo que la posicion política de Lázaro no está absolutamente agena á esta especie de destierro y que mi amigo no ha querido hacerme saber el verdadero motivo de su partida, temiendo tal vez entristecerme.

“De cualquier modo, ¡adios, amigo mio! Creed que á la distancia como á vuestro lado mi pensamiento os pertenece.

“He recibido vuestras lindas chinelas bordadas de verde y oro. Os agradezco este presente. Mi pie no es tan pequeño para este calzado, como parece que lo temiais; por lo contrario, me vá perfectamente. ¡Qué lástima que no pueda lucirlo en Buenos Aires! Lo llevo á Montevideo; pisaré con él la tierra estrangera, y en mis paseos por el jardin de mi tio, en cuya casa presumo que hallaremos alojamiento, esos bonitos zapatos me harán acordar de vos.”

Contestacion:—

“Querida Camila, vais á partir para llenar obligaciones de familia y de amistad. Noseré ciertamente yo quien os haga desistir de tan piadoso designio. El deber, tal debe ser siempre la norma de nuestros actos.

“Por lo demas, y bajo otro punto de vista, lejos de contristarme esta noticia, me interesa, y casi me felicito de tenerla. Bueno es que una jóven conozca el mundo: la educacion se compone principalmente de viages. Con vuestro espíritu delicado y observador, sabreis utilizar esa pequeña escursion à un pais vecino. La interesante sociedad oriental, puede ofreceros á la vez una distraccion y un motivo de estudios.

“En cuanto á mí, yo me resignaré á esta ausencia, que será corta segun creo, y trataré de engañar las horas de mi soledad con el recuerdo de los momentos deliciosos que juntos hemos pasado.

“Uno de mis pasatiempos favoritos será releer vuestras cartas, la última sobre todo.

“No participo ciertamente de todas vuestras ideas respecto al matrimonio posible de los sacerdotes. Yo sé que el celibato eclesiástico es un punto de disciplina que no está en relacion con el espíritu de las leyes morales. Sé tambien que en ciertos paises católicos los sacerdotes se casan, y es posible—como decis muy bien—que llegará un dia en que los pastores de la iglesia serán llamados al banquete de los goces naturales, como los demas hombres. Y sin embargo, á esta idea, querida mia, yo experimento no sé que repugnancia. ¿Será una preocupacion de mi parte?... una exageracion del seniimiento del deber?... ó acaso una inspiracion del orgullo?... Tal vez!... Mas quiera Dios que jamàs nos entregaremos á la ilusion de esa esperanza!... Perdonad mi franqueza; pero creo que aun cuando fuese permitido el matrimonio eclesiás-

tico, yo rehusaría aprovechar la ventura y el honor de este permiso.

“¿Y sabéis, mi Camila, ahora que bien lo reflexiono, de donde me viene esta estrañeza moral por la eventualidad á que haceis ilusion en vuestra carta? Del ardiente respeto que me anima hácia vos. Yo os venero, y este sentimiento de veneracion compone todo mi amor, os lo juro! Este respeto apasionado por vuestra persona y sus encantos, llega á tal grado, que la sola idea de relaciones íntimas entre nosotros me repugna tanto como un incesto.

“Si el matrimonio de los sacerdotes estuviera autorizado, yo podria tal vez casarme con cualquiera otra muger; pero con vos, jamás me atreveria.

“Cuando me siento desfallecer, querida mia, cuando me siento turbado y asaltado en mi aislamiento por alguna de esas pruebas á que está sujeta la frágil humanidad y que el egercicio de las delicadas funciones de nuestro ministerio hace ocasionalmente surgir en el corazon y en los sentidos de un sacerdote, en esos momentos de debilidad tan humillantes para nuestro orgullo, yo no tengo mas que evocar vuestra imàgen; y al instante experimento una calma interior. una serenidad indecible. Solo y sin vinculos, el hombre es un débil arbolillo, juguete del huracan de las pasiones. Adherido al suelo por vigorosas raices, elévase en toda su fuerza, mécese como el cedro magestuoso en el espacio, y enhiesta su cabeza hácia los cielos. Angel de la tierra, háse arraigado en vos mi ternura, y me habeis dado fortaleza.

“Lo que aqui os digo, Camila, no es una lisonja ni una galanteria: es el homenaje de mi reconocimiento por el poderoso ascendiente que egerceis sobre mi. Vos sois mi buen angel; y si á los ángeles se adora-se, yo podria deciros—no segun la fraseología banal y galante, sino en la grave realidad de la espresion:—

Camila, yo os adoro!

“No pudiendo pronunciar esta palabra divina destinada solo a Dios, busco una equivalente, y es con todo el entusiasmo de mi alma que os digo:—Camila, yo os admiro!

“Os admiro por la influencia angelical que se desprende de vos; por eso no sé qué de generoso y vivificante que exhala vuestra celeste persona; por esa emanación magnética en cuya definición me sentiría embarazado, pero que siento y saboreo, que me envuelve en su atmósfera embalsamada, que se mezcla con mi aliento y circula con mi sangre. Vos siempre! vos donde quiera! Vos cerca y à la distancia! Hé aqui el pensamiento que me ilumina y me solaza. Ya no estaré solo en adelante: somos dos.

“Adios pues, mi ángel! vos à quien amo! vos mi dulce y eterno pensamiento! vos, caro secreto de mi amor, secreto que Dios bendice, y cuya sublime suavidad él solo conoce.”

IV.

Yo viví entre proscriptos, escribía Camila à propósito de su viage en Montevideo, y tomé parte en sus conversaciones austeras é instructivas. Allí, en la escuela de la adversidad tuvo lugar mi segunda educación; simpaticé luego con esos nobles americanos cuyas sólidas virtudes me llenaban de entusiasmo. Ordinariamente nos hallábamos reunidos por la noche, evocando nuestros recuerdos, nuestras esperanzas, nuestras tristezas y alegrías, y buscando en una santa conspiración los medios de salvar la patria de los monstruos que la oprimían.

Esta vida familiar con hermanos de destierro ha-

bia desarrollado singularmente en mi el sentimiento religioso. Hasta entonces yo solo habia tenido el instinto de los cosas divinas: empecé á tener la práctica. Mi piedad hizose fervorosa y fecunda: me apasioné por las obras caritativas.

Yo no puedo impedir un amargo recuerdo sobre la fatalidad de mis desgracias ulteriores, cada vez que me trasporto à aquel período tan dulce de mi vida. Lágrimas abrasadoras me suben á las pupilas recordando aquellos dias de paz y de trabajo, los mas serenos, deliciosos y puros que he saboreado sobre la tierra! Cuán lejos estaba, en el seno de aquel oásis de inocencia, de pensar que tan corto espacio me separaba de la entrada en el desierto abrazador del infortunio! Oh! si mis memorias terminaran en aquella página bendita; si menos inexorable, mi estrella me hubiera impedido por jamás el regreso à Buenos Aires, con cuanto placer mi pluma prolongaria esta conversacion conmigo misma sobre aquellos primeros frutos de virtud y de piedad, vida laboriosa cuya única é inocente distraccion era mi correspondencia con mi caro Uladislao y con mi madre!

Bajo el techo hospitalario de mi tío, yo dividia mi tiempo en dos partes: una para Dios, la otra para los proscriptos.

Mi pequeño aposento daba hacia un antiguo jardin donde vagaban mil aves gallináceas. Algunas higueras, donde anidaban cantores pajarillos, alegraban con su follage aquel rincon de tierra abandonado al caballo de mi tío, que pacia en él libremente. Tenia conmigo una tortolita que habia conseguido domesticar y que jamás me abandonaba. Mas dichosa que la que tuve en Buenos Aires, las tempestades pasaban por su cabeza sin herirla de muerte.

Durante el dia, tocaba el piano, hacia mis visitas y trabajaba en el bordado. Por la noche, nos reunia-

mos, conversábamos y leíamos. Nuestras costumbres, templadas por el fuego de la reflexion y el sufrimiento, habian tomado algo de la austeridad nórte-americana. Despues del té, permaneciamos algunas veces un cuarto de hora sin pronunciar una palabra. Pensativos y en recojimiento, pareciamos un círculo pitagórico ó de trapistas: cada uno meditaba por su parte. Sin embargo, sobreponiéndose á todo, el carácter argentino traia de nuevo la amenidad con las palabras, y entonces eran las risas y una charla de nunca acabar.

Cuando nos retirábamos á la hora de acostarse, mi padre, Lázaro y yo haciamos un corto rezo; besábanme ámbos en la frente, mi padre me bendecia, y yo me iba á dormir el sueño de los ángeles.

Madrugadora, me levantaba al canto del gallo mezclando mis gorjeos con los trinos de las aves del jardin: estaba alegre y activa desde temprano. Despues de haber reparado si todo estaba en órden en la casa, me dirijia á la Matriz, donde un venerable sacerdote decia la misa primera. Era mi primera y última visita á Dios, pues el resto del dia lo consagraba al trabajo, el ruego por escelencia.

Habia tomado relaciones con algunas jóvenes de mi edad, aplicadas como yo á socorrer á los proscritos. Nosotras les preparábamos la ropa, pues algunos habian dejado á Buenos Aires careciendo de todo recurso. Ibamos á recomendarlos á las casas que podian darles empleo, ejerciendo en aquella santa seduccion los privilejios de la coqueteria y el arte de la elocuencia femenil. Visitábamos, finalmente, nuestros enfermos, relevándonos en este puesto de honor con la exactitud de centinelas. Cuando llegaba mi turno, yo velaba algunas veces toda la noche al lado del lecho de un hermano paciente; despues me retiraba llevando alegremente mi insomnio y desdeñando reposar: mas contenta, mas desvelada y mas dichosa

despues de aquella buena accion, que si hubiera pasado una noche de baile, ó salido de la embriaguez de una cita amorosa.

Iba á llamar á todas las puertas, á solicitar la beneficencia de todos. Terminada mi ronda, volvía á los proscriptos cargada con la benéfica contribucion, contando con orgullo las onzas y patacones, y engreída con mi caritativa recoleccion como un conquistador con sus trofeos.

Lázaro hubiera querido suavisar con algunos entretenimientos aquella existencia, demasiado grave á su parecer.

—Buenas noticias, Camila! dijome un dia. Tengo ya una diversion para ofreceros.

Me sonrei.

—¡Gracias! le contestè; pero sabeis que no frecuento la sociedad, y que no es para mi un gran sacrificio, merced á los hábitos de trabajo y recojimiento que he contraido. Gracias otra vez, por vuestra diversion. . . . pero no asistiré á ella.

—Oh! estoy cierto que ireis, Camila.

---¿Qué es eso entonces, Lázaro?

---Adivinad.

---¿Una cabalgada?

---No.

---¿Un baile?

---Mejor que eso.

---¿Un concierto?

---Mejor aun. Y vos ireis, os lo repito: por que esa fiesta es la fiesta de los proscriptos, agregó Lázaro en voz baja.

Yo exclamé con estusiasmo :

---Oh! ciertamente iré, y de todo corazon!

V.

Habia cumplido apenas veinte años: mas la experiencia es precoz en la escuela de los sufrimientos políticos; y en aquella tierra de aficcion que habia absorbido las lágrimas y la sangre de mis deudos, mi ser moral habia madurado temprana y sólidamente. Por otra parte, en presencia del espionage sutil de los asesinos, y cuando la menor palabra de indiscrecion hubiese bastado para cortar el hilo que tenia suspendido su cuchillo sobre nuestras cabezas, yo me sentia capaz de un silencio de sepulcro. No era, pues, indigna de aquellos animosos conciliábulos donde se hallaba todo aquello que latia à los nombres de patria y porvenir fuera de la infeliz Buenos Aires.

Mi tio seducido por la poesia de esta idea, alegróse de la oportunidad que se presentaba de procurarme una distraccion tan noble como instructiva. La partida de mi padre para la campaña favorecia nuestro proyecto, á cuya ejecucion se hubiera él probablemente opuesto; por que, ya lo he dicho, todo aquello que atañia á la politica le era altamente antipático.

Lázaro y yo estábamos prontos para dirijirnos á la reunion. Mi tio y mis primas habian puesto en mi tocador todo el esmero y coquetismo de que era capaz su acendrada afeccion. Yo estaba vestida de blanco y espléndidamente adornada; casi todos mis dedos estaban cargados de brillantes; dos brazaletes con cambiantes de azul cercaban mis puños, y sobre mi frente, en medio de las madejas de cabello artísticamente peinado, destacábase un óvalo de ricas perlas.

Con el alabastro de mis brazos desnudos, mis ojos de madona, como Lázaro los llamaba, mi traje blanco,

mi diadema de perlas y mi cabeza ligeramente inclinada como un lirio doblado sobre su cáliz, yo debía estar deslumbradora, á juzgar por el grito de admiracion que se escapó á mi alrededor.

En el momento de subir al carruage, Lázaro me dijo :

—Recomendaros el secreto, seria haceros una injuria, amiga mia. Yo sé que se puede contar con vuestra discrecion.

Y partimos.

Bien pronto, en medio del silencio de la noche, llegamos á un barrio aislado, y paramos delante de una casa de modesta aparicion en la calle de Venezuela. Lázaro dió dos golpecitos de un modo particular, y poco despues se abrió la puerta.

Despues de haber atravesado un gran jardin, fuimos introducidos en una antesala elegantemente amueblada. Lázaro me indicó entonces una pequeña escalera, por la cual llegué bien pronto á una especie de balcon, desde donde mi mirada abarcaba un salon en forma de hemiciclo. Era el santuario de la reunion.

Mi curiosidad y mi emocion fueron extremas delante del espectáculo que se ofreció entonces á mi vista.

Tapizado de azul celeste, el salon lanzaba suaves reflejos bajo los rayos de dos grandes arañas, cargadas de bujias. Al frente, en el fondo de una alcoba adornada con colgaduras, lucia el escudo argentino con su gorro de la libertad, su simbólico sol y sus dos manos enlazadas.

Por sobre él yo noté un objeto raro : era un cuadro de medianas proporciones, cubierto por un velo negro.

Delante de la alcoba, destacábase una mesa redonda cubierta por un tapiz y cargada de papeles, al

rededor de la cual estaban sentados como unos veinte hombres, jóvenes en su mayor número. Un silencio profundo reinaba entre estos personajes. Yo no sabré explicar la solemnidad de las impresiones que me asaltaron al aspecto de aquella magestuosa reunion, de la cual tenia el honor de formar parte.

--Que suspendan el velo! dijo la voz del presidente.

El velo negro que cubria el cuadro de que he hecho mencion, fué suspendido. Yo vi el-retrato de Rosas.

Entonces un joven orador de aspecto grave y mirada pensativa pidió la palabra. Con voz lenta y acentuada, interpeló al dictador como si hubiera estado en realidad presente, y en una sublime apóstrofe pidióle cuenta de la sangre de las victimas de junio de 1839, de octubre de 1840, de abril y mayo de 1842; de las lágrimas de las madres y esposas, de la virtud civica corrompida, de los hábitos públicos viciados, y finalmente del honor militar arrastrado por el lodo. El joven acusador terminó llamando sobre la cabeza de Rosas las maldiciones de la patria y el horror de la humanidad.

Algunos otros discursos fueron pronunciados con el mismo timbre de energía fria, incisiva y penetrante particular á la elocuencia porteña.

--Nuestra causa es bella, dijo el presidente; pero no olvidemos que es esencialmente militante! ¿Se organizan nuestros amigos del interior? ¿Tienen pólvora y balas nuestros soldados de provincia? Hé aquí lo que interesa saber. El cuadro fiel que voy á presentaros os dará, señores, poderosos motivos de aliento y esperanza.

Entonces llegó el turno de las comunicaciones y resoluciones prácticas. Cada uno contribuyó para la deliberacion con los elementos de que disponia. Una

porcion de noticias y de informes apareció en aquella sesion de trabajos tan remarcables por su colorida animacion, como por su carácter de utilidad positiva. Las cifras tienen tambien su entusiasmo.

Yo seguía con ávida curiosidad aquellos debates de familia; aquella santa conspiracion de nuestros amigos forzados á ocultar su fé política en la sombra de la intimidad, como los primitivos cristianos á abrigar sus misterios en el secreto de las catacumbas, Admiraba á aquellos nobles jóvenes, discutiendo los medios de aliviar á la patria del yugo infame que la oprimia, y calculando los acontecimientos adversos ó favorables con esa serena actividad, con esa aplicacion infatigable y celo caloroso que los hijos dignos emplean para defender la vida, el honor y los intereses de una madre querida. Regularizáronse las antiguas correspondencias, organizáronse nuevas, aprobáronse proyectos y se entendieron sobre los medios de ejecucion. Hubiérase dicho un consejo de guerra deliberando sobre la gran batalla de la libertad. Los secretarios rivalizaban en celo y actividad; las plumas corrían sobre el papel con la rapidez de la palabra.

---Amigo, dijo el presidente: la sesion ha terminado, el banquete nos espera. Que pongan de nuevo el velo!

El retrato de Rosas volvió á tomar su lúgubre cubierta.

Entonces oí un ruido de pasos detras de mí: volví la cabeza y ví á un caballero que me tendía su mano invitándome á seguirlo.

Seguí á mi introductor en el interior de la sala, delante de la silla presidencial. Una vez allí, el galante joven tomó un gajo de jazmines en forma de guirnalda, y delante de toda la asamblea silenciosa y de pie:

---El rostro del crimen se ha cubierto, dijo con

voz acentuada; réstanos ahora hacer resplandecer la frente de la inocencia ¡Salud, pues, á la reina del festin!

Diciendo esto, colocó en mi cabeza la guirnalda.

Disimulando las impresiones que experimentaba, yo esperé con los ojos bajos, mientras mi oído recojía el murmullo de palabras lisonjeras que se cruzaban á mi alrededor.

---¡Cuán bella es! decían.

Al pasar por la galeria, lancé á hurtadillas una mirada al espejo: estaba efectivamente radiante de lozania.

Una reina no se siente por cierto mas embriagada ni conmovida en el acto de su coronacion, que lo que yo estaba al marchar entre una doble hilera de admiradores, del brazo de mi galante compañero.

VI.

Una de los mas interesantes, pero desgraciadamente de los mas borroneados capítulos, es el en que pinta la querida de Uladislao los encantos de la primera cita, ó mas bien los encantos de la esperanza de esta hora prestigiosa.

‘La cita (dada por una carta de su amante) era para las doce. Eran las siete de la mañana: tenia yo pues que esperar cinco horas todavia.

Volví al jardin cantando y cojiendo flores: estaba ébria de felicidad; todo mi ser rebosaba de gozo.

Durante el almuerzo comí muy poco, aunque gusté de todo con los lábios: el amor me alimentaba.

Despues, subí cantando y brincando á mi aposento, peiné y volví á peinar mi cabellera, mirándome en mis tres espejos un centenar de veces, sonriéndome

à mi misma, y creyendo ver en esta sonrisa, por una ilusion erótica, la sonrisa de mi amado.

Así pasé la mañana: yendo de mi oposito al jardin, y del jardin al piano; cambiando veinte veces de peinado, reemplazando mi vestido rosa por mi vestido celeste, este por uno de raso negro, todavia este último por otro, y no hallando absolutamente adorno bastante bello para aquella fiesta, para aquella casta y virginal solemnidad del corazon que llaman la primer cita amorosa.

No era por cierto aquella la primera vez que estaria sola con Uladislao; pero lo habia siempre hallado ó en la entre vista santa y reservada del confesonario, ó en casa de mi familia en el precario cara á cara de las lecciones de piano. Ibamos en fin hallarnos solos en su aposento; y esta seria nuestra primer conferencia oficial.

A cada instante me preguntaba: ¿Que diré à mi querido? Porque tenia un amante que iba à ver dentro de pocas horas en su casa, por medio de una cita, por medio del misterio. Y entonces llegaba à mi espíritu una abundancia tal de ideas bellas y graciosas, que para abrir una senda à aquel mundo interior del pensamiento que se agitaba en mí y demandaba expansion, yo borroneé rápidamente todo el papel que habia sobre mi mesa. Despues, tomé al acaso un libro, y este libro, cualquiera que fuese, no me hablaba mas que de amor, ó antes, mis ojos lo recorrian sin leerlo: era en mi propio corazon que yo leía.

—Nuestra Camila está hoy bien alegre! decian á mi alrededor. ¿Qué le habrá acontecido?

A estas preguntas, yo respondia con aire de importancia:

—¡Es un misterio!

Y volvia á cantar, á tocar el piano, á leer, á escribir, á peinarme, á coquetear delante de mi espejo.

No caminaba, corría; tampoco corría, volaba! Y toda esta agitacion engañaba la lentitud de las horas, que me parecian horriblemente largas.

Acababa de sentarme, aturdida y fatigada por tanta movilidad y petulancia, con la vista animada y encendida la mejilla lo mismo que una bailarina despues de una noche de sarao. Recorria en dulce reposo un libro que habia tomado al acaso de sobre mi cartela, cuando oí sonar las doce.

Esas vibraciones de la campana. resonando en el espacio y el tiempo como la hora de la dicha, lanzaron una en pos de otra sus notas claras y dulces. Habianse apagado ya en mi oido cuando su éco cantaba todavia en mi corazon.

Era la señal simpática.

Bajé, pues, la escalera y sali con paso rápido, en traje sencillo pero elegante. Un vestido de muselina y algunas flores en el cabello, componian todo mi adorno de amante.

Bien pronto me hallé frente á la casa de Uladislao. Una corta galeria me separaba solamente de su aposento; atravesela como envuelta en una nube de embriaguez, y me hallé junto á la puerta sin saber como. Allí, delante del santuario donde debian realizarse nuestros castos esponsales, yo me paré fatigada y como detenida por una fuerza irresistible. El corazon me latia violentamente.

La llave estaba en la puerta; pero no atreviéndome á tocarla, di, ó creí al menos dar dos golpes con la mano: no oí ruido alguno; mi movimiento habia sido una ilusion: yo habia golpeado en el vacio.

Asombrada de mi propia conmocion, me armé de coraje, y tocando por fin en la hoja de la puerta, llamé ligeramente.

Nadie me respondió.

Llamé de nuevo: el mismo silencio.

Creí que mi turbación interior me había impedido de oír, y me puse á llamar con la yema de los dedos, no dudando escuchar esta vez distintamente la dulce palabra; Adelante!

Pero nada todavía.

Entonces tomé la llave y me dispuse á darla vuelta en la cerradura; pero el movimiento de apoyo que imprimí hizo que la puerta—que no estaba mas que empujaba—se abriera al instante. ¡Cual fué mi asombro! Uladislao no estaba allí.

Traté de orientarme en mi nuevo terreno, lo mismo que el navegante que arriba á una isla que creía poblada y que por lo contrario halla desierta.

---Uladislao no tardará en llegar, me dije.

Y mientras esperaba hice el inventario de su habitación.

VII.

Una luz débil, serena y armoniosa reinaba en el aposento; la única ventana que tenía, adornada de cortinas blancas y azules, formaba con sus persianas y colgaduras, una barrera á los rayos de un sol de estío. Una pequeña biblioteca, algunas modestas sillas, una cartela sobre la cual había un reloj de péndola, y algunos bonitos cuadros, obras de finos lápices ó de pinceles delicados, se armonizaban con el color blanco mate de las colgaduras. Una mesa cargada de libros, de papeles y de algunos instrumentos de óptica y de física, ocupaba delante de la ventana el lado del aposento que estaba frente á la puerta. Por fin, en el otro lado estaba el piano abierto, un cuaderno de música, el atril y el taburete delante.---Todo en esta cámara de estudio y de trabajo, perfumada por la paz, la

calma y la poesia, respiraba las preocupaciones del sábio mezcladas con los gustos del jóven y las inspiraciones del artista.

Me senté sobre la silla que se hallaba delante de la mesa ; pero al hacerlo, toqué con el pié un cuerpo que hizo un ligero movimiento. Era un perro acurcado debajo de la mesa que me miraba en silencio con ojos inteligentes y simpáticos.

---¡Podre animal! dije yo acariciándole con la mano.

Al momento el perro se levantó y vino hácia mí familiarmente. Y yo me divertí acáriciando de nuevo á este hermoso animal, tan dócil como un cordero.

Delante de mí, invitaban mi curiosidad y tentaban mi indiscrecion porcion de manuscritos, cartas abiertas y páginas á medio trazadas que se hallaban mezcladas con un monton de libros. La tardanza de Uladislao lo constituia en grave falta ; el pecadillo de leer sus papeles se ofreció á mí como justa represalia, y me dije con la rabieta de una ama de casa :

---Puesto que os dispensais de ser exacto, señor amante, yo me dispensaré de ser discreta. Vos me robais mi tiempo : y bien! yo voy à robaros vuestros secretos.

Y sin mas preámbulos me puse á hojear los papeles de Uladislao.

El primero que ofreeió á mi vista el capricho de mis manos fué un pliego escrito con el título de “Pensamientos.”

---Filosofia, dije yo poniendo el pliego á parte.

Aparté tambien otro donde se trataba de la electricidad y del galvanismo. Todo esto me hubiera interesado en cualquier otro momento, perc entonces me parecia que mi curiosidad buscaba alguna cosa mas íntima, mas individual.

Leí varias cartas, pero todas eran relativas á pa-

rientes, amigos ó antiguas relaciones de colejio, y nada me enseñaron de nuevo.

Por fin, en aquella revista de la mesa del pobre ausente, presentóse á mi vista un pequeño cuaderno cuyas primeras palabras me interesaron en extremo. Yo empecé á leer en él :

“.....¿Para qué ocultármelo á mí mismo, y por qué sofocar la voz de la felicidad que canta en el fondo de mi corazón? . . . No, Uladislao: en vano tratas de hacerte ilusión; ella es hermosa, seductiva y amada! . . .”

Yo cubrí de caricias aquellos preciosos caracteres, que por su fecha pertenecían á los primeros albores de nuestra pasión. Perfumados y sabrosos me parecían; hubiera querido comerlos ó beberles; arrancarlos del papel para asimilarlos con mi propia sustancia. Al lado de esa reliquia en prosa, apercibí una fresca poesía; fresca por el papel y la tinta, así como por las ideas :

Vive niña! sé dichosa
Cual merece tu hermosura,
Recibiendo cariñosa
La espresion de mi ternura,
Y prosigue por la huella
Que no aleja del pudor,
Aceptando, virgen bella,
Este cántico de amor.

Entonces, sí, bajaría
Al sepulcro silencioso,
Con el recuerdo amoroso
De tu constancia, mi bien!
Entonces, firme y tranquilo
Miraría sus horrores;
De mis pasados amores
Gozaría allí también!

Ten cuidado, niña hermosa!
Que los hombres son leones
Que devoran corazones
Sin horror y sin piedad;
Y se burlan fementidos
De la víctima inmolada
Sobre la ara ensangrentada
Por su bárbara crueldad.

Ten cuidado! que la vida
Es el mar donde naufraga
La que el mundo mas alhaga
Con alhago seductor;
Y que el mundo se recrea
Cuando vé marchitas flores
De aquilon por los furoros
Sin fragancia ni color.

Mas tú, cándida flor, vive, respira
El dulce fresco del naciente amor;
Vive dichosa, que mi humilde lira
Ventura pide para tí al Criador!

Vive! tus ojos regalando vida
Presagios son de dicha que no ves:
Lo son que siempre vivirás querida
Por tu belleza y tierna candidez.

Pero, ay! que llega el maldecido instante
De que te adoren, pero no á tu honor;
Cierra el oido al engañoso amante
Que robar quiere tu beldad mejor!

Es un tesoro que idolatra el hombre
Y solo el hombre generoso y fiel;
De este tesoro hasta el sagrado nombre
Es del vicioso corazon la hiel !!

“No bien habia concluido yo esta lectura, cuando vino Uladislaio.”

VII.

Despues de la poesia que precede, de cuyo manuscrito original, llevando las iniciales U. G., estoy deudor á la cortesia de las amables señoritas Albarra-cín, concluiremos las variedades de la presente novela dando las felicitaciones escritas por la misma mano de Rosas.

¡ VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA !

¡ MUERAN LOS SALVAGES UNITARIOS !

Buenos Aires 24 Diciembre de 1847.

Filiacion del reo presbítero Uladislaio Gutierrez.

Pátria.	Tucuman.
Estado.	Eclesiástico.
Edad.	Como 24 años.
Estatura	Regular, delgado de cuerpo.
Color.	Moreno.
Ojos.	Pardos, grandes y medio sal- tados.
Boca	Regular.
Nariz.	Id.
Barba	Entera.
Pelo.	Negro y crespo.
Tiene un lunar en la cara.	

NOTA---Estaba de cura accidentalmente de la Parroquia de Nuestro Señora del Socorro en esta ciu-

dad; lleva dos ponchos tejidos, uno negro y otro oscuro con listas coloradas, y en las faldas del recado tiene unas como fundas para pistólas.

Cabalga un caballo cebruno herrado y lleva á mas uno ruano sin herraduras. Lleva dos recados, uno nuevo que es donde van puestas las pistolas, y otro tucumano usado de cabezadas altas. Debe llevar balija, y el traje con que estaba vestido la noche del 11 del corriente en que fugó, era una polaca negra con cuello y botas de terciopelo del mismo color, chaleco de terciopelo negro y pantalon id. rayado. Se cree vaya con una gorrita de paño con borla.



¡ VIVA LA CONFEDERACION ARGENTINA !

¡ MUERAN LOS SAEVAGES UNITARIOS !

Filiación de la rea Camila O'Gorman.

Patria Buenos Aires.
Estado Soltera.
Edad 20 años.
Estatura. Muy alta, delgada de cuerpo,
bien repartida.
Color Blanco.
Ojos. Negros de un mirar agradable.
Boca Regular.
Nariz. Id.

Señales particulares: Tiene un diente de adelante empezado á picar.

Lleva una cantidad de ropa de uso bastante decente, y entre ella alguna negra, pues estaba de luto.
Fugó el 11 del corriente á las 10 de la noche.



